

CARLOTA
MANZANO



BESOS con
saber A
piruletas

BESOS con
Sabor A
Piruletas

Besos con sabor a piruletas.

Carlota Manzano.

Febrero, 2020.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Prólogo...](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

Prólogo...

Dos años atrás terminé la carrera de Periodismo. Para entonces ya trabajaba en una revista del corazón. Me encargaba de una columna sobre cotilleos de personajes del papel cuché hasta que un año después me ofrecieron trabajar de colaboradora en un programa de televisión de máxima audiencia “*In love*”.

Tenía veintiséis años y ya estaba saboreando las mieles del éxito, gracias a que me valoraban mucho por la de titulares que llevaba al programa, casi todos ellos sin posibilidad de ser desmontados. Por esa razón me gané la simpatía de algunos compañeros y el odio de otros.

Vivía sola en un apartamento en Manhattan. Mis padres me lo habían regalado, pagaban la hipoteca ambos, lo mismo que hicieron con mi hermano Kike que era dos años mayor. Él tenía veintiocho y yo veintiséis.

Kike era policía. Recibió ese nombre en honor a mi abuelo paterno, un español que emigró a Estados Unidos junto con mi abuela cuando se casaron. Mi hermano vivía con su novia Elena, una preciosa chica cubana que llevaba muchos años afincada con su familia en New York y que trabajaba como enfermera.

Siendo bastante jóvenes, mis padres decidieron divorciarse, pero se llevaban genial entre ellos. Mi hermano y yo siempre presumíamos de que nos habían hecho la vida fácil.

Mi padre, Darío, tenía cincuenta y tres años, y ejercía como piloto en una gran compañía aérea. Estaba casado en segundas nupcias con Judith, de cuarenta años, una *influencer* que había dado el pelotazo del siglo y que estaba arrasando en las redes. Me caía bien, realmente no había problemas en mi familia.

Mi madre, Diana, acababa de cumplir cincuenta y un años y trabajaba en un banco. Vivía con su novio John, flamante propietario de una cadena de hoteles repartida por todo el Caribe, por lo que teníamos la suerte de contar con alojamiento gratis en nuestras vacaciones.

Yo no tenía pareja, no había encontrado aún esa persona que enamorara mi alma y sacara la mejor de mis sonrisas. Había mantenido una relación de dos años con un chico de la universidad, Jason, pero resultó que su sueño era el de marcharse a vivir a Europa y al final los desacuerdos entre ambos hicieron que diéramos por finiquitada nuestra relación. Eso sí, acabamos muy bien y aún manteníamos una bonita amistad a través de las redes.

Si algo tenía claro era que mi vida me hacía inmensamente feliz. Solo me faltaba encontrar el amor y seguir creciendo a nivel profesional...

Capítulo 1

—Mamá, estoy a punto de entrar al programa, ya va a comenzar, luego te llamo.

—Vale hija, pero recuerda que mañana tienes que venir.

—De acuerdo, no te preocupes —negué, sonriendo.

Era el cumpleaños de su novio y quería que tanto mi hermano con su pareja, como yo, fuéramos a cenar a su casa, así que dedicaría la mañana siguiente a buscarle un regalo. Lo bueno era que mi programa se emitía de lunes a jueves, de modo que yo ya estaría el viernes libre para acudir a la celebración.

Ya estábamos en el aire y comenzó todo un debate sobre una de las parejas más relevantes del mundo del cotilleo, un cantante y su mujer actriz. Habían conseguido material fotográfico que demostraba que él estaba liado con otra cantante. Les pillaron entrando juntos en un hotel y saliendo a la mañana siguiente.

La presentadora tenía cuarenta y tres años. Se llamaba Erika, una codiciada periodista del país que reunía todo lo necesario para conducir un programa de nuestro calibre. Conmigo empatizaba mucho, ya que era la más joven.

El director del programa era de lo mejor. Sabía cómo decirnos por el pinganillo hasta dónde llevar la información o qué dejar en suspense. Lino era un profesional como la copa de un pino. Me caía muy bien, tenía cuarenta y cinco años.

Como compañeros tenía a tres colaboradores, periodistas igual que yo.

Por un lado, estaba Cinthia, la más modosita, la que más se controlaba en esas guerras que se declaraban en el plató por diversidad de opiniones. Tenía treinta y cinco años y se llevaba fenomenal con todo el mundo.

Por otro, estaba Pedro, el terror del programa, homosexual y que se jactaba de que siempre la andaba liando. En realidad, era muy gracioso, pero le gustaba mucho tocar la llaga y liarlas pardas. Tenía treinta y siete años y nadie negaba que era una de las caras más importantes del programa.

Por último, Blanca, la pija, la que siempre quería llevar la razón en todo, pero también contaba con su parte entrañable. Tenía treinta y cinco años.

En total se trataba de tres horas en directo de total intensidad, además en español ya que el programa era latino. Yo lo hablaba a la perfección, desde pequeña estuve en un colegio bilingüe, por lo que hablaba ambos idiomas a partes iguales, hasta me salía algún que otro acento de por allí. En casa, mi padre también nos habló siempre en el idioma de mis abuelos paternos.

Cuando terminó el programa a las siete de la tarde me fui a buscar a mi mejor amiga, Marlene, tenía tres años más que yo, veintinueve, una *YouTuber* muy prestigiosa con un canal con millones de seguidores. Trataba casos de crímenes y desapariciones, de los que eran más sonados en Latinoamérica.

—Te juro que no puedo con Pedro —se refirió a mi compañero—, hoy no entré por la pantalla y lo cogí del cuello de milagro. ¡Qué cabezón!

—No sabes la que nos dio durante toda la tarde —negué con la cabeza.

—Lo vi, por eso te digo, vaya tío —pasé para su cocina—. Te juro que no sé cómo tenéis la santa paciencia de aguantarlo sin tirarle una botella de agua a la cabeza.

—Es nuestro trabajo, aguantar gilipollas —solté una carcajada—. Pedro me cae bien a ratos, ya sabes.

—El tío tiene don, las cosas como son, para lo bueno y lo malo lo tiene.

—Por cierto ¿Qué tal con Erik?

—Pues lo mismo de siempre, cuando viene a hacer algún concierto o trabajo por New York pues quedamos y nos acostamos, pero desde que se fue a Miami todo se enfrió mucho.

—Ya, se veía que lo vuestro no era una relación, además nunca me gustó para ti.

—Ni a mí, pero para pasar un rato me encantaba, para qué voy a mentirte. Ya me saldrá un príncipe azul que enamore mi corazón —reía mientras ponía unos sándwiches con unas patatas chips para acompañar a los refrescos.

—Mañana es el cumpleaños del novio de mi madre y va a preparar una cena fiesta en el jardín ¿Te apuntas?

—Por supuesto, a mí no me dejas sola un viernes, además ya sabes que me quieren más a mí que a ti —reía.

—Por eso, ve y los haces felices —negué riendo.

—¿Le has comprado algo?

—No, iré mañana por la mañana, que saldré un rato.

—Vale, aprovecha y compra también algo para que yo se lo regale, ya haremos cuentas.

—Claro.

—El sábado es la fiesta en “*La Latina*”, había pensado que podíamos ir.

—Joder, ni me había enterado y eso que siempre me llegan emails de esos de eventos al correo.

—A mí me dieron dos entradas, va por invitación.

—¡Han pasado de mi culo! —reí.

—No, yo creo que el dueño sabía que enviándoselas a una iríamos las dos, así no desperdiciaba dos entradas más que podía aprovechar para sus clientes más exclusivos, como nosotras —me sacó la lengua.

—¿Tienes pensado qué modelito llevar?

—Pues sinceramente tengo ahí cajas de ropa que me enviaron muchas firmas y aún ni abrí, seguro que podemos sacar algún trapito de lo más cuqui.

—No, yo tengo un vestido corto rosa pastel precioso, me lo compré hace tiempo para esta temporada de verano, así que lo estrenaré.

—De lujo, pues faltó yo, veré qué me pongo.

Tras la cena nos despedimos quedando en vernos al día siguiente para acudir al cumpleaños de John, así que me fui para mi casa a darme un baño relajante y tumbarme a ver la tele.

Por las noches me ponía a ver otros programas del corazón para saber la actualidad que resaltaban o las noticias relevantes que habían acontecido.

Me sabía la vida de todas las personas más populares. Casi podría decirse que vivía sus vidas. Estaba volcada en obtener máxima información de sus entresijos, además de contar con fuentes por todos lados, que me pasaban información de primera mano.

Por la mañana después de salir a correr y ducharme, me senté a desayunar en una terraza de un parque cercano a casa. El día pintaba maravilloso y los primeros rayos de sol eran de lo más favorables, me llenaban de buena energía, cómo me gustaban esos comienzos de verano donde el calor aún no mataba.

Café, zumo de naranja, tostadas y un bollo, ese fue mi desayuno. La comida más fuerte del día,

luego me iba cuidando todo lo que podía, ya que estaba obsesionada con mi cuerpo. No quería engordar y comenzar con las lamentaciones, por eso muchas mañanas salía a correr una hora.

¿Qué le compraba a un tío que lo tenía todo? En ese momento era mi mayor calentamiento de cabeza.

Al final me decanté por un bolígrafo de esos de firma tan exclusivos, casi doscientos dólares, pero no podía ser tacaña. John se portaba muy bien conmigo y siempre me hizo regalos impresionantes, así que se merecía que yo no mirara el precio y le comprara aquel precioso regalo que estaba segura de que le gustaría.

Por parte de mi amiga le compré una camiseta de una firma que él solía lucir. Costaba sesenta dólares y estaba bien, tampoco era plan de que Marlene se dejara los cuartos.

Después de las compras me fui a almorzar a casa de mi padre. Se encontraba en la ciudad y no tenía vuelo hasta dos días después, de modo que los vería a él y a Judith, con la que yo tenía mucha complicidad. Nos llevábamos genial.

—Tu madre nos llamó y nos invitó —dijo mi padre.

—Por supuesto que iremos —sonrió Judith.

—Me encanta —la verdad es que me gustaba verlos a todos juntos, la paz y armonía que se palpaba en mi familia era de lo mejor, aunque cada uno hubiera cogido su rumbo, seguíamos siendo una piña y sus parejas eran parte de ella.

Almorcé con la parejita relajadamente y luego me fui para mi casa a descansar un rato. Quería estar bien para lo que ya veía que iba a ser una gran fiesta, conociendo a mi madre debía de haber montado un tinglado por todo lo alto.

Para la celebración escogí una falda blanca con una camiseta fina de tirantes negros a juegos con los zapatos de salón. Me venía monísima y mis curvas se pronunciaban a la perfección, así que estaba contenta con el resultado.

Me fui a recoger a mi amiga Marlene, que apareció también con una falda parecida a la mía, pero en tonos dorados. Parecía una estrella de Hollywood, normal que los chicos la persiguieran. Era una muñeca y todo lo lucía como nadie.

Llegamos a la fiesta y me quedé toda loca al ver la que había montada en el jardín, con barras, bidones de madera para apoyarse, camareros... Habían asistido un montón de amigos de ambos. Estaba flipando en colores con todo lo que veía, una cenita decía...

Mi padre no tardó en llegar con su mujer que se puso a mi lado y al de Marlene. Judith estaba preciosa con su vestido blanco. Era otra belleza, lógico que mi padre babeara con ella.

Le entregamos los regalos a John. Le encantaron y nos los agradeció con una sonrisa de esas que él sabía transmitir, era un buen hombre. Mi padre y su novia le habían regalado una corbata de firma, de lo más elegante.

Judith, Marlene y yo activamos el modo cotilla. Allí salió mi alma de periodista, pero es que había cada personaje que ya conocíamos que telita, con unos modelos que parecían que iban a recoger un *Grammy*.

Mi amiga le había echado el ojo a uno de los invitados, Ness, un compañero de mi madre en el banco que estaba casado con la mayor estúpida del mundo, Julia. Observé que ella no estaba, no sabía por qué razón, pero Marlene lo agradeció.

Se acercó a saludarnos y aproveché para presentarlos.

Marlene no paraba de hacerme señas por detrás. Judith al verla aguantaba la risa, menos mal que mi padre estaba charlando con John mientras tomaban un vino o nos hubiera reñido con la mirada, ya que se estaba liando por culpa de Ness.

La bomba no tardó en aparecer cuando le pregunté por su mujer y me dijo que se había separado. Creo que en ese momento Marlene tuvo un orgasmo cerebral por la cara que puso y que intentaba disimular.

Mi amiga se puso a charlar con él desde ese instante y parecía que no existía nadie más. Viendo el panorama, yo comencé con Judith a cotillear del tema y nos reímos sin parar mientras la observábamos. Hasta le hacíamos señas con disimulo, así la pusimos más nerviosa aún.

Mi hermano Kike llegó con su novia. Habían sufrido un percance con una carretera cortada que los tuvo dos horas en caravana, así que venía Elena resoplando y agobiada. Se bebió una copa de vino de un trago causándonos unas risas a Judith y a mí.

—¡Ay los americanos! Qué pocas luces tienen para las carreteras alternativas —dijo agobiada.

—Pues como no construyan puentes no sé dónde van a hacer más desvíos —reí.

—Pues puentes, joder, el caso es evitar estos taponos que te dejan atascada sin salida.

—Bebe, bebe, te veo muy estresada —reí cogiendo una copa de uno de los camareros que pasaban y se la puse delante.

—Y para colmo tu hermano peleándose con uno por teléfono a través del manos libres. Me tenían estresada con ese envío que debía llegar antes del lunes —no dejaba de resoplar y Judith se fue para sus hombros y comenzó a masajearla con el fin de que se relajara —Joder, qué manos —decía moviendo su cuello feliz—. Para ser policía tiene menos paciencia...

—Relájate —reí, negando mientras miraba a Marlene que estaba de lo más coqueta con Ness y él sonreía con amplitud mientras charlaba con ella.

—Yo me quiero relajar, pero estas cosas me enervan.

Comenzaron a pasar bandejas con unos canapés exquisitos. Todo indicaba que la fiesta se prolongaría hasta altas horas de la madrugada. La gente estaba animada, había como cuarenta personas.

La noche se estaba poniendo de lo más divertida con Judith y Elena. Lo de Marlene iba por otro lado, ella a su bola tonteando con Ness, el compañero de trabajo de mi madre. Bueno, él era el director de la sucursal, casi nada, a mi amiga le gustaba apuntar alto.

Mi madre ejercía de perfecta anfitriona hablando con unos y otros hasta que a las doce de la noche una serie de fuegos artificiales comenzaron a dejarnos boquiabiertos a los asistentes. Desde luego que esa mujer no había escatimado en gastos, pero viendo el poder adquisitivo de John, se podían permitir ese y mil lujos más.

Judith estaba achispada y disparaba contra todos. No había un ser vivo en la fiesta que se salvara de sus comentarios y Elena disfrutaba con ello. Yo también, para qué negarlo, graciosa era un huevo. Aparte, como ya dije, tenía mucha complicidad con ella, hasta el punto de que cuando mi padre andaba volando por el mundo solíamos quedar para almorzar, cenar o tomar algo.

Ness y Marlene, para nuestro asombro, se despidieron de mi familia y de nosotras y salieron felices, con rumbo desconocido.

—Estos follan hoy —dijo Elena.

—Ness se acaba de separar, pronto ahoga las penas —volteé los ojos, negando.

—Lo mismo la mujer fue una víbora que lo dejó por otro y no tiene por qué perder el tiempo.

—Judith, de que era una víbora doy fe, pero no sé, se les veía tan unidos y felices...

—Conozco muchos así y luego por detrás son para echarles de comer aparte, cuñada.

—Elena, pero hablamos de un matrimonio afianzado.

—Ya lo veo —rió Judith causando una risa en las dos.

—Veremos cómo termina esto —negué sin dejar de sonreír.

La fiesta estuvo genial y muy animada. Me fascinaba ver a mi familia unida. Daba igual que fueran de sangre o no, pero se habían convertido todos en integrantes de ella, tanto Judith, a la que adoraba, como John, al que quería con locura.

Permanecimos allí hasta las cinco de la mañana. Mi padre y hermano con sus parejas y yo fuimos los últimos en abandonar la casa, dejando a mi madre y a John felices disfrutando de la última copa.

Llegué a mi casa en taxi, por supuesto dejé el coche en casa de mi madre, pues con lo que había bebido me quitaban el carné, el coche y hasta me mandaban presa si me pillaba la policía.

Me quité la ropa y me metí en la ducha. No podía dormir con ese olor a alcohol que llevaba encima, me conocía y nada como descansar fresquita y oliendo bien. No conocía sensación más placentera en la vida.

Tenía la costumbre de dormir en camiseta de tirantes y bragas, solo eso, al menos en esa época en la que el calor comenzaba a dejarse notar cada noche.

Me acosté riendo, acordándome de mi amiga que se había ido con Ness ¡Nada menos que con Ness! Aquello era lo último que yo me había podía imaginar y más conociéndolo desde hacía años, acostumbrada a verlo siempre con su mujer. Y a mi amiga, bueno a ella con otra serie de chicos, más modernos y actuales. Ness era muy pijo para Marlene, que vale que ella también lo era, pero con los chicos solía ser diferente.

Al día siguiente la interrogaría, pero tenía claro que se habían ido al lío y que esa noche se habían acostado. De lo contrario no tenía sentido que se fueran de la fiesta donde lo tenían todo y no faltaba animación.

Capítulo 2

Las dos de la tarde cuando miré el móvil. Había dormido como una reina. Tenía un montón de mensajes de mi amiga, pero no los iba a abrir hasta que tuviera el café en la mano y un buen zumo de naranja.

Listo todo en la mesa de la cocina y me puse a leerlos.

“Me he tirado a Ness, cómo folla el jodido...”

“Seguro que estás durmiendo, pero yo te pongo al día del cotilleo, que sé que te mueres por saberlo”

“Fuimos a mi casa, él está ahora hospedado en un hotel hasta la semana próxima, que alquila un piso. Piensa que se separó hace dos semanas”

“Quedó en escribirme en estos días, creo que se quedó con ganas de más, se fue esta mañana ¡Vaya noche!”

“Te recuerdo que esta noche tenemos fiesta en “*La Latina*” y nuestros cuerpos lo saben”

Madre mía, mi amiga era de esas personas que van dando titulares poco a poco. Le respondí que por la noche la vería, que la recogería en taxi. Mi coche estaba en casa de mi madre y allí se iba a quedar por ahora.

Me pasé toda la tarde en el sofá. No podía con mi cuerpo, estaba cansada, ya que la noche anterior había sido larga, inclusive me quedé dormida un par de horas más.

A la hora acordada estaba diciéndole a mi amiga que fuera bajando, que estaba llegando, así que se montó en el taxi y nos fuimos para la fiesta. Estábamos preciosas y yo ya me encontraba como nueva, dispuesta a recibir todo lo bueno que esa nueva velada me ofreciera.

Llegamos a la fiesta, en la que estaba la música tipo salsa sonando. La encontramos muy ambientada, en uno de esos jardines impresionantes que tenía el lugar.

—A ver si me tiro a otro hoy, estoy en racha —bromeó en la barra donde nos apoyamos a pedir dos cubatas.

—Estás como los huracanes, arrasando con todo —negué riendo.

—Hija, hay que darle vida al cuerpo, que luego se atrofia —negó haciendo el papel de sofocada.

—Si claro, será por todas las alegrías que nos damos —solté una carcajada.

—Pues por eso, ahora empieza nuestra racha...

—A mí para que me guste uno tiene que suceder un milagro —hice una mueca.

—No me lo puedo creer ¿Ese de allí no es el dueño de “*Golosilandia*”?

—¡Sí! El seductor más irresistible para las mujeres y una cara inconfundible del mundo del corazón...

El hombre en cuestión era el dueño de una empresa de golosinas de las más importantes del país. Las tiendas de su codiciada marca se hallaban repartidas por doquier y eran de lo más rentable. Se decía que había conseguido amasar toda una fortuna en los últimos diez años. No contento con eso fundó una cadena de restaurantes, que envía como franquicias, por lo que estaba forrado. Eso sí, decían que era el terror de las mujeres.

—¿Cómo se llamaba?

—Mark, se llamaba y se llama Mark.

—Nos está mirando sonriente —pensé que era broma, pero vi cómo se acercaba a nosotras.

—Veo tu programa a menudo, cuando me acuesto un rato por las tardes... Me llamo Mark —dijo extendiéndome su mano.

Joder, en persona y de cerca, como que era un espectáculo para la vista, mucho más guapo, simpático y cien por cien seductor.

—Gracias —dije con timidez.

—Pues a partir de ahora tienes que ver también mi canal de *Youtube* —dijo Marlene causándonos una risa.

—Lo haré, me tienes que decir cuál es.

—Ella es Marlene y yo, como sabes, Anaís.

—Un placer —se puso la mano en el pecho después de darle también la mano a mi amiga.

—¿Y qué trae a esta fiesta a uno de los personajes más codiciados del corazón? —pregunté activando el modo periodista.

—Pues me invitó un amigo que, por cierto, aún no llegó y como no tenía planes... Mira, ahí está...

—Joder con tu amigo... —murmuró en voz baja Marlene, pero lo pudimos escuchar.

Nos lo presentó. Se llamaba Albert y era de lo más mono, socio de Mark en la cadena de restaurantes, circunstancia que hizo que a mi amiga se le abrieran los ojos como platos y no tardara en ponerse a hablar con él.

Al final, Marlene, como sucedió la noche anterior, se retiró a charlar con Albert a un lado de una de las mesas altas y Mark conmigo en otra. No paraba de hablarme de mi programa, de la de cosas que le había pasado con compañeros míos y de lo disgustado que estaba con Pedro, pues según él le tenía entre ojo y ojo y, cuando tenía que dar alguna información, lo hacía de forma desfavorable, como para dejarlo mal con el mundo.

Me atraía mucho como persona. No lo había visto así a través de la pantalla, pero tenía un toque irónico y bromista que me volvía loca. Sacaba la mejor de mis sonrisas, me estaba sorprendiendo gratamente, además a partir de esa noche ya lo conocía personalmente para defender sus informaciones. Es que me salía la vena periodística por todos lados.

Estuvimos charlando hasta las cuatro de la mañana. Se me pasó la noche volando y lo peor de todo era que había perdido a mi amiga de vista. Hice una prueba y su móvil, como el de Albert, estaba apagado.

Mark me ofreció llevarme a mi casa. Me quedé impresionada de que en la puerta nos esperara un coche con su chófer. Eso era glamur y lo demás eran tonterías.

Nos intercambiamos los teléfonos y quedamos en hablar. Me había dicho que me invitaría uno de estos días a comer. El caso era que yo realmente no me lo creía, ya que se me representaba como un hombre que podía tener a la mujer que quisiera y no creía que fuera a perder su tiempo con una chica tan normal como yo.

Su mirada me ruborizó al despedirse de mí en la puerta de mi casa. Me dio dos besos y vi cómo se metía en su coche.

Volví a meterme en la ducha como la noche anterior, todavía alucinando por la velada que había compartido con ese hombre. Mark me había impresionado para bien en todos los sentidos. Yo lo hacía más arrogante, pero nada que ver con la realidad.

Capítulo 3

El reloj marcaba las doce del mediodía. ¡Vaya rachita que llevaba yo! Y es que, después de tanta marcha, tenía más sueño que un canasto de gatitos.

Me desperté con una estupenda sensación. Iba a ser verdad que los planes más improvisados eran los que mejor salían. Aunque, a decir verdad, pensaba que sería mejor no hacerme ilusiones con un hombre así. Era probable que fuera el típico picaflor y que a esas alturas apenas se acordase de mí, ¿o sí? No podía más que especular.

Cogí el móvil y pensé en que, si los mensajes pesaran, el mío iría camino de la tonelada. Marlene era así, la rapidez y los nervios, ante todo. Ella no podía esperar. Si le pasaba algo lo tenía que compartir rapidito.

“Otro que ha caído esta noche. Y no veas si está bueno...”

“Si me lo preguntas, no sabría decirte cuál de los dos está mejor, Ness o él. Total, dicen que las comparaciones son odiosas, ¿no? Pues eso jaja”

“¿Soy yo o tú también piensas que estoy en racha?”

“Igual estás frita todavía, pero yo es que estoy de los nervios, me lo he pasado que te cagas”

“¿Es o no es lo que yo te digo siempre? Que los mejores planes llegan cuando no los esperas...”

“Pues chica, yo a partir de ahora voy a procurar no esperar nada, a ver si me siguen cayendo buenorros de estos”

“Te juro que estoy de lo más emocionada, aunque lo mismo ya me lo has notado. Bueno, ya sabes cómo soy, no puedo guardarme nada para mí”

“¿Sigues como un tronco? ¡Qué habilidad chica! Y yo que estoy que me muerdo las uñas”

Así era Marlene, mi amiga y con ella era como con las lentejas, “si quieres las comes y si no las dejas”, pero si la aceptabas, te llevabas el pack completo. Y yo la adoraba, aunque muchas veces me pusiera de los nervios, como era el caso de aquella mañana.

Decidí que lo mejor era llamarla por teléfono y le dije de comer juntas. Ella aceptó. Lo suyo era ponernos al día cara a cara, aunque mucho me temía que la jodida me iba a poner la cabeza como un bombo, pero eso seguro que me serviría para echarme unas buenas risas.

Apenas me dio tiempo a nada, después de un café rápido, más que a hacerme un arreglo informal. Me miré en el espejo y tuve que echar mano del anti-ojeras, tanta marcha solía dejar huella y yo no era coqueta, sino lo siguiente.

Un nuevo mensaje de Marlene me indicó que ya estaba abajo.

“¿Dónde estás? O bajas de inmediato o lío una con el claxon como aquella vez”

Cogí el ascensor y bajé volando. No quería acordarme de la que formó en esa ocasión que tardé un poco más de la cuenta y que hasta el portero tuvo que salir a pedirle que por Dios cesara, a consecuencia del ruido infernal que formó dándole al claxon una y otra vez.

—Más personaje y no naces —le di un beso en la mejilla a la muy petarda.

—Tampoco es para tanto, lo que pasa es que me encanta darte caña, ya sabes que es mi afición favorita.

—Pues hoy no me des mucha o te puedo mandar un poco lejos, porque ando un poco trastornada con tanta salida nocturna. Por cierto, y antes de que se me olvide, esta tarde me tienes

que dejar en casa de mi madre para que recoja el coche, que todavía lo tengo allí.

—Sí, sí, tarde o noche, no tengas tanta prisa por volver, que tenemos un precioso domingo por delante.

—Ya me estás haciendo la cama, si es que no puedes ser más liante.

—¡No me hables de cama, que no sabes la noche que me he pegado!

—Jodida, buenos meneos le estás dando al cuerpo...

—Sí, sí, ya sabes que lo mejor que tiene esto —señaló más abajo de su barriga— es que se lava y estrena.

Marlene y sus cosas. Me hizo reír y noté que todavía me dolía un poco la cabeza, pensé que ya se me iría pasando.

Llegamos a un restaurante donde ella era muy conocida. Le encantaba ejercer de diva. Al poco de estar allí salió Karen, la dueña, una megapija de lo más influyente de la ciudad, apasionada de todo lo concerniente al trabajo de Marlene.

—Marlene, guapa, he flipado con tus vídeos esta semana. La última línea de investigación que has presentado es lo más. Ya sabes que soy tu mejor fan...

—¿Sí? Pues si eso te ha gustado, espérate a todo lo que voy a subir la que entra. Vas a alucinar, lo voy a petar. Van a arder las redes, te lo garantizo. Voy a hacer historia. Le voy a decir “échate para allá” a toda la competencia —le salió la risita maléfica.

—¡No me digas más! Que hasta me estoy excitando —era para ver la cara de Karen.

—Avisa a todos tus conocidos, que voy camino de que reconozcan un antes y un después de mí —soltó con toda la soltura del mundo.

—Bueno, bueno, ya me has alegrado el domingo, te juro que esta noche no duermo —sacaba su mano a pasear, de lo más tontorróna, yo es que me mondaba.

—Pues ya me contarás, ¿ok? —menos mal que Marlene le dio así el pasaporte, porque si no nos la sacábamos de encima.

—Ok y ni se te ocurra intentar pagar como la última vez, ¿eh? O vas a ver la cara más enfadada de tu amiga Karen —era para verla, más que miedo, daba risa.

Ella se fue a seguir saludando a sus clientes y por fin me quedé a solas con mi amiga.

—Anda que no te sabes vender, ¡la madre que te parió!

—Pues claro y te digo una cosa, de que lo peto, lo peto... Cada vez voy más para arriba...

—Ya lo sé, cenutria y me encanta. Tus éxitos son mis éxitos y lo sabes —le guiñó un ojo.

—¡Y una mierda! A cada una lo suyo —bromeó. La realidad era que su corazón no le cabía en el pecho y no tenía un pan suyo.

—Bueno, bueno, corramos un tupido velo y vamos a eso que tienes tantas ganas de contarme, tu gran noche —reí.

En ese momento llegaron a tomarnos nota e hicimos un breve paréntesis.

—Pues la noche ha sido una locura, Albert está bueno para reventar. Mira que no es el primer buenorro que me empotra, pero hija mía, fue quitarse la ropa y, joder, parecía que lo habían esculpido con un cincel y un martillo, al puñetero.

—Total, que como para quejarte, porque Ness está también para mojar pan.

—Sí, sí, son dos estilos distintos, este en más potente. Y con cuerda en la cama para parar un tren. Y encima con un pepinazo entre las piernas que ni te cuento. Escocida me ha dejado...

—No hace falta que me des detalles que te conozco, y capaz eres de levantarme el estómago, que vamos a comer...

—No seas tiquismiquis, pero vamos que sí, el tío está para hacerle un favor y tres. Y nos los

hemos hecho mutuamente. Unos pocos de favores, creo que me explico —hizo como que contaba con los dedos y que perdía la cuenta. Era muy graciosa.

—Ok, ok... Me hago cargo —reí.

—¿Y tú? ¿Cómo te fue con Mark?

—Pues fue una noche estupenda, qué quieres que te diga...

—Pero vamos a lo importante, ¿hubo tema o no hubo tema?

—Mira que eres, no, no hubo tema...

—Ah, yo que sé, como dices que fue estupenda, mi mente vuela...

—Tu mente es que es algo sucia —reí.

—Sí, sí, eso es verdad, pero mi mente solo, por lo demás voy de lo más limpita, mírame —era un caso perdido.

—Pues sí, puñetera, pero lo cierto es que me sentí genial con él, es súper caballeroso y me hizo sentirme especial en todo momento.

—¿Y te dejó en tu casa y ya? —su cara denotaba que ardía en deseos de saber más.

—Bueno no, nos pasamos los teléfonos y hemos quedado en comer en estos días, aunque no sé si creerlo...

—¿Cómo que no sabes si creerlo? —mira que te meto así, hizo el gesto de darme una leche.

—¡Marlene, te está mirando todo el restaurante! —musité entre dientes, disimulando.

Ya le había dicho las palabras mágicas para que guardara la compostura. De repente noté que me había llegado un mensaje y crucé los dedos para que fuera él.

—Te gusta de verdad —soltó a modo de melodía, con una voz de lo más graciosa...

—¿Por qué lo dices?

—Porque piensas que puede ser Mark y has ido enflechada a mirarlo y, cualquier otro día, no coges el móvil para nada en la mesa, así se caiga el mundo.

—No sé por qué me tienes que conocer tan bien, déjame que mire...

—Y tanto que te conozco, como si te hubiera parido....

—¡Wowww!

—¿Es él?

—¿Tú qué crees? —le enseñé la pantalla y ella hizo un gesto muy divertido, como poniéndose bizca.

“Anais, que no se te olvide que tenemos un almuerzo pendiente. Me da igual que sea el viernes o el sábado, pero ni se te ocurra posponerlo. Te deseo un precioso domingo”

—¡Toma ya!! —chilló ella.

—Sí, sí, aquí está el tío, se ha acordado...

—Pues claro, tontuela, ainsss, mujer de poca fe....

—¿Qué le contestó? Me he puesto hasta nerviosa...

“Hola, el viernes lo veo bien. Pasa por mi casa a las dos y me cuentas el plan”

—Menos mal que no sabías qué contestarle, te ha faltado el tiempo...

Si animadas habíamos llegado, más animadas nos fuimos. Después del almuerzo, nos marchamos a tomar un café. La tarde invitaba a cualquier cosa, menos a meternos en casa.

Nos sentamos en la terraza de una preciosa cafetería, situada en la última planta de uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad y desde donde había unas vistas absolutamente espectaculares.

Miré a la mesa de al lado y no me podía creer que allí estuviera mi amiga Chloe, compañera de la carrera y otro personaje divertido donde los hubiera, del estilo de Marlene.

Nos saludamos todas, ya Marlene y ella se conocían también de alguna otra ocasión en la que habíamos coincidido.

Nos partimos de risa con ella. Nos contó que su madre, que tenía cincuenta y cuatro años, se había divorciado de su padre y estaba saliendo con un chico de treinta.

—Pues sí que es curioso —le comentamos —Y tú, ¿cómo lo llevas?

—Yo estupendamente. Si lo mejor del caso es que a mí el que me mola es su padre, que tiene la edad de mi madre y estamos también ahí, ahí...

—¡No! —nos partimos de risa Marlene y yo.

—Sí, sí, nos hemos cambiado los papeles —se unió a nuestras risas —Y lo cierto es que las dos estamos encantadas, a ella el hijo la ha rejuvenecido y a mí el padre me ha centrado, que también me ha venido bien...

Después del café nos despedimos de Chole y, cuando nos subimos en el coche, íbamos comentando lo curioso de su historia. Finalmente, Marlene me lio para que cenáramos juntas y lo hicimos. Antes de volver a casa, me dejó en la de mi madre para recoger el coche.

Entré a saludarla, así como a John, pero procuré no entretenerme. Comentamos un poco sobre la fiesta, con la que todos los asistentes habíamos quedado encantados, como cada vez que celebraban algo.

A las diez puse rumbo a mi casa, pues a la mañana siguiente tocaba trabajar. Por el camino, iba emocionada con la idea de almorzar el viernes con Mark. Su mensaje me había pillado por sorpresa y había dibujado en mi cara una sonrisa tonta que no se me había quitado en todo el día.

Llegué a casa, me desmaquillé y me metí en la cama con la esperanza de que el sueño reparador de esa noche me permitiera tener buena cara al día siguiente. Al menos, eso sí, la sonrisa ya me la había garantizado aquel mensaje tan deseado.

Capítulo 4

No tenía ganas de ir a trabajar ese día, pero no había opción, así que me pasé la mañana preparando los titulares que iba a llevar, mientras me mataba a cafés.

Me reí al pensar que sería todo un bombazo soltar en directo que había conocido a uno de los solteros más codiciados del panorama nacional, pero obvio que no iba a hacerlo y menos cuando tenía pendiente una comida con él para el viernes. Ni muerta abriría la boca.

A la una salí hacia el complejo de la cadena. En mi coche por supuesto, a mí eso de que me recogiera un chófer de la empresa no me hacía gracia.

Iba memorizando todo aquello que quería comentar ese día y cómo explicarlo. En honor a la verdad, tenía muchas noticias sobre las cuales podía aportar bastante información.

Lo que más rabia me daba es que a veces me hartaba de preparar cosas y luego se terminaba hablando toda la tarde sobre otras que hubieran sido noticia por algo o se convirtieran en el foco.

El día estaba precioso, el clima era perfecto, tenía que salir un programa más que genial, hasta el tiempo lo indicaba.

Llegué saludando a todo el que se cruzaba por mi camino, aquello era un hervidero de trabajadores, tanto de los programas como de las instalaciones.

Me paré ante la máquina de café y cogí uno. Necesitaba cafeína para el cuerpo, esa hora era mortal.

Escapé al pasillo de fuera donde se tomaban los cafés los fumadores, así que aproveché para fumar un cigarrillo, aunque yo pocas veces lo hacía. De hecho, en mi casa casi nunca. No quería que se quedara el olor impregnado y más con lo exagerada que yo era, que tenía todo el apartamento plagado de velas e incienso de vainilla.

Me puse a hablar con Sarita, una de las chicas de limpieza. Era de Puerto Rico y afirmaba ser la amante secreta de uno de los artistas de gran relevancia de su país, yo me moría de la risa con ella y sus cosas.

Entré a maquillaje y peluquería. Allí estaba Blanca como siempre rajando de alguien, en ese caso era sobre la mujer de un actor que se había puesto glúteos, la estaba poniendo fina.

—Buenas tardes — sonreí y me senté.

Todas me saludaron de forma sincronizada, yo me puse a mirar por el cristal el programa del corazón que iba antes de las noticias. El último era el nuestro.

Estuve a mi aire escuchando las conversaciones que allí se entablaban, pero yo prefería mantenerme ajena a ellas. Ya bastante tenía con los corrillos que se formaban en *"In love"* durante tres horas de lo más agotadoras.

Revisé las redes y miré el último vídeo que había subido mi amiga, ya lo escucharía en otro momento, la jodida me tenía enganchada hasta a mí, que moría por ver lo que tuviera por ofrecer.

Veinte minutos antes de la emisión ya estaba lista y nerviosa. Aquel día me imaginaba que Mark iba a ver el programa y estaría atento a lo que yo dijera. Eso o que yo me montaba unas películas de cojones en mi cabeza.

Cogimos nuestros asientos antes de entrar en directo y ya estaba Pedro de lo más sofocado antes de comenzar, el inicio de semana prometía.

Cinthia y yo lo mirábamos como diciendo "hoy viene este fuerte", cualquiera lo aguantaba.

En el aire y en cuestión de minutos, se soltaban una serie bombas informativas que cada uno defendíamos o no, en virtud de lo que creyéramos o de lo que nos informaran nuestras fuentes. De repente, una de esas bombas cambió el rumbo.

—Me dice el director que traen hacia plató un ramo de flores para uno de los colaboradores, lo han hecho llegar a la cadena. ¿Para quién será? Todo esto después de publicidad —dijo Erika haciendo un gesto nervioso.

En el descanso me llamó mi madre para que fuera a cenar, le dije que cuando terminara pasaba por su casa.

Entramos a plató y allí estaba el ramo, el sobre se veía sobre la pantalla gigante del plató.

—Pues como decía nos hicieron llegar un sobre con un mensaje muy especial ¿Para quién será? Descubrimos el contenido de la dedicatoria.

La pantalla se abrió con el contenido del sobre y yo me quería morir, directamente morir...

“Gracias por hacerme sentir bien en una de las entrevistas más relajadas de mi vida. Mark Spencer”

No, no podía ser, yo ni gesticulaba, no quería ni hablar, quería pensar que lo había enviado y no había dicho para quién era.

Rápido se armó un revuelo increíble, con todos los compañeros apostando para quién sería y la presentadora preguntó que quién había estado entrevistando a uno de los hombres más deseados del país.

Yo seguía en silencio, a mí o me señalaban con el dedo directamente o no diría ni pío. Iba a actuar como hacían mis compañeros, pero no quería hablar ¿Qué entrevista? ¿Qué digo que le pregunté? Ni muerta hablaba.

Yo los miraba a todos riendo y señalándolos, entré al juego con esa pequeña esperanza de que no hubiera indicio de que se trataba de mí y no, no lo hubo. Aquello fue una guerra con el fin de desenmascarar quién estaba mintiendo, pero a mí me daba igual, en peores se habían metido ellos y se callaban cuando les convenía.

Lo iba a matar, a Mark lo iba a matar, pero no, no le diría hasta la comida del viernes ni esta boca es mía.

Al terminar el programa el ramo se quedó allí sobre la mesa, yo no lo iba a coger, lo tenía más que claro que el agua, pero telita con Mark, ya veía que se las traía.

Se amenazaba con descubrir a quién iba dirigido cuando yo me marché, como si conmigo no fuera la cosa.

Me dirigí hacia casa de mi madre alucinando ¿Cómo se le había ocurrido eso? Estaba entre mandarle un mensaje y no, pero preferí no hacerlo.

Mi madre que no era cotilla me preguntó nada más llegar que a quién creía que se lo habían mandado y ya le conté la verdad. John y ella se pasaron toda la velada bromeando al respecto.

Me encantaba la felicidad de esa mujer tocando las palmas y viviendo todo aquello con ilusión como buena consumidora de programas de corazón, más cuando su hija estaba en el equipo y encima era la causante de la noticia del día.

Me estuvieron contando que se iban a ir a Cancún unos días a la semana siguiente, ya que ella cogía unas mini vacaciones en el banco y deseaba ir a uno de los hoteles que él tenía en aquella zona.

Eso era vida y lo demás eran tonterías...

Yo también quería pillar unos días e irme con mi amiga Marlene, pero por ahora no veía el momento y lo haría cuando estuviera más avanzado el verano.

Por supuesto que solo tenía que elegir destino. El hotel me lo ponía John, eso estaba de lujo, así que nada más que pagábamos el avión y encima gracias a él siempre nos concedían gratis la primera clase.

John era como un hermano, más que como un segundo padre, lo mismo me pasaba con Judith. A los dos les tenía un cariño demasiado especial y me dolían como si llevaran mi sangre, ambos se habían ganado el cariño de todos a pulso.

Me despedí tras la cena y me fui a descansar, una ducha y a la cama, mañana sería otro día.

Otro día para alucinar...

La mañana fue tranquila, preparando mis noticias, a base de café y mi zumo de naranja.

Usé un poco de tiempo para ver el vídeo subido por Marlene, otro muy bueno, muy bien documentado y relatado como solo ella sabía hacerlo. Había que reconocer que era muy buena, no tenía que envidiar nada a ningún periodista de investigación y eso que ella no lo era.

Salí un rato a comprar pan y algunas cosas que me hacían falta para la casa, así que aproveché para abastecerme un poco.

Me tomé un café en una pastelería que me encantaba. Era una monería, toda decorada en tonos pálidos y de lo más bonito, como sus pasteles, con un aspecto muy cuidado y esos cafés que venían con espuma formando corazones.

Para lo de los dulces yo era muy jodida, pues me encantaban, pero los evitaba a toda costa, ya que si no me cuidaba engordaba rápidamente.

Llegué a las instalaciones del programa y pasé por peluquería. A continuación, me fui hacia el plató donde no esperaba para nada lo que sucedería.

Pedro como siempre estaba de lo más nervioso y por ende nos ponía de los nervios a los demás, debido a que antes de empezar el programa ya estaba discutiendo como si se le fuese en ello la vida, con esa vena que se le pronunciaba en la garganta.

La presentadora no pudo empezar de forma más brusca y directa.

—Muy buenas tardes, y no una cualquiera, sino una que se presenta cargada de emoción, ya que tras ayer mandar un ramo de flores a uno de nuestros colaboradores, hoy tenemos con nosotros a Mark Spencer —estiró su mano para que pasara y yo no me lo podía creer, se me quedó la cara más tonta del mundo. No podía ni gesticular.

Mark nos saludó a todos por igual. Yo no lo miré ni a los ojos al darle los dos besos. Negaba incrédula, pero sin parecer exagerada, solo impresionada por tenerlo ahí, al igual que mis compañeros.

—Es un placer tenerte en el programa —dijo Erika señalándole la silla para que se sentara.

—El placer es mío, ya sabéis que no suelo hacer apariciones públicas en ningún programa, pero este lo veo cada vez que puedo y debo reconocer que siento gran debilidad por vosotros.

—¡No me lo puedo creer! Estábamos ajenos a esa información —comentó Erika sorprendida.

—De verdad, os lo digo en serio, desempeñáis un papel muy diferente y fundamental. Me gusta este espacio, a pesar de que a veces me dais collejas a distancia —carraspeó haciendo reír al público, al que se había llevado de calle nada más pisar el plató.

—Ayer mandaste un ramo de flores...

—Eso es —levantó la ceja mirando a la presentadora, que era la que estaba entrevistándolo en ese primer momento. Luego entraríamos nosotros.

—No decías a quién iba dirigido...

—No hacía falta, le llegó, era mi cometido.

—Pero el ramo sigue ahí...

—Como ella...

—¡Yo me libro! —gritó Pedro interrumpiendo, por eso de que se refirió a una mujer —Lástima de mí —miró al público que se reía.

—No te preocupes, que te envío uno —bromeó Mark.

—Bueno, prosigamos. ¿Qué tiene de especial esa entrevista que dices que te hicieron y por qué no se emitió aún?

—Tiene de especial la forma en la que se hizo, desde el tú a tú, desde la persona a la persona, no del periodista al personaje. No creo que se emita, creo que fue más una entrevista a nivel personal que mediático.

—Se supone que un periodista entrevista para ofrecer información...

—Todo no tiene por qué venderse, hay entrevistas que quizás le aportan al periodista una visión para luego defender cualquier noticia que se debata en los medios. Si conoces al personaje de forma más informal, puedes llegar a ofrecer más información que un simple titular, no sé si me explico.

Yo me quería morir, lo iba a matar, no dejaba de resoplar intentando que no se notara.

—Te explicas perfectamente. ¿Por qué la calificas de informal?

—Algo que no está preparado, que no ocurre en un lugar en el que normalmente se haría, ni a una hora convencional, pero surge, te dejas llevar y sabes que fue la entrevista de tu vida.

—¿Cómo puede ser la entrevista de tu vida si no se va a emitir?

—Pues por eso, sabes que puedes ser tú, que te escuchan sin juzgarte, que prefieren conocer a la persona sin tener en cuenta otros factores, es algo más gratificante. Sientes que no te están poniendo en tela de juicio y que los temas fluyen sin necesidad de forzar nada. Entendí que interesaba como personaje en ese momento, pero no de una forma mediática. A veces necesitamos que se nos escuche, desde la profesión, pero de otra manera. Es nuestra mejor carta de presentación.

—Tienes razón, puede ser importante en algún momento en concreto.

—Muy importante.

—Por lo que veo no vas a desvelar con quién tuviste ese formidable careo.

—Si la chica no quiere no soy yo quién para hacerlo, me parecería muy extraño que ella se tomara aquello con respeto, de forma personal y que ahora venga yo a venderla como periodista. No sería ético por mi parte y no es mi papel, la pelota está sobre su tejado.

—Es muy fácil, intervino Blanca, yo ya puedo asegurar que conmigo no fue, ya quisiera yo —dijo provocando la risa —Y si no soy yo y tampoco Pedro, quedan Anais y Cinthia, ahí lo dejo.

—Puedes dejar lo que quieras —salté antes de que me acorralaran —Dices que Pedro y tú no, yo tampoco, veremos qué dice Cinthia —me encogí de hombros y adopté un gesto chulesco.

—Ya me gustaría —se levantó metiéndose en su papel a pesar de ser la más prudente —A mí si un día me mandas un ramo te pido que pongas mi nombre bien grande, para que se mueran de envidia como me estoy muriendo ahora mismo yo.

El público la aplaudió y la sonrisa de Mark era de lo más placentera, se lo estaba pasando en grande y más sabiendo que tenía a todo el plató babeando por él y a mí a punto de perder los nervios.

En ese momento me llegó un mensaje de mi madre diciendo que estaba llorando de la risa y que a ese se lo tiraría hasta ella, tuve que contenerme para no reír yo también.

Mi amiga también me mandó miles de mensajes alucinando por el día anterior y por este, lo había bordado ¿Qué me podía esperar más hasta el viernes?

—¿Te gustaría repetir esa entrevista de nuevo con la misma persona?

—Me encantaría, nada me dice que no vaya a volver a suceder.

—¿Os habéis intercambiado los teléfonos?

—Qué profesional, después de conceder una entrevista de tú a tú, no coge el teléfono del personaje para luego poder contrastar algo en un futuro...

—Eso es un sí.

—Claro —sonrió.

—¿Te sorprendió en persona ella?

—Mucho, me gustaría que lo entendierais, al igual que vosotros sentís curiosidad por conocer al personaje, nosotros, que estamos acostumbrados a escuchar cosas que nos atañen en vuestras bocas, también tenemos curiosidad por conocer a la persona, no a la periodista, saber de sus valores, de su ética, de su lado más personal. Fue todo un descubrimiento —sonrió.

—Me quedo con la duda de cuál de ellas tres se tratará.

—Da igual el nombre, es la esencia que dejó al mostrar su lado más personal, es capaz de hacer periodismo sin dar información ¿no es mágico?

—Bueno, pero yo preferiría la noticia.

—Quizás tendrás muchas noticias gracias a eso —le hizo un guiño y le sacó una sonrisa a ella y a todo ser viviente que había en el plató, era todo un seductor.

—Bueno, no me mires así que al final voy a caer yo también rendida a tus pies como muchas féminas del país. Tengo una pregunta...

—Vaya, suena a giro total.

—Comenzaste con una pequeña cadena de golosinas que arrasó en menos de un año y te forraste, luego emprendiste la aventura de los restaurantes ¿Qué tiene Mark que todo lo que toca lo convierte en oro?

—Visión, creo que cada uno tenemos unas capacidades. La mía es la empresarial, siempre ando buscando estrategias de marketing y mil maneras de llegar al cliente, cuido mucho las líneas, eso es verdad.

—¿Y que llevó a un gran empresario a saltar como personaje público?

—Fue por la famosa foto con la cantante Slaina, nos pillaron una imagen una noche paseando de la mano y fuimos portada de todos los periódicos del país, que no tardaron en averiguar hasta mi pasta dental —hizo un gesto de ladeo con la cabeza.

—Pero esa relación no duró mucho más allá del tiempo de la publicación ¿Por qué crees que hoy en día te has convertido en uno de los personajes más buscados?

—No fue una relación, fue una casualidad. La conocía de tiempo y fuimos a cenar. Al cruzar una calle la cogí de la mano, pues había muchos coches, y en ese momento captaron la imagen que tanto dio que hablar, solo era una amiga. Luego no dejaban de perseguirme, de investigar mi vida y sin comerlo ni beberlo, me convertí en uno de los reclamos de muchas marcas para dar imagen, además de andar con los medios pisándome los talones. Todo se fue de madres y aquí estoy...

—¿Te arrepientes?

—No me puedo arrepentir de algo de lo que no tuve la culpa, ni siquiera busqué, menos tuve opción a elegir si sí o si no...

—¿Te molesta ser tan perseguido?

—Me molesta la molestia, entiendo que me persigan muchas veces, que intenten pillar la foto para un buen titular, pero a veces salta a la palestra la mala educación. Como en todos los sectores, en el periodístico hay profesionales con principios y sin ellos. Deberían saber que hay

momentos que deben respetar y a veces, dejar de ser tan insistentes y dejar vivir a las personas. Si un lunes por la mañana salgo a correr, no me sigas que no me voy de copas, espera si quieres en la puerta de mi casa, pero ver a unos cuantos *paparazzis* corriendo atrás todo el tiempo no es plato de buen gusto.

—Te entiendo, pero es el precio de la fama...

—Esa que yo no elegí —sonrió y se encogió de hombros.

Terminó la entrevista que duró media hora y se despidió de todos abandonando los estudios, yo me quedé aliviada, miedo me daba a que metiera la pata y soltara una de las tuyas.

Había quedado espectacular, se había metido a todo el mundo en el bolsillo y la entrevista había sacado su lado más sincero, hasta yo me quedé emocionada.

Tras aquello, llegué a casa alucinando, no le iba a escribir ni de bromas, no pensaba hacerlo hasta que él lo hiciera, para chula yo.

Lo que acabábamos de vivir había sido ya para morir, realmente me estaba riendo. No eran cosas que yo hubiera esperado jamás de un tipo como él.

Esa noche me llamaron mi madre y mi hermano, además yo llamé a Judith y la puse al corriente de lo sucedido. Ahora comenzaba a comprender todo, otra que seguía el programa, pero no sabía de qué iba, así que se quedó en shock. Decía que a ver qué me deparaba el miércoles, seguro que Mark haría otra de las tuyas, según ella.

Capítulo 5

Me levanté con el cuerpo en alerta ¿Seguiría haciendo de las suyas? Lo cierto era que me llamaba mucho la atención y, si estaba intentando llamarla, lo estaba consiguiendo por completo.

La mañana la pasé a baba tendida recordando esa entrevista, estaba cercano, feliz, cómodo... ¡Seductor! Era un maldito seductor y el día anterior había seducido a un país entero que hablaba en las redes como hipnotizado por él, había sido todo un exitazo.

Me preguntaba que por qué a mí, con todas las que había en la fiesta, pero fui yo, me tocó a mí y ahora estaba como una quinceañera imaginando muchas más cosas de lo normal.

Aquel día llegué al trabajo expectante por lo que pudiera pasar, algo me decía que no sería un día más, que algo haría, de lo contrario me habría escrito. No sabía qué, pero tenía muchas cosas en la cabeza rondándome.

Fue comenzar el programa y saltar una noticia en pantalla sobre él, estaba preparando la fiesta de sus cuarenta y tres cumpleaños para el fin de semana siguiente, después del de la cita conmigo.

Había cerrado uno de los mejores clubes de la ciudad para ese día que sería sábado y había invitado a más de un centenar de personas que ya comenzaban a recibir las invitaciones.

En ese momento me llegó un mensaje y miré el móvil, era de él, se trataba de esa invitación, yo lo iba a matar, es que no paraba y me tenía el corazón en un puño.

Ni le contesté, me quedé a cuadros, ya sabía yo que ese día también tenía que entrar de alguna forma.

Me daba miedo ir a comer con él por si nos pillaban. Imaginad si aparezco por su fiesta, era como llevar un cartel de “aquí estoy yo” y a los cinco minutos me habría convertido en el blanco de la prensa.

Se debatió mucho si a la persona colaboradora le habría llegado la invitación, encima de que el país entero hablaba sobre de quién se trataría, pero yo seguía fingiendo que nada que ver conmigo.

El viernes esperaba que nadie nos viera juntos en ese almuerzo o se iba a liar la de Dios.

Tras ese programa terminé con la cabeza como un bombo, se había convertido en la noticia de la semana y la competencia también especulaba sobre quién sería la persona que debía recibir el ramo y no lo hizo.

Llegué a casa y mi teléfono echaba humo. Mi familia lo sabía así que las chicas me preguntaban sin cesar, Elena, Judith, mi madre y Marlene que se seguía mensajando con “sus dos chicos”, como ella decía.

Marlene iba a quedar el viernes con uno y el sábado con otro ¡Para matarla! Ella sí que no tenía prejuicios.

Yo alucinaba con mi amiga y su pasividad, con la naturalidad con la que se lo tomaba todo, encima en plan chula diciendo que no se tenía que decantar, que se iba a dejar llevar ¡Ole sus ovarios!

El jueves recé a todos los santos a pesar de no ser muy creyente, pero quería tener la fiesta en paz, vivir el último día de trabajo de esa semana de lo más tranquilo y relajado. No deseaba que me sobresaltaran con nada que tuviera que ver con Mark.

Llegué al plató y ahí seguía el ramo encima de la mesa, para matarse, aquello iba a durar una

eternidad. Lo del programa era expresar los temas y sin duda ese día lo iban a expresar, pero bien, de nuevo.

Arrancamos el programa con la foto de Mark sobre la pantalla y la lista de invitados que se iba descubriendo para su cumpleaños.

El debate estaba abierto. Mark había sido sin duda el personaje de la semana y no había programa que se preciara que no se hubiera hecho eco de la noticia.

¿Acudirían algunas de las mujeres que habían formado parte de su vida? Esa era la primera pregunta del día, pero hasta el momento, por lo visto, no había ninguna que hubiera confirmado su asistencia.

La sorpresa fue mayúscula cuando entró Mark por teléfono y dijo que una de las personas que estaba en el plató ya tenía la invitación en su móvil.

El público aplaudía y yo quería que la tierra me tragara ¿Estaba jugando? Esperaba que no, pues me ganaba por goleada y yo tenía que hacer algo para meterle alguno, pero por ahora prefería permanecer a la sombra.

Pasé la tarde aguantando como pude, por fin llegó la hora de la salida y hasta el lunes no tenía que volver, eso sí, estaba acojonada por el encuentro con él al día siguiente. Si nos veían me iba a caer la de Dios la próxima semana.

La cabeza me iba a mil, por un lado, estaba nerviosa y deseosa porque llegara el momento y por el otro, estaba muerta de miedo, no tenía ni putas ganas de aguantar a mis compañeros.

Al salir me fui con mi amiga a cenar. Tenía ganas de charlar con ella. Me estuvo contando que estaba completamente extasiada con “sus dos hombres”, pero que no se iba a decantar por ninguno, que no buscaba nada serio, eso era filosofía y lo demás tonterías.

Llegué a mi casa con sentimientos encontrados, feliz por lo que me estaba pasando y un poco asustada por las consecuencias que todo ello me podía traer, sobre todo mediáticas.

Me duché, me puse la camiseta y a la cama. El viernes Dios diría, ahora solo quería descansar.

/

Capítulo 6

El viernes, al despertarme, lo primero que hice fue mirarme en el espejo. Me veía francamente bien, con un color en las mejillas de lo más favorecedor. Era temprano, los nervios no me dejaban estar en la cama.

Tenía que reconocer que todo el revuelo mediático que Mark había armado durante la semana me tenía de lo más agitada, aunque lo cierto es que ardía en deseos de verlo. Al fin y al cabo, toda esa polvareda la había levantado por mí y eso me hacía sentir importante.

Eché un vistazo a mi vestidor y caí en la cuenta de que lo que había escogido para ese día, ya no me molaba. En ese sentido, en lo que a la indumentaria se refiere, tenía que reconocer que era un poco caprichosa y, lo que un día me parecía formidable, al otro ya no me terminaba de convencer.

Después de tomarme el café, seguían siendo las ocho y media de la mañana. De repente lo vi claro, una buena ducha y me daba tiempo a ir un par de horas de *shopping*. Y más cuando sabía muy bien que iría a tiro hecho, a la tienda que acababa de ampliar en el centro una de mis firmas predilectas.

Lo medité y pensé que era una idea perfecta, así mataba dos pájaros de un tiro. Por un lado, echaba a un vistazo a la reforma y por otro, seguro que salía de allí con el *outfit* perfecto. No hacía falta decir nada más. Me puse en marcha.

Decidí tomar un taxi para ir con más soltura y no tener que ocuparme de aparcar. Llegué al establecimiento en cuestión y quedé maravillada. La firma había tirado la casa por la ventana y el lujo y la distinción rezumaban por doquier.

En cuanto a mí, decidí que era la ocasión ideal para quemar tarjeta. Al fin y al cabo, no todos los días salía una con un personaje de esa talla. Bueno, para ser sincera, era la primera vez que me ocurría y quería estar a la altura de la situación, ¡faltaría más!

Escogí un precioso y elegante pantalón de pitillo en rosa palo que combiné con una vistosa blusa blanca, con las mangas abullonadas, de esas que están tan de moda. Lo combiné con unas preciosas sandalias blancas con finas tiras con un adorno metálico central y con un bolso del mismo tono de rosa. Los complementos plateados le daban el toque final al conjunto.

Volvía a coger un taxi y de vuelta a casa. Decidí arreglarme relajadamente, mimándome, para que el resultado fuera el esperado. Y lo fue. Faltaban quince minutos para las dos cuando me miré al espejo y comprobé que aquellos pantalones me hacían un tipo precioso. Una miradita, por aquí, otra por allá y *selfie* ante el espejo al canto.

Bajé a las dos en punto y allí estaba el coche de Mark, con él esperándome fuera y su chófer dentro. Me encantó su reacción, pues tenía puestas las gafas de sol y, al verme avanzar hacia él, se las quitó e hizo ver que se frotaba los ojos, en señal de que no podía creer lo que tenía delante.

—¡Hola! —me salió una voz cantarina, porque ciertamente estaba contenta y no tenía por qué disimularlo.

—Realmente increíble —cogió mi brazo, lo puso en alto e hizo como que miraba en todas las direcciones.

—¿Qué miras? —reí.

—Que eres real y no un prototipo de belleza femenina, solo eso. Estás impresionante —me dio

un beso en la mejilla que me sonó a sugerencia en estado puro.

—Tú dirás dónde vamos —le pregunté tan pronto estuvimos subidos en el coche — Sabes que no puede ser a un lugar concurrido, porque ya hay bastante expectación en el programa como para darles carnaza.

—¿En serio? Pues no me había dado cuenta —Henry, por favor, ya sabes dónde nos dirigimos, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —fue la respuesta del chófer.

—Buena maniobra evasiva, pero me vas a escuchar, ¡menuda me has liado!

—En serio que no tengo ni idea de lo que me hablas, te debes haber confundido de persona — miraba para todos los lados como si hubiera alguien más.

—Te lo advierto desde ya, la que me has montado no ha sido ni medio normal....

—Ahora en serio, ¿Qué te he montado? Si ni siquiera he descubierto nada, ni tu nombre, ni ningún otro dato... En todo caso, se puede descubrir el día de mi cumpleaños, pero no antes... — sonrió.

—¿El día de tu cumpleaños? Ten por seguro que no voy a asistir...

—No lo dirás en serio.

—Por supuesto, ¿o es que quieres que me convierta en la comidilla de los medios? Te recuerdo que sé de buena tinta cómo se las gastan los periodistas —bromeé.

—Mira, mira, no me vayas a hacer eso —sonrió.

—Dalo por seguro.

—No, no, porque una cosa te digo, si no vienes a mi cumpleaños, no te voy a ver más —ponía cara de serio.

—Bueno tú te lo pierdes —le solté, aunque en el fondo pensaba que por nada del mundo quería que eso sucediera.

Entramos en una conversación en bucle, que parecía no tener final, cuando el coche se detuvo y Henry se volvió para decirnos que ya habíamos llegado.

Obvio que Mark no pretendía ponerme en ningún compromiso ese día y la elección del lugar para el almuerzo bien lo indicaba. Estábamos ante uno de los clubs más elitistas de todo Manhattan, vamos uno de esos donde te cobran solo por dejarte caer en la fachada.

Noté que las medidas de seguridad para preservar la intimidad de los socios eran extremas, cosa que me agradó. Viendo el panorama, yo no tenía ninguna duda de que lo que Mark pretendía era que me sintiera lo más a gusto posible y así sería.

Pasamos directamente a un restaurante de esos que solo se ven en las películas y lo que más me gustó fue ver que allí cada uno iba a lo suyo y que parecíamos estar totalmente a salvo de miradas indiscretas.

He de reconocer que yo soy mucho de fijarme en los detalles. Creo bastante en eso de las primeras impresiones y, si algo valoro en las personas, es la naturalidad. Dicho esto, tan pronto nos sentamos, vi que Mark había hecho una cátedra al respecto, pues siendo un hombre podrido en dinero, actuaba con mucha más humildad que muchos de los piojos resucitados que se creían alguien y que se mataban por salir en el papel cuché.

Lo que digo lo demostraba Mark en todos y cada uno de sus detalles, pero principalmente en la forma de tratar a las personas del servicio, con un respeto y una educación dignos de alabar.

La comida la elegimos a medias y fue gracioso porque hasta en dos ocasiones coincidimos ambos en el plato que íbamos a escoger, por lo que Mark me sacó la lengua y me dijo que era una copiona.

Me preguntó por mi vino preferido y le propuse que lo escogiera él. No sabría decir qué estaba más bueno, si aquel néctar de dioses o las exquisiteces gastronómicas que nos sirvieron. El asunto es que aquello, más que una comida, se convirtió en un auténtico festín para nuestros paladares.

En cualquier caso, y aun reconociendo que lo que nos ofrecieron parecía la obra maestra de un experimentado chef, si he de quedarme con lo mejor de aquel almuerzo, destacaría lo emocionante de las primeras miradas furtivas que comenzábamos a lanzarnos. O mejor dicho, que él me lanzaba y que yo trataba de mantener, hasta que llegaba un punto en el que, ruborizada, la apartaba, sin dejar de reconocer que me hubiera perdido toda la tarde en aquellos ojos, mandando el reloj a paseo.

Durante las dos horas que estuvimos allí sentados, que apenas nos parecieron unos minutos por lo ameno e interesante de la conversación, pude comprobar lo caballeroso que era Mark, vaya, que estaba al quite para que no me faltara un detalle.

Y es que, si tuviera que definir el interior de aquel bombón de hombre que tenía delante hubiera dicho eso, que era todo un caballero, pero con un toque irónico y bromista que hacía que saltaran todas mis alarmas, porque era una pasada lo que podía llegar a gustarme.

Al mismo tiempo y pese a ser echado para delante y atrevido, era un hombre de lo más educado y respetuoso. Total, que la mezcla no podía ser más explosiva. Lo tenía todo para que me enamorara hasta las trancas y eso me emocionaba y asustaba al mismo tiempo, por aquello que pensé la primera noche de que él jugaba en una liga distinta.

No obstante, yo también era una persona optimista y si algo estaba claro es que él estaba allí porque quería, vamos que yo no solo no le había puesto un puñal en el pecho, sino que él estaba haciendo el pino puente por estar conmigo y porque lo siguiera estando en los siguientes días, de ahí su insistencia en que aceptara la invitación para acudir a su cumpleaños.

—¿Qué te apetece hacer ahora? —me preguntó cuando pidió la cuenta, que por respeto no miré, pero que a saber a cuánto ascendía.

—Pues me decantaría por un plan tranquilo en algún lugar no muy...

—No muy concurrido, ya lo sé —me interrumpió, sonriente.

—Sí, veo que ya lo has pillado.

—Sí, sí, no es difícil, lo tienes muy claro...

—Ya sabes que sí —lo mejor es que era yo la que ponía obstáculos para exhibirnos en público, pero él hubiera estado encantado.

—¿Te apetece que vayamos a mi casa? No se me ocurre un lugar menos concurrido ahora mismo. Incluso el servicio tiene la tarde libre.

—Me parece una idea fenomenal...

Llegamos y, nada más bajar del coche, pude comprobar lo que significa el lujo en estado puro. Llamar a aquello casa, era un auténtico eufemismo, porque lo cierto es que se trataba de una auténtica mansión, rodeada de unos increíbles jardines con una piscina exterior que quitaba el hipo.

El interior era igualmente de auténtica impresión, el minimalismo era el estilo que Mark había elegido para decorar unas estancias amplias y acogedoras de esas que solo se ven en las revistas de los famosos.

Unas inmensas cristaleras separaban el impresionante salón de una terraza tan agradable que invitaba a quedarse a vivir en ella. Era una casa en la que perdí la noción de las proporciones porque todo era amplio hasta decir basta.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó con segundas.

—Es una casa preciosa —con mis palabras no quise entrar al trapo, pero mi mirada me delató.

Mark se acercó y, en ese idílico escenario, me dio un beso apasionado al que respondí, presa de la emoción. Fue un primer beso que ambos disfrutamos, ajenos a todo lo que no fueran unos labios que llevaban horas deseando fusionarse con los del otro. Lo sorprendente es que para mí fue un beso con sabor a piruletas, totalmente dulce y delicioso. Reí pensando que era un beso digno del magnate de las golosinas.

Tras él, y mientras sentía todavía el temblor de la impresión de ese primer contacto, Mark sirvió algo para beber y picar. No sé cómo pudieron pasar las horas tan rápido, solo sé que, en nada, ya estábamos pidiendo cena.

—¿Te gustan los italianos? —preguntó con retintín.

—Si te refieres a los restaurantes, sí —fui certera al contestar.

—Buena respuesta. Espero que, para otra cosa, prefieras el producto nacional.

Y nuevamente, sus labios fueron a posarse en los míos, y nuevamente sentí que rozaba el cielo, y nuevamente noté que todo mi ser temblaba como una hoja, ante unos besos cada vez más apasionados, que combinaba con las más seductoras de las caricias en mi cara, cuello y escote.

Fue una velada absolutamente maravillosa, en la que, en un momento dado, Mark me preguntó si me apetecía quedarme a dormir con él.

¿Si me apetecía, decía? No sabía él cuánto, pero no lo consideré lo más apropiado. Él lo entendió perfectamente y me dijo que me llevaba a casa. Avisó a Henry y, a eso de la una de la madrugada, ya estábamos llegando.

En el portal, me advirtió que no hiciera planes para el día siguiente, que ya él me avisaría. Mark era así, audaz, avisado, improvisador. Sencillamente, me encantaba, ¿qué sería lo que tenía preparado?

Capítulo 7

Tenía claro que los nervios me habían despertado bien temprano cuando realmente me debería haber levantado bien tarde.

Me preparé un zumo con el café y no tardó en llegarme un mensaje de Mark.

“Buenos días, Anais. Atenta. Tienes que poner en una bolsa de viaje un bañador, ropa cómoda, algo para dormir y para mañana, que será cuando volvamos. Tienes una hora”

¿Y aquello iba en serio? ¿Volvamos de dónde? Ay, Dios que me iba a dar algo, no me podía creer que eso me estuviera pasando a mí.

Era la primera vez que vivía algo semejante, despertar con planes de ese tipo tan inesperados ¡Me moría de los nervios!

Llamé a mi amiga y se lo conté, reía a carcajadas, me decía que me dejara llevar. Ese día ella también había quedado con Albert, así que se iba de parranda con uno de “sus chicos”.

Preparé todo, me puse un vestido veraniego de gasa, de mangas cortas caídas. Resbalaba a un lado y me dejaba un hombro al descubierto, era hasta la rodilla.

Incrédula preparé la bolsa para los dos días ¿Dónde me estaba metiendo? ¿Nos pillarían juntos? Me moría con tantas preguntas agolpándose en mi cabeza.

No podía dejar de pensar que aquello era una locura, pero ¿qué era la vida más que todo aquello que nos ponía en bandeja?

A la hora, un mensaje me decía que estaba abajo.

Salí hacia la calle y él estaba esperándome con la puerta del coche abierta.

Cogió mi bolsa y me adentré en el coche, saludé al chófer y salimos hacia...

Después de un rato de carretera estábamos ante uno de los puertos más prestigiosos, nos dejaron a pie de un yate en el que no podía creerme lo que veía.

— ¡Anais! —gritaba desde la cubierta mi amiga, levantando las manos y sosteniendo una copa en una de ellas. A su lado Albert sonriendo.

— No me lo puedo creer... —miré negando a Mark.

— Adelante —extendió su mano y con la otra sujetaba mi bolsa, además de la suya.

¿Un yate? ¿De quién era? Madre mía, en mi vida me había visto en una igual. No sabía si reír, llorar o empezar a matar gente, como a mi amiga, por ejemplo, a la que había llamado y se había hecho la sueca.

Me abrazó y puso una copa de vino en mis manos, Albert me saludó sonriente.

— ¿Esto de quién es? —no podía de dejar de alucinar con ese exterior, con tumbonas, piscina, barra con bebidas y taburetes y mesa con sillas de lo más cómodas.

— De los dos —dijo Albert —lo compramos hace unos meses a nombre de la sociedad, así que cincuenta, cincuenta —sonreía.

Mi amiga me cogió del brazo y me enseñó el interior, aquello era más grande que mi casa.

Salón, cocina, baño y dos camarotes con unas camas impresionantemente grandes, como si fueran del tamaño de dos de matrimonio juntas.

— Madre mía —me puse las manos en la boca notando cómo el yate comenzaba a zarpar.

— Esto es vida amiga, tenemos glamur —me besó riendo y subimos de nuevo.

La música sonaba de fondo, las copas de vino sobre la mesa y nosotras de lo más animadas,

aunque yo con esa cara de shock que no se me quitaba.

Aquello era tan impresionante que ni se movía cuando navegabas, era como estar en suelo firme. Yo estaba que no me lo podía creer.

Mark me miraba sonriendo, yo negaba sujetando la copa en las manos incrédula ante todo esto que me estaba pasando.

- Quita esa cara —me dio en el hombro Marlene.
- ¿Y tú desde cuándo lo sabías?
- Desde ayer —soltó una carcajada.
- Ya te vale —reí negando.

Tenía un sentimiento de esos de casi tocar la felicidad y por otro lado el miedo a lo que estaba pasando. Era como tener los sentimientos encontrados y los nervios a flor de piel.

Miraba a Mark que charlaba con Albert apoyados ambos sobre la baranda, eso sí, el que manejaba el yate era su chófer Henry, un hombre multiusos, su mano derecha.

Mark estaba guapísimo con esa camisa celeste y blanca remangada por los codos y ese pantalón blanco corto, para comérselo. El pecho tan moreno, era toda una provocación.

No podía dejar de mirarlo de reojo, aunque me pillaba. Nuestras miradas se cruzaban y yo me ruborizaba como una quinceañera, ese hombre me imponía y mucho.

- De esta que me hagan una barriga —murmuró mi amiga mirando a Albert y sonriendo.
- No eres más bestia porque no estudiaste la carrera —resoplé riendo.
- No veas cómo folla —lo miraba mordiéndose el labio.
- ¡Marlene! ¿Hola? Estoy aquí —negué y me fui hacia los chicos.

Miré a los dos aguantando la risa...

— Decidme que no tenéis un helicóptero y un cuarto rojo —solté una carcajada.

— Mi cuarto es blanco, pero si hay que pintarlo de rojo... —miró a su chófer, que ahora era el capitán del barco.

- No me digas que también pinta —resoplé negando.
- Y lo del helicóptero... Me dan miedito —dijo Albert apretando los dientes y causándonos una carcajada.
- Venga va, ya se pasó la broma, digámosle la verdad.
- ¿Mark? —pregunté sin entender nada y viendo cómo mi amiga se colocaba a mi lado sonriente.

— Lo hemos alquilado —soltó una carcajada que me hizo hasta a mí echar todo el vino que tenía en la boca.

- ¿En serio? —preguntó Marlene riendo a carcajadas.
- Pues claro —decía Albert tan feliz con una sonrisa de oreja a oreja.
- Y yo pensando que eran como el de las “*Cincuenta sombras*” —negaba mirándolos con esa media sonrisa.

— Cincuenta mierdas —solté riendo.

— Tampoco os paséis —carraspeó —que la vueltecita de dos días vale lo suyo —dijo Albert haciendo gesto burlón.

Mark se vino hacia mí y chocó su copa con la mía.

- ¿Te gustó la sorpresa?
- Me encantó —me mordí los labios negando —Nunca dejas de sorprenderme...
- ¿Se supone que eso es bueno?
- Claro... Pero en el fondo te temo, tenlo claro.

— ¿Crees que haría algo para perjudicarte?

— ¡No! —solté una carcajada.

— Entonces disfruta de este fin de semana —me tocó la nariz y luego besó la coronilla de mi cabeza. ¡Moría de amor por él!

Entré y me cambié. Me puse un bikini blanco de crochet, una maravilla que me había regalado Judith y que me tenía de lo más contenta, me quedaba genial.

— ¡Vivan los cuerpos serranos! —dijo Albert al vernos a las dos ya con la ropa de baño.

— ¡Vivan las hamacas de los yates! —exclamó mi amiga, tirándose en una de ellas y yo al lado.

Me sentía rara, feliz, pero con una sensación extraña. Estaba a gusto con ellos, pero no sabía realmente cuál era mi lugar con respecto a Mark. Me sentía como si todo mi mundo empezara a abrirse ante una nueva historia que no sabía cómo iba a pintar, me veía tan diferente a él...

— Y yo pensando que el yate era de los dos —reía a carcajadas mi amiga a mi lado, en la otra tumbona.

— ¿Y qué más da? —negué riendo por la que tenía en su cabeza con eso.

— No es lo mismo tener un novio con yate que sin él...

— ¿Ya es tu novio? —reí incrédula de la bipolaridad que le afectaba.

— Tengo dos —dijo murmurando para que ellos no se enteraran.

— Cualquiera te entiende, ni Dios... —negué riendo por las cosas que tenía.

— Mejor, no me entiendo ni yo, como para hacer que me entiendan los demás...

Marlene era tremenda, pero era mi amiga de toda la vida y una de las personas por las que daría todo lo que poseo, a pesar de tener ese punto de locura que la hacía especial.

Los chicos prepararon una mesa de lo más succulenta. Nos sentamos con ellos a comer. Lo habían planteado todo de lujo, no nos faltaba detalle, se habían dejado la piel.

Mark me miraba de lo más seductor, como pensativo, algunas miradas hasta las podía interpretar. Conseguía que me ruborizara y perdiera la mirada sobre el río Hudson, por el que estábamos navegando.

Yo me preguntaba qué podía haber tras esa cabecita sobre lo nuestro ¿por qué insistía? ¿Por qué estaba al pie del cañón? ¿Por qué se empeñaba en prestarme tanta atención? ¿Hasta dónde quería llegar conmigo?

— ¿Qué piensas? —preguntó mirándome con esa sonrisa que me hacía babear.

— Nada en especial...

— No me lo creo, dicen que cuando estás frente a alguien y fijas la mirada hacia otro lado es porque estás pensando en lo que te gustaría que pasara con esa persona o que no estás cómoda en ese momento.

— Eso te lo acabas de inventar —solté una carcajada.

— Joder, no hay manera de sacarte lo que piensas... —sonreía mirándome fijamente.

Mi amiga hablaba con Albert mientras comían al otro lado de la mesa y yo con Mark en flojo...

Me gustaba cada vez más, en ese momento estaba en el punto que por un lado me daba igual el mundo y por el otro quería seguir conociéndole a él. En definitiva, que, si me decía que me tirara de un puente con él, casi que me lo pensaba.

Tras la comida llena de miradas de lo más intensas, pasamos a tomar unas copas, escuchando música latina y comenzando a mover nuestros cuerpos.

—Tu chófer no baja ni a comer ni a nada.

—Él está feliz con todas sus comodidades en el cuarto de mandos, es muy solitario, se lo dije

varias veces...

—Bueno, pues si está bien ahí, no somos nadie para dirigirlo.

—¿Y tú cómo estás bien? —me agarró por la cintura y comenzó a moverme a ritmo de la bachata que estaba sonando.

—Bueno, bueno, ya salió tu alma más latina —no podía contener mi mirada en la suya. Era lo más sensual bailando que había visto en mi vida y encima con elegancia ¿Podía tener yo más suerte? Aunque esa era precisamente la que me daba miedo.

—Y digo yo... ¿Qué hay que hacer para conquistar a una mujer como tú?

—Mira Don Juan, que no me creo nada, que tú tienes a todas las que quieras y no vas a precisamente perder tu tiempo en conquistarme a mí —me pegué a su pecho riendo mientras seguíamos bailando.

—No soy ningún Don Juan, ni quiero a todas esas mujeres que dices y que personalmente desconozco, pero créeme que me gustas y que voy a unir América con Europa si hace falta para conseguirte.

—¿Qué quieres conseguir de mí?

—Te quiero a ti...

—¿En qué concepto?

—En todos —se hizo un silencio —Te voy a conquistar —me dedicó un guiño y besó mis labios. Otra vez ese sabor a piruletas que me hacía perderme en las delicias de sus besos.

—Necesito un buen trago —me aparté y le di uno bien grande a mi copa mientras él me miraba sonriente y cogía la suya.

¿Pero que tenía yo que no tuvieran las demás? ¿Por qué no me lo creía? Algo me decía que lo nuestro tenía una fecha de caducidad y esa era la realidad, así que no podía dejar fluir las cosas como lo haría en otro momento y con otra persona. Algo me frenaba a pensar que yo era especial, quizás no confiara lo suficiente en mí misma.

Pasamos una tarde de lo más divertida, quise apartar todos esos pensamientos de mi cabeza y disfrutar del momento, ese que la vida había puesto en la mía para que me dejara llevar. Al final somos los instantes que vivimos y deberíamos disfrutar de todos ellos sin pensar que pasará después. En última instancia, nos quedamos con lo mejor de todo.

La caída de la tarde fue un espectáculo, podía ver reflejada la ciudad en una parte del río. La música sonaba, acompañada de las copas, las charlas, los besos y un montón de miradas que despertaban todos mis instintos más escondidos.

Me duché antes de cenar y me puse un pantalón largo elástico, con una camiseta de tirantes del mismo color, negra. Encima una sudadera blanca, con la bandera de Noruega, era de una marca muy conocida y que me encantaba.

Refrescaba mientras navegábamos, inclusive cuando nos parábamos, pero se estaba genial. Aquella estaba siendo una experiencia de lo más gratificante.

Me gustaba mirar la ciudad desde ese punto, nunca lo había experimentado de esa manera, era algo muy particular y que te llenaba de una buena vibra impresionante.

Una barbacoa en un yate, eso hicimos por la noche, tenía de todo aquel hotel andante como yo lo veía, parecía un pequeño *resort* en medio del agua.

—Anais, ¿qué te vas a poner para el cumple de Mark? —preguntó mi amiga mientras mordisqueaba ese filete metido en dos rebanadas de pan.

—Sabes que no puedo ir —volteé los ojos.

—Si no vas a mi cumple no te vuelvo a ver más —dijo Mark riendo, pero muy seguro de lo que

decía, como ya me lo dijo un par de veces.

—Sabéis que si voy se va a liar, seré la comidilla de todos los programas incluido el mío.

—¿Y? Envidia para todas.

—Marlene, es mi trabajo, mi vida, no puedo aparecer de su mano, uno de los personajes más llamativos y del que se habla por todos los rincones ¿Sabes la de teorías que pueden sacar?

—No hace falta que vayas de mi mano, con el hecho de que acudas es suficiente.

—¡Mark! —negué riendo —Qué fácil lo veis todo, no tenéis ni idea de lo que es estar ahí, en el candelero.

—En eso tienes razón —me dio Mark un toque en la nariz —pero no creo tampoco que nos tengamos que estar escondiendo.

—Ya, pero con la que has liado en el programa...

—No ha liado nada, que yo me lo he pasado bomba —decía mi amiga mirando a Albert que ni quería intervenir.

—Eso, tú encima caliente —la miré con ganas de matarla.

—Bueno, el caso es que queremos que vayas, hay que trazar un plan para que no se le tiren encima —decía Albert intentando calmar.

—El caso es que si yo aparezco por allí se lía parda a partir del minuto uno, van a querer saber más de lo que hay y me veo venir que no va a ser fácil lidiar con esa situación.

—Si no vas...

—¡Vale ya! —reí, pero con agobio por esa frase referente a que si no iba no lo volvería a ver más.

Tras la barbacoa nos pusimos a tomar unas copas más. Menos mal que las anteriores iban con poco alcohol, así que teníamos más aguante.

Llegó el momento en que tocaba dormir. Mi amiga salió corriendo a un camarote con Albert, por tanto, ya me tocaba a mi dormir con Mark, pero es que no me importaba, así que me agarró la mano y lo seguí sonriente.

Joder con Mark, eso pensé al ver cómo me miraba y quitaba mi sudadera para luego hacerlo con mi camiseta mientras no dejaba de besarme y de nuevo me venía el sabor a piruletas. Siempre se metía un caramelo en la boca, era increíble percibir ese sabor que producían sus labios.

Me sentó de cuclillas sobre él. Comenzó a acariciarme a la vez que me besaba, me miraba e iba notando que todo se apresuraba para terminar desnudos mientras él jugueteaba con mi cuerpo.

El suyo era impresionante, duro, bien definido, pero sin excesos, era todo un espectáculo para la vista.

Sabía cómo llevar la situación, cómo hacerme sentir cada vez más excitada a la vez que relajada, dejándome llevar por un momento en el que ya me costaba hasta respirar. No tardé en no poder retener esos gemidos que salían con cada caricia y roce, no pude contener el grito ante un orgasmo de esos que te hacen temblar.

Cuando me penetró y comenzó a moverse me volví a venir arriba. Aquello era un no parar, un desenfreno de estimulación que te sacaba cualquier pensamiento de la cabeza. Mark tenía muchas tablas en esa cuestión, se notaba, era un placer inmenso sentirme a su merced, predispuesta a todo lo que sus manos iban pidiendo...

No me gustaban las comparaciones pero que Mark se merecía un diez con matrícula de honor era obvio, al igual que me había hecho sentir muy deseada en todo momento.

Al terminar, me cogió de la mano y me llevó a la ducha, allí estuvimos besándonos un rato, entre miradas y sonrisas que solo podían significar una cosa: que los dos estábamos cómodos en

ese momento.

Dormí echada en su hombro, él jugueteaba con mi cabello y yo pensaba que no sabía qué me depararía el futuro, pero que me iba a quedar con muchos momentos buenos para siempre en mi corazón y ese era uno de ellos.

Por la mañana desperté y casi lo tenía en mi interior, me reí, él me sonreía con ese brillo en los ojos que me decía lo que iba a pasar y volvió a suceder...

Me encantaba cómo me llevaba, cómo se movía, cómo me tocaba, cómo me lamía ¡Todo! No había nada que no me gustara de él y de esos momentos en los que me hacía perder la cordura cayendo rendida ante él.

Terminamos de hacerlo y él se fue al baño. Yo me quedé poniéndome el bañador que luciría ese día en negro y que era de lo más elegante.

Salimos y ya Albert tenía el desayuno preparado. Marlene, con un café en las manos, nos miró sonriente.

—No veas cómo chillaste anoche —dijo mi amiga sosteniendo la taza y mirándome sin parar.

—¿Tú tienes vida? —pregunté alucinando con ganas de tirarle el café que me estaba poniendo Albert sobre la cabeza.

—No es nada malo, pero hija, es que tienes un torrente...

—Paso de ti, desde luego que, porque te quiero, si no te metía una piña que te ibas a perder en el río para toda tu vida.

—Pensé que te habías levantado mejor follada...

—¡Marlene! —aguanté mis puños con fuerza y me contuve de darle en toda la cabeza.

—Que es, broma hija, no escuché nada, era para saber si habías follado o no. Ya sabes que no tengo título, pero sí alma periodística —soltó una carcajada al igual que todos la tuvimos que soltar.

—Yo te mato, te juro que te mato, cualquier día van a tener que hacer tu propio caso —resoplé y me encendí un cigarrillo.

—No sabía que fumaras —dijo Albert mirándome.

—Solo cuando estoy muy no sé qué —reí —Siempre llevo en este neceser o en el bolso una mini pitillera con cinco cigarros, me suelen durar un mes. Si me quedara en el yate con esta una semana, me fumaría un cartón diario —solté una carcajada.

—Y yo evitando fumar y escondiéndome para hacerlo. He tomado más caramelos que en toda mi vida... —confesó Mark.

—Pues ya entiendo tu sabor a piruletas, era para disimular que antes te fumaste un cigarrillo... —me reí a carcajadas.

—Pero ¿a que sabían bien mis besos?

—A piruletas, a piruletas...

Estuvimos un rato riendo y él ya sacó su paquete de tabaco, lo puso sobre la mesa mientras no dejaba de negar.

—Lo peor de todo es que si escondes algo tan simple como un cigarro ¿Qué más tendrás guardado? Vamos imagino que tremendas bombas.

—No mujer, es porque el tabaco es algo que gusta o no a una mujer y que puede echar para atrás, solo era una táctica para ligar —se encogió de hombros.

—Yo me quedo muerta —dijo Marlene untando la tostada y riendo.

Y que fumara a escondidas...

Eso sí que se me iba a quedar grabado para el resto de mis días, más ficticio no podía ser todo.

Ya temía que me estuvieran poniendo una cámara oculta o grabando uno de esos programas de inocentadas.

Un rato después tuvimos que ponernos bajo la sombra, el sol picaba a mala idea, pero en ese rincón se estaba genial. Pasamos toda la mañana de café en café y riéndonos bastante.

Mark nos tiró un *selfie* a los cuatro y dijo que lo iba a enviar a mi programa, yo me moría de la risa, sabía que no era capaz. Pensé que los medios pagarían un auténtico pastizal por la foto.

El almuerzo estuvo genial. Lo prepararon Albert y Marlene, una pasta y una pizza gigante que estaba de muerte.

Mi amiga no paraba de darme por saco con el cumpleaños de Mark y yo ya no sabía cómo explicarle de otra manera que mi asistencia no era viable en esos momentos, al final la dejé por loca.

Y luego estaba Mark que me advertía que no lo vería más si no asistía, que por un lado me tomaba la advertencia a risa, pero por otro me echaba a temblar de que fuera cierto.

Y por último estaba Albert, que hablaba lo justo, pero no dejaba de reír, vivía con esa sonrisa eterna, en paz con todo el mundo y a su bola. Ese sí que sabía.

Así que yo era el centro de atención de todos en ese momento, dentro y fuera del grupo, hasta me estaba volviendo paranoica y comenzaba a sentir manía persecutoria.

En fin, que estuvo muy buena la comida, pero me la dieron bien dada...

Tras la sobremesa nos fuimos a descansar un rato a los camarotes. Por supuesto Mark sacó su lado más sensual y comenzó con la faena, esa que me encantaba ¡Estaba tan bien entre sus brazos!

Me gustaban esos gemidos contenidos que salían de su garganta mientras hacía esos movimientos que trastocaban todo mi interior y me ponían de lo más excitada. Desde luego que estaba bien servido el chaval, por lo que notaba, había tenido mucha suerte en todo, como yo, que en esos momentos era la que lo estaba disfrutando.

Nos echamos a dormir un rato después de dos seguidos. Tenía un aguante increíble y no perdía la entrega en ningún momento.

Más tarde Marlene aporreó la puerta gritando que la merienda estaba servida.

Mi amiga, cómo no, siempre de forma exagerada, pensaba que la tiraba abajo.

Me impresionó ver todos esos dulces que había comprado Henry en una parada a un club, todo un detalle de su parte, así que los disfrutamos a la vez que tomábamos un estupendo café. ¡Vaya vida la de los ricos!

Tras la merienda bajamos del puerto donde todo comenzó el día anterior.

Mi amiga se fue con Albert en su coche y nosotros en el de Mark con Henry al volante.

Se bajó en la puerta de mi casa para despedirme, queriendo que le prometiera que iría a su cumpleaños, cosa que no pude hacer, pues no estaba convencida de ello.

Contuve la respiración al atravesar el portal, era todo tan inesperado y novedoso que me daba miedo.

Entré en mi casa con una sensación extraña, hasta con miedo de que esa hubiera sido la última vez que lo viera.

Metí la ropa en la cesta de lavado, ordené un poco la bolsa y me duché. Después me tumbé en el sofá a reflexionar, estaba ida, muy dudosa, tenía mil preguntas que no sabía responder y me sentía rara.

Me hubiera encantado en ese momento que Mark fuera una persona desconocida, que tuviera una vida normal fuera de los focos, pero es que no, era uno de los personajes más buscados y de actualidad del mundo del corazón.

Mi madre me llamó y le conté lo del fin de semana. Estaba flipando, al igual que con lo de la fiesta, sobre la que me decía que fuera y que ya luego capeara el temporal como pudiera. Lo mismo me aconsejaban Judith y Elena, pero es que yo estaba dentro de ese mundo y sabía las consecuencias que me podía acarrear, no era tan fácil como querían hacer ver.

Me acosté y no dejaba de dar vueltas al asunto, además que sabía que me esperaba una semana donde iban a estar hablando del cumpleaños de Mark durante todos los programas. Y para colmo también querían saber la persona a la que se refería, así que era para coger una gripe y estar siete días en cama. La cosa pintaba pesada, pesada.

Capítulo 8

Mi primer café fue tan amargo como el sueño de la noche anterior. Estaba cabizbaja, triste, de mal humor y hasta me costaba respirar. Parecía que tuviera una ansiedad en mi interior que me estuviera oprimiendo el pecho.

Me puse a buscar las últimas noticias de los personajes del país. Había dos o tres que podían ser lo suficientemente buenas para desviar el tema de Mark en el programa, aunque eso dependía de la conductora y el director, así que no había consuelo que valiera.

Esa mañana no me llamó nadie, menos mal, temía que me pusieran las chicas la cabeza peor de lo que ya la tenía, que no era poco.

Llegué a las instalaciones, me fui directa a pasar por maquillaje y peluquería. Estaba Cinthia en esa sala y me miró sonriente.

—¿Tú crees que es Blanca la que se vio con Mark?

—¿Y quién me dice que no eres tú? —le saqué la lengua queriendo esquivar el tema.

—Ya quisiera yo, en mí no se fijan ni los de los programas de telerrealidad —reía.

—Pues anda que mi vida es de lo más animada —negué queriendo hacer ver que nada que ver conmigo.

—Es Blanca, no me cabe duda, esa capaz hasta de estar liada con él, eso es un juegucito que se traen.

—Ni idea —suspiré.

Al final como aquello me estallara en la cara iba a ser monumental, todos reprochándome que yo lo negara. En fin, que lo tenía jodido, pero es que me metía en cada una...

No dejaba de mirar el móvil. Tenía la esperanza de que Mark me pusiera un mensaje, no sabía de qué tipo, pero necesitaba que alguien me calmara y en ese caso solo podía ser él.

El programa era totalmente sorpresa, en directo y sin saber en ningún momento de lo que se iba a hablar, esa era su esencia. Nosotros todos los días enviábamos las noticias a redacción y ellos se encargaban de poner lo que querían o creían oportuno y lo íbamos desarrollando, así como las noticias de última hora.

Los focos se encendieron y la música dio lugar a que ya estuviéramos en el aire, cómo no, la foto de Mark abría la tarde.

La presentadora comenzó a decir que hasta la fecha seguía siendo un misterio la identidad de la colaboradora que entrevistó de forma más personal a Mark y que además parecía que entre ellos podía haber nacido algo.

Lo que dijo Mark de la entrevista fue algo que marcó desde el comienzo, había que tener jeta. Yo no le había hecho ninguna entrevista, solo lo conocí y comenzamos a hablar esa noche.

En ese momento pidió paso un compañero que parecía que lo había abordado por la calle y lo tenía atosigado a preguntas, siguiéndolo.

Le dijo que estaba en directo y accedió a ponerse el pinganillo para hablar con la presentadora.

—Muy buenas tardes, Mark. Ante todo, gracias por haber accedido a entrar en directo y a escuchar a nuestro compañero que está a pie de calle y de la noticia.

—No hay de qué. Buenas tardes —sonreía, estaba guapísimo con esa camisa rosa y ese sombrero de color crudo.

—Me preguntaba cómo iban los preparativos de la celebración de tu cumpleaños, prevista para el próximo sábado...

—Todo controlado y listo.

—Se dice que la prensa estará cubriendo el evento.

—En la entrada, donde estará el *Photocall*, se encontrarán también los periodistas, por supuesto tendrán unas copas y unos tentempiés. Ya en el interior se respetará la más estricta intimidad.

—¿Posarás con ella en el *Photocall*?

—De momento no ha confirmado su asistencia, en caso de que sí, la intentaré convencer —sonreí y yo quería traspasar la pantalla y matarlo.

—¿Crees que aceptará ir aun sabiendo que en ese momento saldría a la luz la verdad, poniendo fin al misterio?

—No lo sé, espero que sí, invité a todos con mucho cariño, no me gustaría que faltara nadie —con esa respuesta esquivó la pregunta generalizando.

—Veo que esquivas la pelota, pero te entiendo. ¿La has vuelto a ver?

—¿A quién?

—A ella, a la chica a la que le enviaste las flores.

—Creo que no soy yo precisamente el que deba ser tan atrevido como para decirlo, más cuando ella no desea hablar, al menos no en estos momentos.

—Si dices en estos momentos es porque lo hará.

—Si viene el sábado tendrá que hacerlo, no es una persona que pueda esconderse, trabaja en el medio, está en el día a día. Por mucho que lo quisiera evitar se iba a tener que enfrentar a ello.

—Si quiere evitarlo es porque hay algo más que una simple entrevista...

—O porque no le apetece ir diciendo con quién habla o no, quizás lo haga para demostrar que puede proteger al personaje.

—¿Te tiene que proteger de algo?

—Quién sabe —sonrió —Ahora si me despido que tengo una reunión y ya llego tarde. Un besito a todos y en especial a ella, a la que espero el sábado —hizo un guiño y se quitó el pinganillo sin dar opción a réplica.

—Comenzamos con Anais. ¿Por qué piensas que Mark está llevando este tema con tanta discreción? ¿No crees que genera así más expectación?

—Bueno —intenté sonar convincente—. Por un lado, creo que, al no ser claro, ni él ni ella están provocando que piensen que hay más de lo que realmente puede haber. Por otro lado, pienso que, si quizás está naciendo algo bonito entre ellos, les dé miedo que las especulaciones, los comentarios y los titulares puedan manchar un poco aquello que tienen. De todas maneras, quiero decir que a mí me da que esto puede ser un juego y hemos entrado en él. No veo yo aquí a nadie viviendo una historia con Mark, o será que yo lo tengo visualizado de otra manera muy diferente.

—Eso digo yo, lo estuve pensando —intervino Blanca —Mark pudo mandar el ramo y dar pie a un debate para generar titulares, pues por cualquier motivo comercial quizás le convenga estar en el candelero.

—No creo yo que Mark tenga necesidad de eso —soltó Pedro negando exageradamente y moviendo su dedo.

—Yo creo que ninguno de nosotros va a aparecer por su fiesta y que si esto es verdad lo van a tener muy oculto. Además, si es como vosotros decís, se vería luego con qué marca tenía firmado algo.

—Es que es curioso, Mark sirve de imagen a sus propias marcas y lo es también de terceros, le fichan grandes firmas —dijo Erika.

—Por eso, es que no tiene necesidad, él renunció a muchos trabajos. Se puede permitir el lujo de elegir, aquí hay algo que no me cuadra —decía Cinthia haciendo gestos de no entender nada.

Pues eso, debate toda la tarde, suposiciones y un montón de cosas más por la gracia de enviar el ramo a plató ¡Para matarlo!

Salí de allí y cómo no, mi madre en plan cotilla y en cola la llamada de Judith, las dos presionando para que fuera a la fiesta. Ambas tenían unas ganas de cachondeo mediático que no podían con él.

Luego mi amiga contándome el vestido que llevaría, que nos lo íbamos a pasar genial, que si tal y que si cual. Me estaban dando ganas de cortarle el grifo, no se enteraba de que yo por ahora lo que menos estaba era dispuesta a aparecer por allí. En fin, que me estaba entrando un ataque de ansiedad que iba a terminar desconectando del mundo y no atendiendo a nadie.

Me duché y me puse cómoda, quería pensar... Todo aquello me estaba matando ¿Realmente me compensaba?

Y encima es que todo por el puto ramo, si se hubiera estado quietecito ahora yo estaría relajada, disfrutando el momento, iría a su fiesta y luego diría que era un conocido mío. Yo que sé, pero no con esa pelotera que había montado el señor de los besos con sabor a piruletas, para matarlo...

Esa noche me acosté de lo más negativa, todo lo veía negro, pero todo. Mirara por donde mirase, era para volverse loca, tenía la sensación de que todo me iba a salir como el culo y ello por entrar en un juego donde el oponente era uno de los hombres más seductores del país ¿Era yo gilipollas?

Me temía que lo era y mucho, algo me decía que la estaba cagando una vez más en mi vida, como tantas otras.

Recibí al martes como si viera a Dios sentado sobre la mesa de mi cocina con un café. Confiaba en un día más bonito, positivo y sin esos pensamientos que me machaban una y otra vez.

Me puse a preparar el trabajo, envié la información a redacción, inspiré y expiré mil veces. Quería nivelar mis chacras, pero en esos momentos no podía ni con mi vida y todo eso me estaba viniendo demasiado grande.

—No me digas nada que te abro la cabeza —dije cuando vi a Pedro señalándome en maquillaje a la pantalla donde hablaban de Mark —Estoy de ese tío hasta los cojones, a ver si sale ya la que es y si no que les den ¡Qué hartura de noticia! —estallé por completo.

—Eso todo es mentira, te lo digo yo.

—Pues para ser mentira no veas la importancia que se le está dando.

—Por eso, lo que él quería, lo consiguió, descarado que sí.

—Pues listo, ahora que se vaya un ratito, que ya sueño hasta con él.

De verdad que ese día yo estaba de lo más borde y eso que amanecí con otras intenciones, pero el temita ya me tenía hasta las mismísimas narices.

Ni que decir tiene que tal como entramos se generó otro debate sobre Mark y lo peor de todo era que se estaban disparando los gráficos de audiencia. Encima vendía el tío como nadie y el programa lo sabía, lo iba a explotar al máximo.

La tarde la dedicaron a hacer un repaso sobre su vida y las mujeres que se sabía que habían pasado por ella.

—Por eso de que estuvo con mujeres de ese calibre es por lo que no me creo, sin ánimo de

ofender, que se haya fijado en una colaboradora —dijo Pedro quedándose a sus anchas y provocando la furia de mis compañeras. En mí logró todo lo contrario, me entró una risa que no había forma de parar.

La que se estaba liando en el plató era de padre y muy señor mío, pero yo tenía que entrar en acción, tenía que parar esa risa y fingir indignación como mis compañeras.

— A ver, Pedro, no es por decirte que tu comentario estuvo fuera de lugar, que eso es obvio — saqué mi mano para que no hablara—. Pero déjame decirte que también es cuestión de cómo se idealice a las personas. El problema lo estamos ocasionando nosotros, que lo estamos endiosando, dado que nosotras tres estamos para gustar a ese y a diez mejores que ese —solté con chulería.

—Lo que tú digas, pero que a esa gente le gusta codearse con las altas esferas: modelos internacionales, actrices, cantantes, ganadoras de concursos de belleza... Vamos, que no se van con la chica del supermercado, con la peluquera o con uno de nosotros —sentenciaba Pedro, creyéndose en posesión de la verdad.

—Lo que tú digas —dijo Blanca toda cabreada.

—Yo solo digo que quizás somos nosotras las que no queremos hombres así —recalcó Cinthia.

—Sí claro y yo me he caído de un guindo —dijo Pedro —¿Quién tiene la poca sangre de renunciar a un hombre como él?

—Yo —levanté el dedo con chulería, me estaba encendiendo tanto que al final iba a jugar bien jugado.

—¿Dirías que no a una cita con él?

—Yo no quiero ser la cita de nadie, quiero ser el todo de alguien —le hice un guiño.

—Sí claro y yo que venga un ángel del cielo y me haga inmortal.

—Bueno Pedro, que creo que todo esto son suposiciones, que puede ser un juego o que puede ser verdad, pero que no nos va a llevar a nada. Esperemos al sábado, a ver qué pasa —dije a ver si se callaban.

—Pues vaya intriga, al final es eso, que estamos todos enfocados en esta historia.

—Unos más que otros —me tiré a la yugular.

Si era sincera, aquella tarde me dieron ganas de decir que había pasado el fin de semana con él en un yate y que les dieran a todos por saco, pero no, no la iba a liar, que sabía lo que pasaría.

Cuando salí me llamó Judith, me intentaba calmar, me conocía y sabía que había salido tocada del programa y que no tenía ganas de nada, que todo aquello me estaba suponiendo un sobreesfuerzo brutal y que estaba sin energías.

Con ella me sentía liberada, pero pensaba como mi madre y como mi amiga, eso me ponía muy nerviosa ¿Alguien se ponía en mi lugar?

Me fui a pasear un rato y a cenar un sándwich en la calle. No quería meterme en mi casa con semejante agobio y la cabeza me iba a estallar.

Pasé por una joyería que me encantaba. Solía comprarme algo allí cada cierto tiempo, así que ese día me animé y me decanté por una pulsera de plata muy fina con varios colgantes minúsculos.

Estaba claro que quemar tarjeta era el mejor tratamiento antiestrés y anti todo eso que nos entra en el cuerpo, llevándolo al límite por muchas circunstancias, la de Mark, por ejemplo.

A mí no me importaba enfrentarme al mundo, pero ¿para qué? ¿Qué había entre nosotros más allá que haber pasado algún que otro momento juntos?

Teníamos vidas opuestas, nada que ver el uno con el otro, él era el foco de la información y yo la que la buscaba ¿se podía estar en lugares más extremos?

Además, él vivía una vida de lujo y opulencia. Yo no vivía mal, no me hacía falta más de lo que ya tenía, pero era una trabajadora y mi vida dependía de ello.

Se decía que Mark ya tenía la suficiente cantidad de dinero para retirarse y vivir increíblemente bien el resto de su vida. El polo opuesto a mí, que ganaba un buen sueldo y me podía permitir muchos caprichos, pero no tenía en el banco una cuenta con una cantidad desorbitada de ceros.

No sabía qué pensar, pero tampoco tenía claro que yo fuera algo más allá de un rollo para Mark.

Me trataba muy bien, me hacía sentir especial pero ya, si pensaba de otra forma era para matarme.

Llegué a casa con una presión psicológica que nunca había sentido hasta entonces, era lo peor, como si no tuviera el control sobre mi vida y sobre mis sentimientos y eso nunca me había pasado.

Me metí bajo la ducha y me eché a llorar como una niña pequeña que necesita refugiarse o aferrarse a algo, ver un poco de luz al fondo de ese túnel en el que había entrado y en el que no veía la salida. Tenía ganas de cerrar los ojos y amanecer sabiendo que todo había sido un sueño, que mi vida continuaba como siempre, con mis ilusiones, con mis proyectos...

Me acosté sin dejar de llorar, tenía el corazón encogido, era muy fea esa sensación de desasosiego que sentía en esos momentos ¿Por qué me estaba pasando eso? ¿Por qué no podía coger el timón de la situación? ¿Me dejaría en muy mal lugar todo lo vivido?

Demasiadas preguntas en mi cabeza para no tener ni una respuesta, eso era lo peor de todo, la incertidumbre de no saber nada o de no saber qué camino escoger. Era como tener la certeza de que eligiera el que eligiera me podía hacer mucho daño ¿Y romper con todo?

Puse uno de los vídeos que había subido Marlene a su canal, tenía ganas de eliminar de mi mente todo aquello y centrarme en escuchar uno de sus casos, esos que hacían que me quedara dormida con su voz, alucinada por cómo relataba todo lo sucedido. Estaba muy orgullosa de ella, era muy buena comunicadora.

Capítulo 9

El miércoles había que coger el toro por los cuernos...

Me levanté con otra actitud y me dije que por nada del mundo iba a flaquear, que si querían juerga yo me iba a poner a su altura. Aquello no iba a poder conmigo y por supuesto, nada de soltar prenda...

De momento tenía decidido que me la jugaba. No iba a ir, que fuera lo que Dios quisiera y si no me quería volver a ver, pues él se lo perdía, aunque estaba claro que me haría daño, pero no podía ir contra el mundo.

Esa mañana trabajé más volcada en las informaciones que en otras cosas, a base de cafés y zumos pasé las horas antes de irme al trabajo.

Esperaba mucho de ese día y tenía la confianza de que no fuera de esos agobiantes, estresantes y que sacaban lo peor de mí.

De nuevo la comidilla era lo de Mark, eran muy pesaditos con el tema, pero como ya me había dicho a mí misma mil veces, no me iba a pronunciar y menos ponerme a la altura de nadie.

Me tomé un café en las instalaciones después de maquillaje, pero evité sentarme con nadie. Lo cierto era que no quería escuchar más de lo mismo y tampoco me apetecía hablar mucho del tema.

En ese momento me dio tiempo a repetirme mil veces que cabeza fría y a sacar la tarde de la mejor manera posible, no me quedaba otra.

A Dios gracias dio comienzo el programa con otra información de actualidad, así que respiré aliviada y comencé a trabajar de forma más fluida hablando del panorama fuera del mundo de Mark.

No me podía creer lo bien que estaba marchando todo. Es más, yo intentaba alargar los comentarios para que apenas sobrara tiempo para hablar sobre el otro, ese que esperaba que no se tocara ese día. Y lo esperaba de corazón, aunque sabía que lo tenía muy difícil, al ser el tema estrella.

Recibí un mensaje de mi amiga Marlene mientras trabajaba, diciendo que aquella tarde estaba decayendo la audiencia. Tuve que contener la risa, hacía referencia a que no se habían pronunciado con el dichoso tema y a que ya no había tanto interés.

La tarde se desarrolló con normalidad, menos al final, que Pedro tenía que poner la guinda y mandó un saludo a Mark del que ese día se había salvado. Yo volteé los ojos y solté el aire, ya salíamos de pantalla así que ni merecía la pena que me sofocara.

Había quedado con mi cuñada Elena para tomar algo, así que me dirigí a la zona donde me estaba esperando y así mataría un poco el tiempo el resto de tarde.

Me reí mucho con ella, me decía que le estaban entrando ganas de ser madre, pero que mi hermano se achantaba mucho ante esa idea. A mí me hubiera encantado ser tía, así que la animaba a convencerlo y encargar a la cigüeña un bebé.

Mi hermano evitaba las bodas y los bebés, esa era la realidad, pero ella ya que con la boda no tenía muchas esperanzas, no renunciaba a su sueño de ser madre joven.

Paseamos un rato charlando después de tomar un cóctel de verano sin alcohol, de esos que estaban deliciosos y refrescaban en esos días de calor.

Llamé a mi madre, ya que al día siguiente viajaba a Cancún. Le deseé un buen viaje y prometí

tenerla informada de todo.

De allí me fui a cenar a casa de mi padre, que estaba en casa y al día siguiente volaba, de modo que aproveché para verlo.

Sabía que estaba al tanto de todo por Judith, pero era una persona justa, llena de valores, se ponía mucho en mi lugar y sobre todo aconsejaba. Nunca lo hacía a modo de riña, más bien me cogía de la mano, para lo bueno y lo malo, respetando mis tiempos. Empatizaba mucho conmigo y me entendía a la perfección, además de confiar mucho en mí.

—Hija, no veas la expectación que hay generada a tu alrededor...

—Papá me va a faltar tierra para esconderme —volteé los ojos.

—Pues yo lo estoy viviendo como la fan número uno de esta historia —dijo Judith mientras comía.

—Bueno hija, ya sabes, haz lo que tu corazón te dicte y si te tienes que tirar a la piscina lo haces.

—Para tirarme estoy yo —solté una carcajada.

Mi padre evitaba meterse, pero Judith lo tenía al día y en el fondo era lógico que lo hiciera como mi padre que era, solo quería brindarme su apoyo en la decisión que tomara.

Estuve con ellos hasta pasada la media noche, el buen clima veraniego invitaba a ello y yo de siempre me sentía muy bien en esa casa. Se respiraba un ambiente muy bonito, los dos daban armonía y buen rollo al hogar.

Quedamos en vernos otro día y me fui hacia mi casa en el coche, escuchando música, quería animarme, no bajar la guardia, ni ponerme de lo más triste.

La ciudad era una maravilla por la noche, a todo luz y color por esas pantallas situadas en los rascacielos. Esa iluminación me llenaba de vida, me encantaba observarla.

Llegué a casa y me refugié en el vestidor, era uno de mis lugares favoritos, amplio, todo ordenado perfectamente: una tanda de zapatos a un lado, los cajones con las gafas de sol y complementos, de los que era fanática, al otro.

Dejé la ropa preparada para el día siguiente, una falda rosa corta con un lazo delantero, una camiseta blanca de mangas cortas y los zapatos del mismo color.

Me duché, me puse cómoda y me tumbé en el sofá a echar una visual a las redes, que hacía mucho que tenía abandonadas. Además, seguía a muchos personajes y quería ver si habían colgado algo novedoso.

Mi amiga había colgado un vídeo en otro canal donde hacía publicidad a las tiendas de ropa que le enviaban prendas para ser etiquetadas de alguna forma en sus vídeos de criminología. Tenía la suerte de que le enviaban verdaderas monerías, muchas de ellas se las quitaba si me gustaban mucho.

Me quedé a dormir en el sofá, solía hacerlo de vez en cuando y esa noche estaba de lo más cómoda y me apetecía, así que allí amanecí al día siguiente, que me levanté siendo el último día de trabajo de esa semana.

Café en mano, música y a preparar el trabajo.

Cada vez me estaba viniendo más arriba, así que me sentía mejor, menos estresada y bloqueada.

Me llamó un amigo periodista que estaba trabajando en un canal de Miami y me sorprendió con la pregunta de qué pensaba de lo de Mark. Yo con él tenía plena confianza de que lo que hablara no iba a ser publicado, aunque me llamaba en modo periodista para desarrollar mejor la noticia allí.

Me sinceré y le conté todo, estaba que no se lo podía creer. Silvano era un periodista muy reconocido en el mundo del corazón, pero ante todo era un amigo y siempre me lo había demostrado.

Me estuvo dando su punto de vista y consistía en que diera la cara, saliera bien o mal, que no me quedara con las ganas de intentarlo, además de que el lunes apareciera por mi trabajo diciendo que era libre de decidir cómo y cuándo contaría mis cosas, pues gustara o no, pertenecían a mi ámbito personal.

Silvano estaba alucinando y se tiró conmigo una hora al teléfono aconsejándome y preguntándome. Sobre todo, me decía que si salía la noticia él tenía que dar al menos unas claves. Le comenté hasta dónde sí o hasta dónde no, él lo aceptó sin poner trabas y respetando mi decisión.

A la hora de irme me dije a mi misma que no iba a entrar en polémicas, no iba a sofocarme por lo que se dijera y que una vez saliera pensaría bien las cosas, aunque yo lo tenía claro, veía que debía tirar la toalla.

Me senté en maquillaje con Cinthia. Estuvo contándome sobre su ex, había aparecido de nuevo y la quería invitar a cenar. Ella había accedido, en el fondo jamás lo había olvidado, ahora veía una pequeña luz.

Luego llegó Blanca sofocada por un vuelo que había pillado rumbo a Las Vegas para esa noche. Se iba de despedida de soltera con su hermana, que era la que se casaba y las amigas de esta, pero parecía que se habían equivocado y la habían puesto en primera clase y le habían cobrado un pastón. Estaba que echaba humo hablando con alguien de la compañía aérea.

Se palpaba el aire a fin de semana en las instalaciones, al menos para los que cerrábamos ese día. Luego estaban los compañeros que cubrían los fines de semana, pero ellos tenían sus vidas para disfrutar de lunes a jueves, todo era amoldarse a las circunstancias.

La tarde en el plató fue tranquila, al menos por la parte de Mark, cuyo tema se trató, pero más de pasada. No fue tan pesado, solo se especulaba con la noticia de si la colaboradora aparecería el sábado o de lo contrario todo quedaría en agua de borrajas.

Salí contenta, decidida a disfrutar del resto de la tarde, iba a hacer varios recados, cosas que tenía en mente, todo menos meterme en casa a pensar, para eso estaría el viernes. Ya tenía claro que el día lo acababa relajada y no quería que nada lo enturbiara.

Me fui a una heladería donde solía ir de vez en cuando, me pedí un cucurucho de fresa y comencé a caminar hasta la empresa de envíos donde tenía que depositar unos documentos de una revista en la que yo solía hacer colaboraciones mensuales.

No me podía creer que fuera jueves y estuviera anocheciendo. Mi paz mental llegaba siempre ese día en el que no tenía que currar hasta el lunes, al fin y al cabo, mi trabajo absorbía muchas energías y en esa ocasión había acabado con mis reservas.

Terminé andando y colándome en casa de mi amiga Marlene, que me recibió de lo más animada.

Estaba loca con su Albert, aunque me reconoció que había cenado esa semana una noche con Ness. La capulla vivía la vida loca, lo bueno que “sus chicos” no eran reconocidos a nivel mediático, en todo caso un poco Albert, pero siempre a la sombra de Mark.

Estuvimos charlando hasta altas horas y luego me acompañó hasta el coche, que estaba bien lejos. Se montó conmigo, la dejé en su casa y me fui hacia la mía.

Mi amiga era ese puntal que me decía que me arriesgara a todo y a pesar de yo estar en duda necesitaba escucharlo de su boca, era muy importante su opinión en mi vida y sobre todo que

estuviera ahí.

Tenía la sensación de que Marlene estaba muy perdida. Su concepto de los hombres era muy diferente al mío, yo sería incapaz de estar con dos a la vez, aunque me gustaran mucho o no fueran mi pareja, pero no podría.

De todas formas, estaba muy ilusionada con Albert, más que con Ness, pero le pasaba lo mismo que a mí, no se terminaba de fiar en absoluto de que eso llegara a mucho más. Al menos hablando me dio esa sensación, aunque ella estaba dispuesta a vivir el momento.

Me eché una copa de vino y me fui hacia el balcón, como las locas, me encendí un cigarrillo y noté la brisa fresca sobre mi cuerpo, me encantaba esa sensación.

Hacía mucho tiempo que no bebía a solas, por la noche, en el silencio de mi casa y con el bullicio de la calle de fondo. Era una sensación familiar que necesitaba.

Comencé a hacer un recorrido mental por mi vida, como si fueran diapositivas, y llegué a la conclusión de que tenía mil razones para ser feliz. Había luchado por mi puesto como periodista y me había dejado el pellejo siempre por dar lo mejor de mí.

Mis padres habían sido muy importantes en mi vida, se separaron y nos hicieron todo muy fácil a Kike y a mí, además sus nuevas parejas eran personas inmejorables y tampoco nos dieron el más mínimo quebradero de cabeza. Entre ambos tenían una relación de amistad preciosa y nunca sufrieron ningún reproche por parte de John o de Judith, todo lo contrario, apoyo y facilitar las cosas.

Me sentía dichosa. En el amor no había tenido mucha suerte, pero era consciente de con quién si podía tener algo más de cara al futuro y con quién no. Por ejemplo, con Mark, aunque sabía que disfrutaba del momento conmigo y se sentía muy bien, no me daba la impresión de que lucharía por tener algo serio más allá de esa relación que no sabía cómo etiquetar.

Empezaba a ver la cosa de otro color, de otra forma, sabía que en ese momento estaba fuera de la presión mediática, podía pensar con más relax, aclarar mis ideas respecto a lo del cumpleaños de Mark. Y es que, aunque tenía decidido no ir, otra parte de mí me decía ¡Hazlo! Luego ya se vería por dónde saldría.

Me tiré un buen rato en esa terraza disfrutando de la copa de vino, del ambiente, de todo. Veía la ciudad iluminada y la gente paseando por ella, coches y motos por doquier, eso era animación.

Me fui a dormir sabiendo que al día siguiente tenía que tomar una decisión y tenía todo el día para ello. Por un lado, echaba de menos el no tener señales de Mark, pero por otro, imaginaba que me estaba dando ese espacio que necesitaba en aquellos momentos para pensar y decidir por mí o eso quería creer.

Di muchas vueltas esa noche, me desvelaba continuamente y siempre me venía la misma pregunta ¿me tiraba a la piscina o no? Esa era la cuestión que azotaba a mi mente y a mi corazón, ese que me pedía a gritos que lo hiciera y, sobre todo, que me dejara guiar por él.

Capítulo 10

Viernes y mi primer pensamiento del día fue para Mark, ¿qué nos depararía el destino a aquel bombonazo y a mí? Mientras me lavaba la cara y me peinaba, me acordaba de sus ocurrencias y sonreía. Desde luego que era un hombre original y eso me atraía más que cualquier cosa.

Me senté en la cocina y, antes que nada, revisé algunos de los comentarios vertidos sobre nuestro programa aquella semana. No me cabía ninguna duda de que Erika era una *crack* y los demás también nos lo estábamos currando tela, de modo que nuestro ascenso estaba siendo meteórico.

Miré a la calle y el día estaba francamente fantástico. Pensé en salir a dar una vuelta, al mismo tiempo que me preguntaba en qué momento sabría algo más de Mark. Inmersa en mis pensamientos, escuché que sonó el timbre. Corrí a abrir.

—¿¿Mark??

—Anda, di que no me estabas echando de menos.

Bien sabía el muy truhan que sí, pero una cosa era echarle de menos y otra esperarle en la puerta de mi casa, así tal cual.

—¿Me vas a invitar a pasar o nos vamos a quedar mirándonos así todo el día? —me dio un besazo tal cual puso un pie en ella.

—No te...

—Ya sé que no me esperabas, pero es que, de lo contrario, no hubiera tenido gracia.

Lo mejor del caso es que hasta tenía razón.

—¿Y eso? —señalé a unas bolsas que traía, que olían que alimentaban.

—Esto es el desayuno —me dio las bolsas.

Abrí y normal que olieran bien. Eran unos *croissants* y un chocolate caliente de la mejor pastelería de la ciudad, como no podría ser de otra manera.

—Tienen una pinta brutal.

—Pues saben todavía mejor, así que te recomiendo que los sirvas. Me encanta tomarlos calentitos —la forma en la que se mordió el labio hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo. Era mucha la tensión sexual que volvía a respirarse.

Lo coloqué todo en una bandeja y nos sentamos en el sofá del salón, con la mesa de delante en modo elevador, para estar más cómodos.

—¿Y se puede saber qué te trae por aquí? —mi sonrisa me delataba. No podía estar más contenta.

—Pues he pensado que igual, si no venía, no desayunabas como Dios manda y, como comprenderás, eso es algo que no puedo permitir.

Demasiado iba a desayunar ahora, gracias a su visita. Yo el dulce solía reservarlo para algún momento del día en que la tentación me pudiera y siempre en dosis moderadas, pero aquella mañana hice una excepción.

—¡Cielos, cómo está esto! —gemí de placer al dar el primer bocado a aquel delicioso *croissant*.

—Ya sé que estoy bueno, pero contento un poco —bromeó.

—Hablabas del *croissant*, no te pongas tan ancho...

—¡Lástima! ¿Y yo no lo estoy?

Cuando le salía su vena diableja, me resultaba todavía más apetecible, sí, sí, más aún... ¿Por qué me ponía tanto?

—Tú también y lo sabes...

—¿Cómo dices? No te he escuchado bien...

—¡Eres un caso! —lo miraba y me derretía —Déjame disfrutar del *croissant*, anda.

—Por supuesto, sigue... Por cierto, quería preguntarte algo, ¿has decidido ya lo que te pondrás para la fiesta de mi cumpleaños?

—No hagas que me atragante, por favor, sabes que no voy a ir, Mark, no lo intentes más...

—Yo creo más bien que sabes que sí vas a ir, así que todo intento por hacerme creer que no será en vano.

—¿Y eso? ¿Por qué piensas así?

—Porque en el fondo lo estás deseando y lo sabes...

—Serás engreído, eres tú quien lo está deseando...

—Bueno, dejémoslo en tablas...

Y hablando de deseo, eso era lo que yo notaba en sus ojos mientras estábamos sentados en aquel sofá.

—Pero no cuentes conmigo para la fiesta —advertí, señalándolo con el dedo.

Con lo que no contaba yo era con el hecho de que Mark se abalanzara hacia ese dedo y le diera un bocado. Su gesto me hizo mucha gracia y él aprovechó mi risa para echarse sobre mí, algo que los dos estábamos deseando.

—Es que tienes un poco de chocolate aquí —señaló la comisura de mi labio.

—¿Sí? —mi mirada era penetrante.

—Sí —murmuró mientras comenzaba a besarme, de la forma más apasionada, metiendo su lengua hasta mi garganta.

—¿Sigo teniendo chocolate? —susurré durante un segundo de tregua que me dio.

—Calla y disfruta —exigió con esa voz grave que me ponía como una moto.

No sabía cómo podía tener tanta habilidad para despojarme de mi ropa, pero en un periquete estaba totalmente desnuda y sus manos sobre mis senos, masajeándolos con sus dedos mientras se los comía con la vista.

—Eres realmente preciosa, el animal más sexy del mundo, diría yo...

—¿Lo de animal va con segundas?

—Me gusta lo salvaje, solo es eso, contigo también me sale mi parte más animal, despiertas mis más bajos instintos y no solo me refiero a esto —se miró la entrepierna, donde se estaba levantando una caseta de campaña.

Respiré hondo, la excitación se apoderaba de mí y no digamos ya de él. Disfrutar de aquellos momentos a solas era increíble. Podía notar cómo se venía arriba por momentos.

Comenzó a lamer mis senos mientras sus dedos iban bajando en dirección a mi cavidad íntima, que rezumaba humedad por doquier. Uno, dos, tres... fueron los dedos que introdujo en ella mientras por mi boca salió un sonido que no sabría si definir como suspiro o como gemido. Creo que fue una perfecta combinación de ambos.

La forma de mover sus dedos en mi interior mientras su lengua jugaba en primera liga sobre mis senos me estaban llevando a un estado mental de locura transitoria. En cuestión de unos minutos, sentía que no podía más, estaba a punto de estallar...

—Mark sigue...

—¿Acaso me ves intención de parar?

Y no, únicamente veía en su rostro ganas de llevarme al límite y de poseerme como solo él sabía hacerlo. En cuanto a mí, notaba que el placer contenido iba a terminar de desatarse...

—Mark, ya... un poco más —me mordí el labio y eché la cabeza para atrás, deseando disfrutar de aquel orgasmo que me haría contraer entera... Y lo hizo.

—Así es, nena, córrete para mí...

Yo no sabía si me ponían más sus movimientos o sus palabras, pero mis terminaciones nerviosas tocaron el cielo mientras aquel néctar brotaba de mi interior.

—Pura dulzura —dijo, cuando tras agacharse y lamermme, volvía a levantarse para demostrarme una vez más que eran llamas las que brotaban de sus ojos.

—¿Y tú? —apenas podía moverme después del bestial momento vivido.

—No te preocupes que no pienso quedarme sin mi ración de ti.

Antes de penetrarme, llevó su miembro hasta mis labios y puso su mano en mi nuca. Lamí, mientras notaba su impresionante erección, que lo hacía estar duro como una roca.

Esa misma dureza fue la que percibí dentro de mí cuando agarró mis manos y, estando yo tumbada boca arriba empezó a penetrarme. Aquel precioso torso sobre mí y esos definidos brazos controlando la tensión del momento, me hicieron tener que volver a respirar hondo.

—¿Volverás a correrte para mí? —preguntó mientras comenzaba a entrar y salir de mí, resbalando con mi propio flujo.

—Eso espero...

—Eso quiero yo —matizó.

Y algo me decía que lo conseguiría. En un momento dado, noté un rápido giro y en cuestión de una décima de segundo, él estaba sentado en el sofá y yo cabalgando sobre él.

Cambió el tercio y esta vez fueron unos sugerentes mordisquitos en mis pezones los que me hicieron gritar a la par de dolor y de placer. Para mi sorpresa, mi inflamado clítoris parecía cobrar vida de nuevo y él, que lo sabía, acercó sus dedos para, con dos suaves toquecitos, lograr un segundo orgasmo que sentí con más intensidad todavía que el primero, si es que eso era posible.

—Así, así, disfrútalo —indicaba mientras yo echaba el cuerpo hacia detrás y contraía su miembro en mi interior, hasta notar cómo parecía palpitar. No había duda...

—¡Anais, Anais! —exclamó mientras su mirada se clavaba en la mía, y pude ver cómo el final le llegaba también.

Me hizo gracia escuchar la repetición de su nombre en mis labios.

—No soy un perfume —añadí, aludiendo a la famosa marca.

—¿No? Pues tu olor no tiene nada que envidiarle —hundió su nariz por todos los recovecos de mi piel.

Cielos, ¡qué bien nos había sentado aquel asalto sexual después de unos días! Nos miramos y nos quedamos abrazados en el sofá.

—¿Cuáles son tus planes para hoy? —pregunté cuando nos hubimos repuesto.

—En principio, estaba pensando en darte lata todo el día, a no ser que me eches...

—No, créeme que no pensaba echarte...

¿En serio lo había dicho? ¡Eso sí que era una sorpresa! Una cosa era que viniera a traerme el desayuno, que de por sí me había encantado, y otra muy distinta que quisiera quedarse todo el día. ¡Qué pasada!

Veía que miraba a todos los rincones de mi casa con agrado.

—¿Te he dicho que ya que tienes un apartamento precioso?

—No, pero me lo puedes decir ahora —reí.

—Pues lo tienes y lo mejor de todo es que resulta cien por cien comfortable, me encanta cómo lo tienes acondicionado.

A decir verdad y, aunque mis padres me habían regalado el apartamento, yo había puesto mucho ahínco en decorarlo y creía que el resultado había sido estupendo.

Mi apartamento no es que fuera inmenso, pero tampoco me hacía falta. Lo importante es que las estancias eran amplias y que contaba con una preciosa terraza que hacía mis delicias y en la que solía pasar muchos momentos estupendos al aire libre. La tenía preparada con una mesa y con unas sillas e incluso con algunos sillones tipo *chill-out* que invitaban al ocio.

—Yo quiero comer en esa terraza —me indicó.

—¿Sí? Por mí perfecto, es mi lugar favorito.

La mañana la pasamos entre besos y arrumacos. ¿Sabéis esa sensación de que miras a alguien y crees conocerlo de toda la vida? Pues eso me estaba pasando con Mark.

Antes de conocerlo, yo pensaba que lo normal es que las personas que contaban con un imperio económico, como él, eran todas un tanto altaneras y un pelín excéntricas, pero Mark me estaba dando una lección en ese sentido. Sí, se podía ser rico y uno de los solteros de oro de Manhattan y a la par un tipo cercano y sencillo, que tuviera ganas de almorzar en mi terraza.

—¿Qué te apetece comer hoy? —preguntó echando mano a su teléfono.

—Si te soy sincera, por mí algo ligero.

—De acuerdo, pide por esa boquita y encargamos algo.

—No, te propongo un plan más casero y divertido —señalé hacia la cocina —¿Nos preparamos unos sándwiches?

—Contigo lo que quieras... —me dio un toqucito en la nariz que me encantó y nos dirigimos hacia la nevera.

Saqué todo lo necesario para preparar unos sándwiches de pollo y nos lo pasamos pipa preparándolos, mientras pusimos música latina de fondo, que era una de nuestras aficiones favoritas.

Lo pasamos fenomenal y, entre rebanada y rebanada, iban cayendo muchos de esos besos con sabor a piruletas que tanto me gustaban. Ciertamente, la vida era mejor con una pizca de dulce, ¡y además el de esos besos no engordaba!

Almorzamos en la terraza, con un tiempo estupendo, con el mejor de los humores, comprobando cómo entre nosotros comenzaba a soplar una corriente que nos arrastraba irrefrenablemente.

Con todo y con eso y, por mucho que lo deseara, yo no podía sucumbir a las ganas de ir a una fiesta que haría lo nuestro público y que me dejaría totalmente expuesta a los medios, esos a los que yo mismo pertenecía y en cuyo juego no quería entrar.

Después del ligero almuerzo, que nos supo a gloria, nos quedamos dormidos allí mismo en la terraza, en el sofá balinés que nos llamaba una y otra vez hasta que nos dejamos abrazar por él.

Me fascinó esa sensación de volver a dormir juntos, aunque tan solo fuera durante un par de horas. Colocaba mi cabeza en su pecho y pensaba en lo mucho que me gustaba escuchar el latir de su corazón.

Al despertarnos serví un café que volvimos a tomar allí mismo y, después de darle un último trago, pusimos música y estuvimos bailando salsa en la terraza, al compás de uno de los grandes, Marc Anthony, del que ambos éramos fans.

No sé cuánto tiempo pasó entre risas, bailes y confidencias. Solo sé que, cuando el sol decidió marcharse, yo seguía sin querer que Mark lo hiciera y, por lo que iba viendo, él tampoco tenía ninguna gana.

—¿Te apetece si cenamos y vemos una película? —propuso.

—¡Claro!

Pedimos sushi y seleccionamos una película.

—La elección es tuya —me cedió el mando.

—Bueno, pues por generoso, no te voy a torturar demasiado... No elegiré una romántica.

—Puedes hacerlo, no sería una tortura, no creas... También tengo mi lado romántico.

—¿En serio? Al final voy a pensar que el prototipo eres tú, ¿cuál es tu fallo? ¿En realidad eres un robot? —bromeé, haciendo como que le buscaba un botón que lo pusiera en marcha.

—No soy ningún robot, solo soy un hombre que siente y ama y que está dispuesto a poner todas las cartas sobre la mesa para conquistarte.

¡Cómo sonaban aquellas palabras! Eran música para mis oídos. Otra cosa es que pudiera creerlas, por lo que supongo que mi gesto indicaba mitad alegría y mitad incredulidad.

—Sigues sin creerme, ¿verdad?

Me eché a reír. No podía ser de otra manera. El jodido ya empezaba a conocerme muy bien.

—Yo lo único que creo es que me tienes que haber puesto una cámara oculta, o que esto es un experimento o algo... Y al final tendrás por ahí a otra esperándote.

—Nada de otra, no sé cuántas veces te lo voy a tener que repetir. Lo siento, Anais, me ha dado por ti y cuando se me mete algo entre ceja y ceja, malo... —rio.

¿Malo? Ojalá pudiera creerlo...

Antes de optar por ninguna película en cuestión, me cogió en volandas y, en esa ocasión, acabamos en la cama, volviendo a dar solución a esa tensión sexual creciente, en un festival de pasión, caricias y sentimientos.

Y sí... Todo llega. Al final pusimos la peli, pero no romántica. Por si sí o por si no, me decanté por una policíaca, de intriga, que me había recomendado Marlene.

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando él me dijo de irse, porque al día siguiente tenía muchas cosas que supervisar, por lo de la fiesta.

¿Significaba eso que de no ser así se hubiera quedado? Sonreí, mientras salía por la puerta.

—Te espero mañana, no me falles. Los años los cumplo yo, pero para mí la estrella eres tú. No tendría sentido sin ti.

—No me pongas en esa tesitura, por favor, no voy a ir. Espero que lo pases genial —le di un último beso.

—Vale, pues que eso, que mañana te veo en la fiesta —me guiñó el ojo.

Cerré la puerta y me eché a reír, ¡tenía un morro que se lo pisaba!

Capítulo 11

Día de la fiesta y yo me iba a quedar en casa, castigada. Si era sincera conmigo misma, la idea me fastidiaba a más no poder. En el fondo, estaba deseando acudir a ese evento que iba a concentrar a la flor y nata de la ciudad para celebrar el cumple de Mark.

Pensé que la vida era de lo más paradójica. ¡Mandaba narices que en otra ocasión me hubiera dado un chocado por tener una invitación y ahora la rechazara! Y eso que tenía un lío con el anfitrión y que él no paraba de hacer intentos para que yo fuera.

Me daba rabia perdérmela, pero me daba más todavía pensar que yo misma fuera a echarme a los leones. Así que, haciendo mía la frase de “despacito y buena letra”, yo me quedaba en casa.

Estaba autoconvenciéndome una vez más de que eso era lo mejor cuando llegó un mensaje de Mark.

“Buenos días, preciosa. ¿Vendrás a la fiesta por tus propios medios o prefieres que te mande a Henry con el coche?”

Me tuve que reír. Desde luego que, por falta de que insistiera, no sería. Estaba hecho un amor.

“Buenos días, guapo. Pues eso, que te deseo una fiesta fenomenal. Y eso sí, FELIZ CUMPLEAÑOS. Si quieres, ya lo celebramos nosotros el domingo”

Y nueva respuesta que volvió a sacarme la sonrisa.

“Eso por supuesto. Cuando amanezcamos el domingo juntos, lo seguimos celebrando”

Me estaba demostrando que no se daba por vencido y eso hacía que me ganara por momentos. Obvio que yo estaba loca por ir, pero me podía el miedo. A ver, que yo no era una cobarde, pero, si acudía y al final se confirmaba mi pronóstico de que yo no fuera más que un juego para él, me sentiría ridícula.

El teléfono comenzó a quemarme en la mano y no podía dejar de releer sus mensajes. Procuré poner algo de coherencia en el asunto. Bien pensado, ¿qué interés podía tener en él en jugar con mis sentimientos? Yo observaba al detalle su comportamiento y no me parecía de esos.

¡¡¡A la mierda!!!! Yo era así. Podía mostrarme muy obstinada, pero cuando cambiaba de opinión no me era difícil pasar de una decisión a otra en cuestión de un segundo. ¡Saldría a por un vestido e iría a esa fiesta!

Eso sí, puestos a dar la sorpresa, no se lo iba a comentar a nadie, ni a Marlene, que también acudiría, ni mucho menos a Mark. Me colaría allí y los dejaría con la boca abierta. La idea me estaba seduciendo más por momentos. Comencé a frotarme las manos.

Cogí el teléfono e hice la llamada precisa.

—Hola, Hellen.

—¡Anais! ¿Dónde te metes? Estoy deseando verte...

—¿Sí? Pues si estás en el taller me voy para allá volando, porque tengo una urgencia.

—Me pillas de milagro. Tenía que estar en Milán, en un desfile, pero una gastroenteritis me fastidió el jueves el plan y me he quedado en tierra.

—Ok, pues entonces, te veo en una hora.

Hellen era una amiga de la infancia, cuya madre tenía un taller de alta costura que cosechaba cada vez mayor éxito y en el que su hija estaba tomando el relevo.

Llegué al taller y allí estaba mi amiga esperándome.

—¡Anais, ven que te dé un beso! Huy, tú estás muy guapa. Yo me conozco esos ojillos. Eran los que se te ponían en la época del instituto cuando te enamorabas.

—Puñetera, que siempre has visto la hierba crecer... Te tengo que contar, pero por Dios, sé discreta.

—Anais, que soy yo...

Y sí tenía razón, primero porque había sido siempre una persona en quien se podía confiar y segundo porque por su trabajo sabía mil cotilleos de las clientas de las altas esferas y siempre hablaba de las maravillas de “ver, oír y callar”.

La puse en antecedentes y ella se llevó la mano a la boca.

—¿Me crees si te digo que, cuando esta semana se ha formado el revuelo yo tenía la ilusión de que fueras tú? Granujilla, bien calladito lo tenías.

—Sí, es que sabes que no me gusta hacer de mi vida privada un circo.

—Pues ahora lo tienes un poco crudo... Eso sí, tú deja que todo fluya y olvídate del “qué dirán”. Tenemos que centrarnos en ponerte realmente increíble.

Lo que más me alucinaba de Hellen era su habilidad para casar a cada mujer con su vestido ideal. Y es que yo iba con una y mil dudas en la cabeza, pero fue sacar ella el primero que decía que veía perfecto y se disiparon todas.

Salí de su taller con el vestido en cuestión y me dirigí a una firma de complementos muy prestigiosa de la ciudad, donde escogí los zapatos y el *clouchet*.

En cuanto a los complementos, tenía en casa unos que le veían de perilla. Me los había comprado el año anterior, que decidí darme un capricho un tanto desorbitado de precio y no se me ocurría mejor día para estrenarlos.

No volví a saber nada de Mark en una jornada en la que no se me caía ni un momento del pensamiento. A media tarde llegó la chica que se encargaría de peinarme y maquillarme. Había pedido referencias a Hellen y entré en contacto con una profesional que vendría a mi casa.

El resultado final me ilusionó. Me veía de lo más atractiva y sugerente. Parecía como si los astros se hubieran aliado para que me sintiera mejor que nunca. Estaba realmente emocionada.

El vestido parecía estar confeccionado a mi medida. Se trataba de una pieza única y maravillosa, ceñido al cuerpo y con generoso escote palabra de honor, que contaba con una impresionante caída. Su tono plateado, con incrustaciones de pedrería, le otorgaba una apariencia de verdadera joya, complementada a la perfección con las altísimas sandalias y el elegantísimo *clouchet*. Los largos pendientes y la sortija, tipo “solitario” ponían la guinda a un pastel que esperaba que a Mark le resultara de lo más apetecible.

Y es que quizás yo no supiera a piruletas, como él, pero lo que deseaba era endulzarle la noche.

Pedí un taxi y, al llegar, comprobé lo concurrido que ya estaba el recinto. El evento se celebraba en una especie de palacete, con unos jardines de cuento de hadas.

Bajé del taxi y respiré hondo. Pude notar las miradas de los primeros curiosos, con la vista puesta sobre mí, y la forma tan poco disimulada en la que cotilleaban a mi paso. Y el *show* no había hecho más que comenzar.

Seguí avanzando y, después de traspasar el umbral de la majestuosa puerta, llegaba la gran prueba de fuego: enfrentarme a mis compañeros de la prensa, los cuales estaban apostados en ese punto, junto al *Photocall*.

Lo primero que oí fue el “wow” general y, a renglón seguido, un aluvión de flashes tomando las primera imágenes de mi llegada al evento. Tuve que contener los nervios y poner la mejor de mis

sonrisas. Al fin y al cabo, sabía que las fotos serían examinadas con lupa en todos los programas de la prensa del corazón al día siguiente.

—¡Anais, Anais! Así que eras tú... Tú eras la persona de la que Mark no para de hablar... ¿Puedes confirmarnos algo? ¿Sois pareja? ¿Desde cuándo estáis juntos? ¿Vais a posar para nosotros?

—Buenas noches, chicos —los saludé con la mano y entré en el gran salón. Cierto que allí tampoco estaba a salvo de la prensa, pero había traspasado con éxito la primera línea de fuego.

—¡Anais! —se acercó a mí una modelo a la que yo había entrevistado muchas veces, con la mano en la boca.

—¡Linda! —nos dimos un beso.

—¡Madre mía, así que eras tú! ¡Qué emoción! Mira, Mark está allí... —me señaló en su dirección.

De espaldas y de esmoquin, mi chico no era el rey de los caramelos, era un caramelo en sí mismo.

Siempre he tenido la teoría de que, cuando dos personas están muy unidas, entre ellas se desarrolla una conexión que les permite percibir la presencia del otro incluso antes de que sus ojos lo vean. Y eso fue lo que le debió pasar a Mark aquella noche, porque justo en el momento en el que iba a llegar a su altura, él se giró y me vio.

—¡Anais! —la alegría de su cara y la de su voz iban de la mano.

—Feliz cumpleaños, Mark —mi cara también era de felicidad total.

—Por fin has llegado, estaba deseando que lo hicieras. Quería presumir de la compañía de la mujer más guapa de toda la fiesta. Estás realmente impresionante.

—Así que menos mal que he llegado, ¿no? Di mejor que debo estar loca de remate. Sabes perfectamente que no tenía ninguna intención de venir...

—Pues no sabes lo feliz que me has hecho dejando atrás esos miedos. Si hay una persona con la que me apetecía compartir esta fiesta, esa eres tú.

—Para el carro, yo no he dicho que haya perdido los miedos —reí —Por cierto, no es por nada, pero creo que todos nos están mirando.

—¿Sí? Pues entonces, tendremos que darles de qué hablar...

—Mark...

No voy a negar que la escena fue de lo más divertida, pues, mientras absolutamente todas las miradas de la fiesta estaban puestas en nosotros dos, Mark cogió mi mano y la besó.

El murmullo general resonó en toda la sala y yo debí ponerme de todos los colores, pero especialmente muy, muy colorada, porque sentía mi sangre en ebullición.

En ese momento, Mark me cogió de la mano y me llevó con él hasta el *Photocall*, donde estaban todos los chicos de la prensa, que no solo empezaron a disparar sus flashes, sino a lanzarnos una legión de preguntas, que se solapaban unas encima de otras.

—Mark, Anais, no nos dejéis así... —resonaba sobre el resto...

Yo me sentía hasta un poco mareada, a decir verdad, y daba la callada por respuesta, procurando disimular al máximo mis nervios y ofreciendo la mejor de mis sonrisas, eso por supuesto. No en vano, eran mis compañeros los que tenía enfrente y yo había estado muchas veces al otro lado...

La polémica estaba servida, de eso no había duda. Mientras las cámaras captaban nuestra imagen una y otra vez, y en medio de aquel ruido, no podía más que mirar a Mark y decirle “la que has liado, pollito, la que has liado...”

Él puso la oreja y, a continuación, se dobló de la risa. La cara con la que me miró no dejaba margen a la duda: estaba dispuesto a liarla mucho más.

...Y lo hizo. Me miró y, delante de la fiesta al completo, me dio el más impresionante de los besos en la boca. Pese a estar flotando en una nube en ese momento, pude notar cómo todos los asistentes contuvieron la respiración, tras lo cual escuchamos ovaciones, silbidos y algún que otro aplauso. ¡Ni que aquello fuera una boda!

A partir de ese momento, las preguntas se intensificaron, pero Mark los miró como diciendo que ya lo había respondido todo con su gesto. Y desde luego que lo había hecho.

En cuanto a mí, su beso me cogió totalmente desprevenida y, aunque tengo que reconocer que me encantó, me quedé a cuadros. Vino a reaccionar cuando me tiró de la mano para que lo acompañase y abandonara con él una zona que entendió que me estaba sobrepasando.

—Pero... ¿estás loco? —reí, cuando por fin los dejamos atrás y avanzamos entre el resto de los invitados.

—Te dije que yo no me ando con chiquitas. Cuando quiero algo, voy a muerte a por ello, Anais.

—No me conoces tanto —yo no sabía si reír o llorar.

—Lo suficiente. Créeme que tengo ojo para las personas y sé del pie que cojeas. Eres una mujer de armas de tomar. Tienes fuerza, garra, la cabeza bien amueblada, un sinfín de valores y, para rematar, eres un caramelo de...

—Te recuerdo que el que sabe a piruletas eres tú —reí, procesando unas palabras que cada vez quería creer más, aunque me resultase francamente difícil.

Llegamos donde estaban sus amigos y, para ese momento, ya estaba allí Marlene con Albert.

Al verme, me dio un abrazo y su sonrisa hablaba por sí sola.

—Loca, loca me he quedado. Tú debes tener las bragas para exprimirlas, que para eso te ha pasado a ti...

—Sí, ha sido todo muy impactante —yo estaba alucinando en colores.

—¿Impactante? Ha sido de película, Anais. Aquí nos hemos quedado todos con la respiración cortada.

—Sí, no lo esperaba...

—Ya supongo, capulla. A ver, si supuestamente tú no ibas a venir, ¿no? Ya me daba a mí en la nariz que al final te colabas por aquí y se liaba. Y otra cosa, gracias por cogerme el teléfono.

—Ya, perdona... Sé que llamaste esta tarde, pero es que tenía la cabeza...

—Ya, ya, ya sé que estabas con tus pajas mentales, pero jodida, haber avisado...

Hubiera traído confeti o algo —bromeó.

La fiesta estaba resultando un éxito total y lo mejor de la noche para mí era que Mark se estaba preocupando de que yo estuviera de lo más cómoda. Además, ya no teníamos que disimular absolutamente nada y me hizo partícipe de todo.

Yo nunca me había sentido tan observada en la vida, porque allí había centenares de personas, amén de un batallón de personal entre camareros, animadores y demás, que estaban totalmente pendientes de que todos los asistentes estuvieran atendidos y entretenidos.

Sus empleados le hicieron entrega de una especie de trofeo al mejor empresario, que

acompañaron con un discurso de lo más ameno y divertido, y él no me soltó de la mano más que en el momento de recogerlo.

El lujo y la distinción fue la nota predominante de aquella emotiva fiesta que para nosotros supuso la presentación oficial de nuestra, ¿Relación? ¿De verdad teníamos una relación? Era de locos, pero todo apuntaba a que sí.

Ni siquiera durante los maravillosos fuegos artificiales que pusieron fin a una fiesta en la que comimos, bailamos y bebimos hasta decir basta, me soltó Mark, pues los vimos cogidos de la cintura.

Los dos juntos fuimos despidiendo a todos los invitados y finalmente nos quedamos solos. Fue entonces cuando vivimos el momento más bonito de la noche pues, con la pista de baile desierta, Mark pidió a los músicos que nos tocaran algunas baladas románticas, que bailamos de lo más pegados, entre risas y besos.

—Nos vamos a mi casa —tiró de mi brazo.

—Y mañana cuando me levante, ¿me pongo esto para desayunar? —señalé mi vestido.

—No, claro, pasamos por la tuya y coges lo que quieras...

Subí unos minutos y cogí varias prendas, así como mis productos de aseo personales, y nos dirigimos a casa de Mark.

Llegamos y, tan pronto cerramos la puerta, comenzó a abrazarme y a besarme...

—Y ahora, ¿qué va a pasar? —pregunté —¿Tienes idea de la que se nos viene encima?

—Para eso falta mucho —rio.

—Sí, un día, hasta que llegue el lunes al plató y me estén esperando con la artillería pesada.

—Estoy seguro de que sabrás lidiar con ellos y, una cosa te digo —cogió mi mano y la besó — Soy principal interesado en que estés cómodo con esta situación no exenta de...

—De sus peculiaridades —acabé yo la frase, porque nos va a caer la monumental a partir de ahora.

Antes de que me quisiera dar cuenta, mi vestido estaba en el suelo, y nuestros cuerpos se habían vuelto a hacer uno solo. Ni siquiera recuerdo cómo llegué a aquella cama, lo único que sé es que, por mí, no la hubiera abandonado nunca...

—Quiero que tengas clara una cosa, cariño —me besaba al terminar —Apuesto por un futuro juntos y no me voy a amilanar por nada. Contigo voy a por todas, así que te pido que tomes las riendas de la situación como desees. Eso implica que hables con la prensa lo que te dé la gana y calles lo que no te apetezca airear. Adoptes la posición que adoptes, yo te apoyaré al cien por cien.

—¿De verdad eres real? —fue la última pregunta que le hice aquella noche antes de que nos rindiera el sueño.

Capítulo 12

Despertar con Mark era algo a lo me podría acostumbrar sorprendentemente pronto.

—¿Cómo estás? —besó mis labios.

—Fantástica y más ahora que me he despertado. He tenido un sueño muy raro...

—¿Y eso? —se interesó.

—Pues que soñé que anoche hacías público lo nuestro y me iban a dar la del pulpo mis compañeros —me eché a reír.

—¡Pues vaya con las cosas que sueñas! —me empezó a besar.

—Sí, sí, son de lo más surrealistas —reí.

—Surrealista es este culo que tienes, que parece de otro mundo.

Está mal que yo lo diga, pero una se cuida y eso se nota... Y antes que nos quisiéramos dar cuenta, ¡ya estábamos de nuevo dándole al matarile!

—No, no, que me haces cosquillas —empezó a pasar su lengua por mi cuello y yo es que no podía.

—Pues se me ha antojado y vas a tener que aguantarte...

—¿Eres un caprichosillo?

—Puede ser...

—Eso está bien porque yo soy otra...

—¿Y cuál es tu capricho?

—Quiero que me sigas besando por aquí, y por aquí... —comencé a hacer un recorrido por mi cuerpo que él seguía con su lengua.

Eso sí, más pronto que tarde, mandó a freír espárragos mi recorrido y ya estaba él al lío... En la cama Mark era fuego, fuerte, impulsivo, dominante... Y todo ello sin perder un ápice de empeño en hacerme sentir bien, ¿se podía pedir más?

—Me vuelves majara, ¿lo sabes? Es una sensación superior a mí —me indicó, haciendo que mirara el espejo.

—Ummm... Hacemos buena pareja...

—¿Te gusta lo que ves?

—Mucho...

—Pues tócate para mí y déjame que valore...

—¿Cómo?

—Tócate para mí, Anais...

Que lo hiciera le volvía loco y a mi locura llegaba con aquella mordida de labio que me indicaba que estaba cerca el momento en que saltara sobre mí.

—¿Así? —Me exhibí para él en su cama extragrande, entre aquellas finísimas sábanas...

—Así, eres la sugerencia en persona, eres... Yo notaba cómo se le inflamaba hasta la vena del cuello, no digamos ya las de un miembro que clamaba por darme la mayor de las estacadas...

Con un rápido movimiento de manos, cambió la mía por la suya con la evidente intención de ser él quien diera unos últimos toques que me llevaran al cielo...

—Mark, Dios...

—¿Ves a Dios por alguna parte? Esto es cosa nuestra, solo nuestra...

Comenzó a besarme, ahogando mis cada vez más fuertes gemidos en su boca...

—Podría distinguir ese gemido entre millones —me susurró.

Y lo mismo me pasaba a mí con aquellos labios, que envolvían los míos en un excitante festival de besos...

—¿En serio?

—¿Crees que bromearía sobre eso? Yo puedo ser un cachondo, pero ya te he demostrado que ciertas cosas las tomo muy en serio...

—¿Un cachondo? —reí.

—¿Vas a decir que cachonda te tengo a ti?

—¿Ahora de qué vas? ¿De leer el pensamiento? —reí.

—Calla...

Unos últimos toques y aquel intenso orgasmo transformó mis facciones.

—Fascinante... Muero con la transformación de ese gesto, de la Anais más cándida a la diosa del sexo en la que te conviertes en mi cama...

—¿En serio?

—Y dale, que no bromeo. Voy a tener que darte unos azotes por preguntona...

—¿Aquí? Le señalé a una de mis nalgas y aquellos tres manotazos hicieron que mi temperatura subiera hasta estallar —Hazme tuya —me coloqué delante de él.

—Sí, pero no así, quiero ver esa cara cuando te penetre... —me colocó a cuatro patas y de nuevo con el espejo delante.

Ver la forma en la que me penetraba, mientras ambas caras se reflejaban y él acercaba la suya a la mía, era superior a mis fuerzas, Aunque, a decir verdad, lo que más me pudo aquella mañana de domingo fue el “te quiero” que susurró en mi oído mientras llegaba al sumun del placer.

—¿Tienes hambre? —me preguntó una vez nos hubimos repuesto un poco.

—Mucha, ¿y tú?

—Cantidad, te comería a ti, pero como sé que te vas a quejar tendremos que ir pensando en desayunar.

—Vale, me pongo una camiseta y las bragas...

—Por mí genial, pero igual a Sofía la escandalizas un poco...

—¿Quién es Sofía?

—Es mi persona de confianza, algo así como un ama de llaves... También se encarga de la cocina y supervisa la limpieza que un par de personas más realizan durante la semana.

—¡Madre mía! ¿Y cuándo ibas a decirme que no estábamos solos? Me he hartado de chillar...

—Tranquila, la habitación está insonorizada —me guiñó el ojo.

—Vaya, veo que lo tienes todo pensado —reí.

—¿Te incomoda que haya alguien?

—No, no, en absoluto. Lo único es que no es algo a lo que esté acostumbrada. No he salido con muchos millonetas, aunque creo que podría acostumbrarme —sonreí.

—Sé que para ti no es lo importante y eso es lo que me mola —su tono denotaba sinceridad.

—¿Y en qué lo notas?

—A ver, eso es como todo. Cuando a alguien le falta la vista, agudiza el olfato. Pues bien, cuando tienes dinero, desarrollas un sexto sentido para localizar chupópteros. Y el mío me dice que no eres de esa calaña...

—Ya. ¿Te ha pasado muchas veces?

—Alguna que otra. Al principio era más confiado y en ocasiones me dejaron con una cara de

tonto impresionante, después de darse la vida padre...

—No puedo entenderlo, no sé cómo puede la gente...

—Porque no todas las personas tienen escrúpulos...

—Ah claro, pues te digo una cosa, escrupulosa soy yo un rato largo —bromeé parodiando a mi amiga Marlene —Que yo lo único que tengo sucio es la mente.

—¿Tú tienes la mente sucia?

—Un poco —reí.

—Ya me contarás ya, que me da morbo, sobre todo con esa cara tan angelical que tienes...

Entramos en la cocina, que era más o menos como para disputar en ella una carrera de caballos y, si algo me encantó fue la familiaridad con la que trató a Sofía.

—Buenos días, Sofía —le dio un beso en la mejilla. Desde luego que mi chico era la monda y cada vez me enamoraba más —Te presento a Anais.

Sofía era una mujer de unos sesenta y cinco años, bajita y canosa, con una cara de buena que tiraba para atrás.

—Buenos días, bonita —se quedó como un poco cortada y me acerqué yo a darle un beso — Perdona, me ha cogido un poco por sorpresa. No sabía que estaba Mark acompañado, quizás hice ruido y os desperté.

—No, no, en absoluto —contesté, pensando en que, si alguien había hecho ruido, esa era yo. ¡Qué vergüenza!

A Mark le sonó el teléfono y salió al jardín. Por lo visto era Albert, que tenía que comentarle algún tema.

—Veo a Mark muy contento estos días y ahora ya lo entiendo todo —me soltó con la mayor de las sonrisas tan pronto lo perdimos de vista.

—Gracias —Sofía era de lo más amable y yo no sabía ni qué contestar...

—¿Quieres que te exprima un zumo de naranja? Nos las traen de un huerto ecológico y son exquisitas.

—¡Vale! —lo que fuera por quitarme aquella sequedad de boca después de tanto grito.

—Me alegra mucho que estés aquí —soltó con la más amplia de las sonrisas mientras exprimía las naranjas.

—Gracias.

—No creas que, por ser un soltero de oro, esta casa ha sido un picadero ni nada parecido. Mark siempre ha mirado mucho esa cuestión. Su casa es su santuario y aquí no viene cualquiera.

Bendito domingo y bendita conversación con aquella buena mujer. Lo cierto es que hablar con ella, que tan bien parecía conocer a Mark, me hizo mucho bien y ayudó a que me relajara un poco respecto a la relación con él.

A continuación, entró Mark y se nos quedó mirando...

—Enchufada, yo quiero uno de esos... —me miró a mí y luego a Sofía.

—Ahora mismo Mark... —le contestó.

—Sofía, ¿y luego nos pondrías uno de esos desayunos tuyos tan completos en el jardín?

—Sí, sí, por supuesto.

—¿Te ayudó con algo? —le pregunté —Yo no estaba acostumbrada a estar mano sobre mano mientras las personas trabajaban y me costaba.

—No, no, gracias, hija. Aquí los domingos hay poco que hacer y no quiero estar mirando a las musarañas.

—Vale. Por cierto, el zumo está exquisito.

—Sí, le he añadido una pizca de miel de flores natural que es una delicia...

—Ya se nota, tiene un toquecito que vaya...

—¿Ya vas descubriendo el toque de Sofia? Todo lo que toca lo convierte en una delicia... —

Mark volvía nuevamente de fuera porque el teléfono le había vuelto a sonar, pero se cortó.

—No hagas caso, hija, él es muy amable...

—Sí, yo sé que es un adulator nato, pero algo me dice que contigo le sobran razones —sonreí. Nos fuimos para el jardín. El día invitaba a no moverse de allí.

—¿Qué quieres hacer hoy? —me preguntó.

—Yo hoy no me muevo de aquí, te lo garantizo. Ya mañana me enfrentaré a todo lo que me tenga que enfrentar, pero hoy ni de coña —reí.

—Tienes muy buena cara, pese al susto de anoche —me lanzó un beso e hice como que lo cogía y le lanzaba otro.

—No me hables del susto que todavía me tiemblan las piernas...

—No fue para tanto, al final hasta le cogerás el gustillo...

—No sé yo qué decirte, de momento tengo más miedo que otra cosa...

—A ver que yo me entere, ¿es que la cosa va de miedos? Primero era a que si lo mío no era real y ahora es a lo que digan tus compañeros —se echó a reír.

—No, no, tú estás muy equivocado. Ahora es a las dos cosas, que a mí el primero todavía no se me ha pasado.

—¡Ay la leche! Señor, dame paciencia —miraba al cielo y yo es que me tronchaba. En estas llegó Sofia con una bandeja de desayuno que no se la saltaba un galgo.

—A ver, ¿para nosotros y para cuántos más es esto?, ¿es que en esta casa todo se hace a lo grande? —reí.

—Va a ser que sí. Por cierto, Sofia, hoy te vamos a dar algo de lata. Nos quedamos aquí. ¿Te parece si nos haces un almuerzo de esos tuyos?

—¡Y tanto que me parece! Temiendo estaba a quedarme aburrida —se echó a reír.

—Sabes que cuando eso pasa, no tienes más que coger la puerta y salir andando.

—La puerta déjala en su sitio, que pesa mucho Mark y, en cuanto a lo otro, sabes que no me mueves de aquí ni con agua caliente hasta que no sea mi hora.

—Lo sé, lo sé...

Sofia se fue para la cocina y nosotros nos quedamos en el jardín.

—Es un auténtico encanto —le comenté, tan pronto se marchó.

—Siempre ha sido mis pies y mis manos en la casa. Jamás he tenido que preocuparme por nada.

—Te mira como si fueras un hijo...

—Sí... Verás, Sofia es la madre de mi mejor amigo de la infancia, Donald.

—¿En serio? ¡Qué curioso! Entiendo por tanto que él no ha tenido tanta suerte como tú en la vida, de otro modo su madre no estaría trabajando para ti.

—No, no tuvo ni tanta, ni ninguna suerte. Murió en un accidente de tráfico con veinticinco años.

—Vaya. Dios, lo siento muchísimo...

—Si y lo malo fue que, a su marido, el padre de mi amigo, se le fue la cabeza y terminó endeudándose hasta el pescuezo, metido en todo tipo de juegos...

—No puedo creerlo.

—Sí, cuando Sofia se quiso dar cuenta, años después, habían perdido hasta su casa. Él se la

jugó en una timba de póker.

—¡¡No!! —me puse las manos en la cara.

—Sí y debió darle tantísima vergüenza que se dio a la fuga y nunca más se supo. Eso sí, el mal ya estaba hecho y Sofia en la calle...

—Dios mío, cuánta desgracia y encima ella con esa sonrisa tan bonita en la cara...

—Sí, cuando todo aquello llegó a mis oídos, la busqué y le ofrecí que viviera en una las viviendas que yo tenía compradas como inversión.

—¡Qué gesto más bonito!

—Bueno, para mí era de justicia... Total que ella aceptó, pero me dijo que quería trabajar para mí.

—Muy loable...

—Y tanto, como que quería hacerlo gratis a cambio de la casa. Total, que me costó Dios y ayuda que aceptara un salario digno, pero lo hizo.

—Es una historia muy bonita...

—Sí, le tengo un gran cariño y creo que es el karma, porque pronto comprobé que, ayudándola a ella, me había ayudado yo también...

Era una historia de lo más emotiva y me ayudó a comprender por qué, pese a su edad, Sofia se había negado a jubilarse. En cierto modo, Mark era lo único que le quedaba en la vida.

—¿Un baño en la piscina? —me sugirió tras el desayuno y me pareció una idea sensacional.

—¡Claro! Ahí hay para hacer unos buenos largos...

—¿Te gusta la natación? —arqueó la ceja.

—Me encanta —¿Y a ti?

—A mí me gusta competir y ganar —me guiñó el ojo.

Me fascinaba la manera tan chulilla que tenía de expresarse, aunque luego estaba claro que era todo corazón.

—¿Pero será posible la sirenita esta? —estaba más cabreado que un mico de ver que no me pillaba en el agua.

—Es que tú te estás acostumbrando a tener todo lo que quieres y eso no está bien —lo besé.

—¿Y quién dice que no está bien?

—Lo digo yo, porque te vas a hacer un consentido.

Viendo aquellos ojos, y aunque no lo hubiera reconocido salvo en presencia de mi abogado, pensé que yo se lo consentiría todo, ¿cómo me podía gustar tanto?

—Sal de la piscina o no respondo.

—Sí, ya lo he notado —reí.

—¿Qué has notado? —me acercó más todavía aquel erecto miembro.

—Corre, Mark, corre o la piscina va a salir hirviendo...

Suerte que salimos porque en nada volvió Sofia, con su bonita sonrisa, a preguntarnos lo que queríamos almorzar aquel día.

—Yo no soy delicada. Lo único que, a poder ser, algo con no demasiadas calorías, que anoche nos pusimos que no veas en la fiesta.

—Una ensaladita entonces, ¿quieres que prepare la preferida de Mark?

—Me parece una idea perfecta.

—¡Hola, estoy aquí! —saludó él como indicando que estábamos pasando tela de preguntarle.

—Pero si yo sé que tú siempre me dices que sí, hijo —salió andando y negando Sofia.

—¡La confianza es lo que tiene! —me miró resignado.

El resto de la mañana la pasamos tumbados a la bartola en aquel jardín, que bien podía parecerse al del Edén.

—Veo que no tienes ni cerca el móvil —sonrió.

—Vive Dios que no, me niego a enterarme de lo que se dice, se comenta y se rumorea...

—No quieras saber la cara que va a poner mañana tu compañero Pedro...

—¡Oye! ¿Tú quieres que me den ardentías? Ni me lo recuerdes —me eché a reír y él conmigo.

A la hora del almuerzo pude seguir comprobando la buena mano de Sofía en la cocina, pues la ensalada estaba más que deliciosa.

—Lo único que me extraña es que no la haya acompañado con algo más, menuda es ella. Igual se le ha pasado.

—Como le dijimos que anoche cenamos demasiado...

—Fíjate que aun así me extraña.

Pronto comprobamos que él tenía razón. A Sofía no se le había pasado por alto el preparar algo más. Todo lo contrario.

—¡Sofía! No puedo creerlo —los ojos de Mark se llenaron de lágrimas y yo comprobé *in situ* una sensibilidad que me encantó.

—No sería tu cumpleaños sin tu tarta predilecta —le sonrió.

—¡Dios mío! ¡Qué pinta tiene eso! Me vais a engordar entre todos —daban ganas de meter el dedo, directamente.

—Bueno, chica, mira todo el jardín que hay, te la comes y luego te das una carrerita —me tuve que reír con su ocurrencia —Os traigo un par de platos...

—Sofía, de ninguna manera, esta te quedas a comértela con nosotros o me declaro en huelga —le soltó.

Y se quedó, de forma que, entre risas y cánticos de “Cumpleaños feliz” atrasados, degustamos una tarta que ni hecha por los mejores reposteros.

A continuación, Sofía nos dijo que ya sí se marchaba y aquel impresionante escenario quedaba para nosotros solos toda la tarde.

El sol apretaba que era un gusto y, entre tanta fiesta y jarana, estábamos que nos caíamos de sueño, así que nos volvimos a aplicar protector solar y nos quedamos fritos.

A eso de las cinco, puso algo de música y empezamos a bailar un rato, le habíamos cogido el gustillo y nos lo pasábamos bomba, afinando los pasos.

Entramos en la casa, a prepararnos un café y reparé en una foto familiar en la que él era prácticamente un bebé.

—¿Esta cosita tan linda eras tú? —le pregunté.

—Sí, por lo visto mis tíos decían que yo era *Coco Liso* porque no me salió ni un pelo en la cabeza hasta los seis meses.

—Bueno, más gracioso así, a mí los bebés calvos son los que más gracia me hacen... Eso sí, si son niñas, hay que ponerles los pasadores con esparadrapos...

—¡Serás trasto! —me soltó y me empezó a besar —Algún día te haré yo un *Coco Liso* de esos.

Sacó mi risa. Lo mejor de la cuestión es que decía las cosas con tal convencimiento que parecían ser totalmente reales y claro, a mí me encantaba. Pensar que tuviera en mente un futuro conmigo hacía que las mariposas de mi estómago no ya salieran a revolotear, sino que cogieran una borrachera del entusiasmo.

—¿Tienes más fotos de estas?

—¿De peque?

—Más bien. Ahora ya te conozco —le saqué la lengua.

—Guarda esa lengua que corre peligro.

—¿En serio? Volví a provocarlo y le faltó el tiempo para cogerme en plena cocina.

—¡Está fresquita la encimera!

—Sí es que es de granito —me había subido en ella y ya me estaba bajando las bragas.

—Sí, ya noto que está muy dura...

—Sí y la encimera también —le salió la más libidinosa de las sonrisas.

No podíamos evitarlo. Era mirarnos y saltaban chispas. Lo toqué y comprobé que sí, tenía razón...

Se agachó y empezó a lamer mi clítoris y la entrada de mi cavidad de tal forma que me estremecí por completo.

—¿Dónde vas? —notó mi estremecimiento.

—Es que es tan fuerte que casi siento un impulso eléctrico...

—Sí, pues ahora va un enchufe de alta potencia...

Acercó mi miembro a su cavidad y empujó. Apreté sus hombros y tuve que contenerme para no arañarlo con mis uñas. La pasión nos salía por los cuatro costados...

Sus embestidas hacían que resbalara por la encimera y me cogió por las caderas. Sus manos eran tan fuertes que parecían tenazas. ¡No podía ponerme más!

El de la cocina sí fue un “aquí te pillo, aquí te mato” de media tarde que nos sentó fenomenal a los dos.

—No nos vamos a ninguna parte hasta que hayamos limpiado la encimera como es debido —le comenté, una vez recobré la respiración.

—Ni se te ocurra, siéntate y yo lo hago.

—No, déjame hacerlo a mí y ve a buscar más fotos de esas, que me ha molado a mí el pequeño *Coco Liso*.

—No te preocupes, tengo cientos escaneadas...

Cogimos los cafés, que era a por lo que íbamos, aunque ya a aquellas alturas se nos hubiera olvidado, y volvimos a instalarnos en el jardín, donde nos encontró el atardecer viendo fotos familiares de Mark.

En ese momento, me hizo una tremenda confesión. Sus padres lo abandonaron al nacer y fue criado por sus tíos, quienes le dejaron una cantidad en herencia al fallecer, con la que empezó a levantar sus negocios y a crecer a lo grande. Me quedé impresionada.

—¿Sabes una cosa? Nunca me había pasado esto con una mujer. Cuando yo digo que eres especial, lo eres —me comentaba mientras mirábamos las fotos.

—No entiendo.

—Pues que nunca nadie se ha interesado por indagar en mi pasado, en mis momentos familiares de peque y en esas cosas. Siempre he sentido como que importaba más el empresario exitoso y eso dolía.

Lo besé y pensé en ese momento que cada uno tiene sus carencias y sus miedos. Igual que yo temía que alguien así no se fijara en mí, él temía que solo lo quisieran por su estatus.

A la hora de la cena nos metimos en su cocina y tiramos de unas exquisitas tapas que nos había dejado preparadas esa buena mujer que era Sofía.

—¿Sabes una cosa? —me preguntó mientras cenábamos.

—Dime.

—No me apetece nada que te vayas.

—¿Sabes otra?

—Dime tú.

—Que a mí tampoco —me sinceré, creí que se lo merecía —Lo único es que mañana ambos trabajamos y hay que poner los pies en la tierra.

—En eso tienes razón, te voy a dejar ir por eso.

Después de cenar me llevó a casa y, en el portón, me dio uno y cien besos. No quedamos en nada para el día siguiente ni falta que hacía, ahora yo ya estaba segura de que daría señales de vida.

Entré en casa y empecé a echarlo de menos. Fue de lo más curioso porque, conforme lo pensaba, me llegó un mensaje diciéndome que a él le pasaba igual, enviado incluso antes de arrancar el coche.

Minutos después me metí en la cama con una preciosa sensación. Aquel día había conocido mucho más al Mark hombre, nada que ver con el gran empresario que mostraban los medios. Cercano, cariñoso y cien por cien familiar, así lo había percibido yo, y no creía que me equivocara.

Todavía no había cerrado los ojos cuando me llegó un segundo mensaje:

“Buenas noches, preciosa. Mi cama también te echa de menos”

Emocionada, no tardé en responderle:

“Yo también la echo de menos a ella. Bueno y un poquito a ti”

Cerré los ojos y no pude evitar acordarme de la que me caería al día siguiente en el programa. Iba a necesitar un chubasquero para que me resbalara todo aquello, aunque era pensar en la sonrisa de Mark y caer en la cuenta de que valía la pena aguantar uno y mil chaparrones.

Capítulo 13

Lunes de martillazos, hachazos y todo lo que iba a volar en el mundo del corazón...

Negué con la cabeza sobre la almohada, me reí a la vez que sabía que faltaban pocas horas para tener que dar la cara.

Tenía varias razones para pensar en un plan que me causara una baja durante unos días, fingiendo una gripe o cualquier malestar, pero no. Iba a coger el toro por los cuernos, a aguantar el chaparrón unos días y tomarme todo de la manera mejor posible.

Me preparé el café, el zumo y cogí el portátil para ponerlo sobre la mesa de la cocina. Aquella mañana poco iba a investigar de otros, quería saber todo lo que se hablaba de mí y a lo que me iba a enfrentar.

Había sido portada hasta en los periódicos, para alucinar. Mi historia con Mark estaba descrita de mil maneras diferentes, con muchas teorías y suposiciones, alguna de las cuales se acercaba, pero otras quedaban muy lejos de la realidad.

Se hablaba de esa entrevista en la que nos conocimos, que no era así, pero fue cómo la describió Mark dando juego y pie a suposiciones por doquier.

Los titulares aparecían con fotos del momento beso o de cuando me cogió la mano y la mayoría de ellos hablaban del amor que nació en una entrevista.

Viendo todo lo que se comentaba ya tenía claro lo que debía desmentir y cómo iba a enfocar el tema.

En ese momento me llegó un mensaje de Mark.

“Digas lo que digas hoy, vas a tener mi apoyo. Te adoro.”

Me sacó una gran sonrisa, el saber que estaba ahí en todo momento me hacía sentir mucho mejor.

Llegué a la cadena dispuesta a comerme el mundo, a no dejarme pisotear por nadie. Sabía que me iban a cuestionar por no haber dicho la verdad antes.

Entré en maquillaje y ese día estaba sola. Conociendo a mi director tenía claro que no permitiría que coincidiera con mis compañeros hasta que estuviéramos en el aire.

Cuando terminé me dijeron que iba a entrar en plató en el momento que me diera paso la presentadora. Yo era consciente del circo que se iba a montar, además solo había tres sillas y al fondo dos. Me enfrentaría a una entrevista, no me cabía duda de que mi papel sería diferente al de siempre.

Mis compañeros se acomodaron en sus sillas y Erika estaba de pie delante de las otras dos, en ese momento abría el programa...

—Muy buenas tardes a todos. Ya sabéis que la de hoy no será una tarde más, pues tenemos entre nosotros a la persona que ha protagonizado la noticia bomba del año y sobre cuya identidad tanto se especuló días atrás. Hoy tenemos aquí como invitada y no como periodista a nuestra compañera Anais —los aplausos del público y de los compañeros empezaron a sonar con fuerza.

Entré a plató sonriendo y negando. Erika me señaló a la silla que había al lado de la suya y nos sentamos.

—Buenas tardes —dije mirando sonriente a todos.

—Buenas tardes, compañera. Y eras tú... —sonreía con mucha complicidad mirándome. Me

gustaba el gesto de su cara, no iba tan a saco y se mostraba más comprensiva que atacante.

—Y era yo —me mordí el labio negando.

—¿Qué te impedía decirlo? —esa pregunta me hizo abrirme a corazón abierto.

—Tenía mucho miedo —me sinceré.

—¿A la repercusión mediática?

—A todo, realmente a todo...

—¿Qué pensaste el día que te envió el ramo y qué crees que motivó que lo hiciera?

—La verdad es que ni lo sabía, ni lo esperaba. Me cogió tan de sorpresa como a vosotros.

—¿En qué punto estabais en ese momento?

—Ese era el problema, que ni yo misma lo sabía, ese era mi mayor miedo, enfrentarme a algo que ni yo podía explicar.

—¿Qué pasó en esa entrevista?

—Pues que no fue una entrevista, nos conocimos, charlamos, pero en ningún momento realicé mi labor como periodista. Solamente quise conocer al personaje, quizás por eso él lo describió así.

—¿Te gustaba antes de conocerlo?

—No —sonreí —Veía que era un personaje muy atractivo, pero nada más allá, vamos que no me quitaba el sueño y mucho menos pensaba en él.

—Hasta que lo conociste...

—Eso parece —volví a sonreír —En vaya lío me metí esa noche... —bromeé causando una risa entre el público y mis compañeros.

—¿Qué fue lo que te advirtió de que se estaba interesando en ti?

—Sinceramente es algo que fluyó, que fue llevando de una charla, a otra, de una intención a otra y cuando me di cuenta... ¡Ramo de flores!

—Y tenías miedo...

—Mucho, no sabía ni cómo definir en esos momentos a lo nuestro. Estaba surgiendo algo, pero ni yo me creía que me pudiera estar pasando, lo veía como aún lo sigo viendo, con la sensación de que me puede dar una patada en cualquier momento. Como decía mi compañero —señalé a Pedro devolviéndole el comentario de la semana anterior —Con la de chicas imponentes que había estado ¿Cómo se iba a fijar en alguien como yo?

—Bueno eso lo dije para buscaros la lengua y que cantarais —dijo, defendiéndose.

—Ahora le dices eso —me defendió Erika volteando los ojos —¿Qué sois hoy que os habéis presentado públicamente ante los medios y te plantó un beso?

—¿Me ves anillo de compromiso? —Enseñé los dedos como negando que tuviéramos algo formal —Estamos viviendo un momento, el tiempo dirá.

—Pero él hizo por gritarle al mundo que existías en su vida...

—Eso es lo que no entiendo ¿Qué se le pasó por la cabeza para hacer lo del ramo?

—¿No se lo has preguntado?

—Bueno, no sabes lo bueno que es haciendo la rotonda y esquivando las preguntas... —arqueé la ceja mientras todos reían.

—¿Crees que ahora que te presentó de alguna forma mediáticamente os dejaran un poco en paz?

—Ahora sí me voy a poner seria —miré a la cámara —Quiero pedir a todos mis compañeros de profesión en los que creo y que pienso que entre nosotros nos protegemos en la medida de lo posible, que entiendo que quieran pillarnos juntos, dar información y titulares sobre esta novedosa

noticia. No obstante, os ruego y suplico que entendáis que yo no quiero estar al otro lado de la profesión, amo lo que hago y me gustaría que me respetaran como yo hago con todos, que acepto una foto, una pregunta, pero no me gustaría vivir con una cámara siguiéndome constantemente. Soy consciente de que estoy conociendo a un personaje público, pero también lo soy de que todo se puede hacer bien y respetando mi espacio.

—¿Crees que lo harán?

—No lo sé, pero sigo creyendo en la palabra compañero y siempre en esta profesión de algún modo u otro nos necesitamos, debemos ser conscientes de ello.

—¿Crees que te darán tus compañeros de plató mucha leña por no haber dicho la verdad durante todos estos días? —miró hacia ellos que sonreían, menos Pedro que hacía un gesto de que me preparara, pero en plan bromista.

—Bueno, algo de leña me darán, pero vengo dispuesta a asumirlo, digerirlo y si necesitan alguna aclaración más lo haré, pero una cosa, eso no significa que me sienta mal por haberlo callado. Lo volvería a hacer si pasara de nuevo, creo que tengo derecho a decidir si estoy preparada o no, mientras no haya pruebas...

—Pues yo no te voy a juzgar —saltó Pedro como el primero en la ronda de debate—. Pero te voy a decir una cosa, si en alguna ocasión tienes algún titular que dar, espero que lo des en este, en tu programa.

—Me lo pensaré —contesté bromeando y haciéndole un guiño.

—Ahora me toca a mí —dijo Blanca en plan chulesco —Sabes que en breve te van a poner cantidades millonarias en las manos para que des una exclusiva ¿Lo harías?

—Jamás y bajo ningún concepto cobraré por nada de esto, bajo ningún concepto, que quede claro. Otra cosa son las exclusivas que quiera dar él, que está en su derecho de hablar de su vida, pero yo no tendré nada que ver.

—Si te pidiera que salieras en una junto a él... —preguntó Cinthia.

—Tendría que haber pasado mucho tiempo y que esto no fuera un momento, fuera una historia.

—¿Qué planes tenéis de forma inmediata? —preguntó Pedro.

—Ninguno, el día a día y que sea lo que tenga que ser.

—¿Te ves en un futuro con él? —Blanca y sus preguntas...

—Puede, ya que por imaginar que no quede, no planeo, dejo que pase lo que tenga que pasar y lo mejor de todo es que no espero nada, así todo es más fácil.

—¿Sabías que ibas a ir a la fiesta y no querías decir que eras tú? —preguntó Blanca para desvelar el misterio.

—Hasta el mismo día por la mañana no decidí ir, busqué el vestido en el taller de una buena amiga sobre la marcha, creedme si os digo que hasta última hora tenía claro que no aparecería.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Las ganas, además de pensar que por miedo podía perder otra experiencia bonita en mi vida. No se reciben invitaciones todos los días de personajes de ese tipo —carraspeé y rieron, al menos algo relajado estaba el ambiente.

Notaba que estaban empatizando conmigo, que mi equipo me estaba echando un cable para que saliera de aquella, me emocionaba saber que ellos pese a todo no me fallaban.

Estuvimos toda la tarde viendo imágenes de la fiesta, de la gente que asistió. Comenté mis impresiones de muchos personajes que me encontré allí y todo fue de lo más ameno.

Al terminar el programa me asaltó un redactor entregándome un ramo con una nota.

“Y fue una cuestión de clase lo que me enamoró de ti. Estuviste fantástica. Gracias por hacerme

sentir orgulloso. Te espero en los pasillos”

Me eché a reír, estaba ahí, había visto de cerca la entrevista. Me hicieron leer la nota y todo el plató comenzó a aplaudir.

Nos despedimos del programa y salí de allí de lo más feliz del mundo, Mark se acercó sonriente y me dio un beso delante de todos los que iban pasando por el pasillo de la cadena.

—Bien, ¿no?

—Fantástico, esto hará que los demás medios hablen desde otro punto.

—¿Me dejas invitarte a cenar?

—Claro —sonreí feliz.

A él lo había traído su chófer, al que le dijo que se fuera, ya que nos marchamos en mi coche.

Nos dirigimos a un restaurante que habíamos comentado en un par de ocasiones que nos encantaba. Ahora podíamos movernos con libertad, ya que el país entero sabía la realidad, no teníamos que escondernos.

Era temprano, apenas las ocho, pero teníamos hambre y él como yo entre semana cenaba pronto.

Los trabajadores del restaurante sonreían al vernos allí, ya me sentía de lo más observada, pero es lo que tocaba y tenía que joderme por mis decisiones.

—Tengo que pedirte algo —cogió mi mano por encima de la mesa mientras con la otra sostenía la copa de vino.

—¿Me tengo que echar a temblar?

—No, tampoco es para tanto.

—Dime... —arqueé la ceja.

—Quiero que te vengas conmigo el jueves a un sitio, volveremos el lunes por la mañana.

—El lunes trabajo —reí negando.

—A las doce estarás en tu casa.

—Y a la una me suelo ir, espero que no haya ningún contratiempo ¿Dónde nos vamos? —pregunté decidida a ir al fin del mundo con él.

—A República dominicana, exactamente a Punta Cana. Salimos el jueves a las nueve de la noche, llegamos, dormimos y a disfrutar del viernes, sábado y domingo —El lunes a primera hora volvemos.

—¿En serio? —pregunté emocionada.

—Por cierto, podemos ir a un hotel de la cadena de John gratuitamente.

—No, quiero que conozcas un lugar...

—Está bien —aplaudí emocionada mientras nos ponían los entrantes.

Mark estaba cariñoso, atento, sonriente y feliz y yo mucho más que él, ese plan me parecía algo tan bonito, divertido y emocionante. Estaba que no cabía en mí de gozo.

Al terminar lo llevé a su casa y me despidió con uno de esos besos con sabor a piruletas y eso que no había fumado. Suspiré, me encantaba, era todo eso que necesitaba en mi vida en aquel momento. Me sentía viva, no sabía cómo terminaría todo, solo sabía que lo quería disfrutar.

Me acosté feliz con el desarrollo del día y con el apoyo de mis compañeros. El respaldo de mi programa había sido crucial para terminar el día relajada, sin miedos y encima la sorpresa de ese inminente viaje al Caribe.

Los siguientes días fueron muy especiales...

El martes en el plató se dedicó una hora a hablar de lo mío con Mark y desarrollar lo que habían dicho otros medios, pero fue llevadero y yo le eché coraje.

Mark volvió a esperarme en los pasillos, todos los ojos estaban puestos en él.

Nos fuimos a cenar y luego lo llevé a casa como el día anterior.

El miércoles fue un poco más movido, ya que después de un programa lleno de broncas, por otros temas sobre los que todos estábamos en desacuerdo, me fui a cenar a casa de mi padre con Mark.

Nos había invitado mi cuñada, así que nos esperaron con una preciosa mesa y lo recibieron con mucho cariño. No tardaron en congeniar mi padre y él.

Judith no se cortó en pedirle a Mark un *selfie* con ella para subirlo a sus redes. Mi padre negaba, riendo incrédulo y mi chico se puso de lo más sonriente y predispuesto, en el fondo le iba la marcha.

Salimos de allí tarde, llevé a Mark a su casa y nos despedimos hasta el día siguiente, que me recogería en mi casa a las siete menos cuarto para salir directos para el aeropuerto.

Yo había hablado con mi director y ese día me dejaba salir un rato antes, le dije que viajaba, pero nada más.

Y llegó el gran día...

La mañana se me pasó lenta, estaba nerviosa, preparé mi maleta con todo lo que me iba a poner y lo que no, también lo metí. Iba hasta la bola.

Salí para trabajar a la hora de siempre, pero estaba hecha un flan, menos mal que cuando me di cuenta ya estaba peinada, maquillada y en plató.

Me intentaron sacar información sobre por qué me iba ese día antes de lo normal, pero los dejé a todos con la duda, los toreé hasta que se aburrieron.

Llegó la hora y me fui en el intermedio. Llegué a mi casa y ya estaba en la puerta con su chófer Mark, sonriente, tan guapo como siempre.

Sacamos mi maleta de lo más emocionados y nos metimos en el coche. Comenzaba nuestro viaje.

Facturamos y pasamos inmediatamente a la zona de embarque. Al ir en clase preferente no tardamos en embarcar, con él todo eran lujos, pero ninguno como el de disfrutar de su presencia.

El vuelo lo pasé de lo más nerviosa y Mark se daba cuenta, jugueteaba con mi mano mientras saboreábamos un vino que nos habían servido las azafatas.

—No me creo que vaya a disfrutar de días de playa...

—Bueno, de playas y de lo que no es playa —hizo un carraspeo en plan buscón.

—Yo me abro a todas las posibilidades —reí nerviosa.

—Me alegra saberlo —se acercó y me mordisqueó el labio.

Lo miré negando con esa sonrisa que denotaba que estaba babeando a más no poder, pero es que me sentía de lo más emocionada.

Me acordé del fin de semana en el yate, fue espectacular, pero aquello, los dos solos, tres días completos en el Caribe, pasaba al siguiente nivel.

Tres horas y media después estábamos bajando del avión y sintiendo la humedad y el calor del Caribe.

—Madre mía qué calor —reí.

—La bofetada es tremenda —sonreía mientras íbamos a la zona de maletas.

Salimos del aeropuerto y un hombre con un cartel nos esperaba, nos trasladó al *resort*.

Era de noche y no se veía igual que de día. Parecía espectacular pero la mejor visión la tendríamos por la mañana.

Nos llevaron a nuestro *bungalow* y aluciné, con una piscina privada, un *jacuzzi* al lado de la

cama, un minibar con todo tipo de bebidas, unas vistas a ese mar que impresionaba, aquello era todo un deleite para la vista.

Mark abrió una botella de champagne francés que había encargado para que estuviera en la habitación con una bandeja de trozos de plátano con chocolate derretido.

Lo sacamos a la terraza y disfrutamos del relax un rato, fumando un cigarrillo, tomando la copa y disfrutando de esa fruta endulzada, vaya si era un buen comienzo.

Nuestras miradas lo decían todo, el lugar acompañaba a darnos una sensación de libertad increíble. El entorno y momento no podían ser mejores para comenzar nuestra estancia en ese rincón de Punta Cana.

Nos fuimos a la cama abrazados, entre besos cariñosos y divertidos con una complicidad que cada vez se iba agrandando más y más.

Era todo tan bonito que daba miedo, esa era la realidad, me sentía como una princesa viviendo en un castillo donde lo tiene todo y no le hace falta nada más que disfrutar de lo que tiene por delante, era algo increíble. Mark había aparecido en mi vida y la había cambiado por completo, ahora todo giraba en torno a él y lo mejor es que me hacía inmensamente feliz.

Esa noche no pasó nada, aunque nuestros cuerpos lo desearan en todo momento, pero estábamos en un momento más de dejar aflorar los sentimientos, más desde el corazón y queríamos disfrutarlo de igual manera.

Me quedé dormida entre besos con mucha ternura, al igual que las caricias de sus dedos jugueteando por mi espalda.

Aquello era lo que me llenaba completamente, ese contacto que teníamos el uno con el otro, esa manera de interpretar los sentimientos, sin mucha necesidad de hacerlo con palabras. De todas formas, no había nada mejor que los actos, esos que eran los que me hacían sentir que estaba en el lugar correcto.

Capítulo 14

Los primeros rayos del sol del viernes me recordaron que estábamos en el mismísimo paraíso caribeño. Miré a Mark y no pude evitar darle un besazo.

—¿He pasado a mejor vida y eres un ángel? —arqueó la ceja.

—Prefiero ser una diablesa, tu diablesa —me mordí el labio...

—El Caribe, tú... Me da que vamos a aprovechar muy bien el tiempo —rio.

—Yo creo que sí.... ¿Tienes hambre?

—Mucha... Estoy pensando en comenzar por devorarte a ti.

Esos eran nuestros amaneceres y aquello sí que era vida. Después de una hora de lo más revuelta y placentera, nos pusimos los bikinis y bañadores, atuendos informales y... ¡a desayunar!

Todo lo que no vimos del hotel la noche anterior, apareció ante nuestros ojos en ese momento. Cierto que Mark no podía haberme invitado a un lugar mejor. Me froté los ojos cuando apareció ante mí aquel complejo cien por cien lujoso, con un ambiente romántico caribeño que invitaba a pasarlo de maravilla. Se notaba a la legua que estaba pensado para las parejas y no era de aquellos bulliciosos destinados a las familias. En el nuestro todo era “paz y amor”.

Su asombroso vestíbulo, conducía a un patio majestuoso, en el que los turistas parecían relajados, tomándose *selfies* y bromeando. De allí pasamos a la increíble piscina, al estudio de yoga, al spa y al área de playa.

Algo que sonó como música para nuestros oídos fue lo que nos dijo uno de los trabajadores del hotel de que la playa, a diferencia de en otros complejos turísticos, no quedaba desierta por la noche, sino que cobraba vida en un escenario de fiesta de lo más atrayente.

Y después estaba la oferta culinaria, que alcanzaba en aquel complejo sus más altas cotas, con unos *buffets* internacionales de impresión y con unos restaurantes a la carta igualmente atrayentes.

Antes de entrar a desayunar, quise llegar a pie de playa, pues la visión de aquellas aguas tranquilas y cristalinas era algo que me apasionaba.

—¿Te gusta el mar? —me cogió por la cintura

—No es ya que me guste, que me encanta, sino que me da vida.

—¿Y a ti?

—También — Te propongo una cosa.

—Dime —me picó la curiosidad.

—Cuando nos jubilemos, podemos vivir a caballo entre Manhattan y un lugar como este. ¿Cómo lo ves?

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué no? —me di la vuelta y lo besé —Lo hace mucha gente. No vamos a patentar nosotros la idea, te lo aseguro —rio.

—No, no digo eso. ¿En serio estás pensando en hacer planes conmigo cuando seamos viejecitos?

—Bueno, depende. ¿Tú vas a seguir estando buena entonces? —me guiñó el ojo antes de que le arreara un testarazo.

—No sé, pero a ti igual no se te pone todo igual de duro en ese momento —contraataqué pronto, muerta de la risa.

—Eso ha sido un golpe bajo —rió —Bueno, tontuela, a lo que vamos, claro que lo digo en serio. Lo quiero todo contigo, esto no es un rollo, una aventura ni nada que se le parezca.

—Más te vale porque te corto los huevos, con toda la que me has liado en los medios.

—Por cierto, es una suerte no tenerlos por aquí.

—Yo de ti no cantarí victoria tan rápido, que lo mismo salen de debajo de las piedras —reí —No te puedes fiar de los periodistas.

—Gracias, ya me quedo más tranquilo —sonrió en alusión a que yo también lo era.

Nos metimos a desayunar en uno de los *buffets* que era un auténtico festín para los sentidos.

—Hagamos un trato —me propuso —Estos tres días nada de cuidarnos y ya, cuando volvamos, lo hacemos. Además, si vemos que hay que aumentar la cantidad de ejercicio, yo me encargo, no hay problema por eso —me sacó la lengua.

—Ya, ya imagino el tipo de ejercicio que se te ocurre a ti...

—Y, ¿alguna objeción? —me besó, mientras íbamos poniendo los platos hasta la bola de semejantes exquisiteces.

Nuestro primer desayuno en Punta Cana estuvo plagado de bromas, miradas intensas y de mimos, los que me prodigaba en todo momento un Mark cada vez más suelto y atento que me enamoraba más por días.

Terminamos de desayunar y nos fuimos a la playa.

—A mí hoy no me sacas de aquí ni a punta de pistola —advertí.

—¿Y por qué habríamos de irnos? Me encanta la playa, sobre todo el mar. Lo que había pensado es que más tarde podíamos alquilarnos una moto acuática, ¿cómo lo ves?

—¡Sí, sí! Aplaudí emocionada.

—¿Te gustan?

—Me encantan. Monté en una en Cuba, una vez que fuimos Marlene y yo y lo pasamos de muerte. Estoy deseando repetir.

—Perfecto, pues a mí también. Y no te preocupes, que no correré mucho.

—Ejem, ejem —carraspeé.

—¿Qué he dicho?

—Has dejado caer que la vas a llevar tú sí o sí y a mí me encanta pilotar todo tipo de cacharros.

—¿Sí? Pues nada, yo dejo encantado que me enseñes tu pericia como piloto.

—No, no, se me ocurre una idea mejor...

—A ver, suelta...

—Alquilamos dos y echamos carreras.

—Hecho —me dio la mano como si estuviéramos sellando un trato serio.

—Ahí te ha salido la vena empresarial —reí.

—Bueno, mientras no me salga otra vena, todo va bien —rió.

Mark era irónico, divertido, fresco, hacía de cada instante un momento especial y me provocaba muchas ganas de comérmelo. Lo único que yo le pedía al universo es que nunca me

tuviera que arrepentir de no habérmelo comido, porque me estaba pillando por él hasta el tuétano.

Pasamos un par de horas de lo más relajados en la hamaca, tomando el sol, y Mark fue a por unos cócteles al chiringuito, sin alcohol por respetar la hora que era y la vuelta en moto acuática que estábamos por darnos.

A eso de las doce ya estábamos montados en nuestras motos acuáticas y a mí los ojillos me brillaban. Y es que la velocidad me fascinaba, y no se me ocurría un entorno ni una compañía más ideales para disfrutar de ella.

Las alquilamos durante una hora y fue de lo más divertido. La emoción me salía por la punta de las orejas y Mark llevaba su cámara acuática hiperpija para immortalizar los mejores momentos.

—Yo de ti me dejaba de fotos y me ponía a lo que vamos —reí, cuando vi que no paraba con la camarita.

—Tú déjame que yo controlo, aunque sea un hombre, puedo hacer varias cosas al mismo tiempo —rio.

—Bueno, bueno, yo lo único que digo es que me veo gritando eso de “hombre al agua”.

—Bueno, siempre que vengas tú a hacerme el boca a boca todo va bien —me decía en un momento en el que paramos un poco.

—¿Yo? No, no, esa labor es de los socorristas. Yo no podría pisarles su trabajo. Son aquellos chicarrones tan macizorros que... —señalé a la playa.

—¡Qué puñetera! Anda que me das ánimos. Y, por otra parte, qué bien te has fijado en lo macizorros que están —a mí me encantaba buscarlo un poco.

Un minuto después nos pusimos de nuevo en marcha y ahí ya sí que nos picamos de verdad a correr. Yo lo miraba y le sacaba la lengua cada vez que lograba superarlo y él se reía cada vez que me dejaba atrás a mí.

Por medio, sacó algunas instantáneas muy chulas y al final dijimos de hacer una última carrera.

—¿Qué apostamos a que gano yo? —era competitivo a más no poder, por eso había llegado tan alto en los negocios.

—Nada, nada, yo ya estoy un poco cansada y prefiero no apostar, por dignidad —reí, mientras disimulaba.

Comenzamos a correr y, cuando ya lo tenía más convencido de que era el vencedor, metí puño y le di una pasada que lo dejó boquiabierto.

—¡Qué lista! —me apretó fuertemente contra él cuando nos bajamos.

—Y no solo lista, sino que además te he puesto, a juzgar por lo que tienes dentro del bañador —yo lo había notado, pero bien.

—Pues esto lo has provocado tú, así que tendrás que remediarlo —se mordió el labio.

—Bueno, haré luego un esfuercito —le solté, provocando un aluvión de cosquillas que terminaron conmigo en el suelo.

—¿Tienes que hacer un esfuercito para tener sexo conmigo? —me recriminaba entre risas.

—Tengo que hacer un esfuercito para no tenerlo aquí mismo —le confesé y puso cara de que ya eso le gustaba bastante más.

Soltamos las motos y ya era la hora de comer. Teníamos varias opciones, pero nos decantamos por volver al hotel y almorzar en uno de aquellos restaurantes a la carta que tan buena pinta tenían.

Y desde luego que no nos defraudó. El almuerzo fue estupendo y el vino de categoría. Luego nos tomamos un delicioso postre a medias que nos supo a gloria.

—Tú me dirás ahora... —comentó al salir del restaurante.

—Pues lo mismo que cuando entré, 1,70 —le solté.

—1,70 de pura guasa —me cogió en brazos —Ya me has entendido, ¿qué te apetece hacer?

—Yo quiero volver a tirarme y ahí que me las den todas —solté, mientras seguía en volandas.

—Pues yo opto por quedarnos ahora en la piscina y dar buena cuenta del “todo incluido”.

—Vale, vale, no te preocupes que, en previsión, yo me he traído un arsenal de Ibuprofenos, por lo que pueda pasar por las mañanas.

—Ummm, una mujer que está en todo, no sabes cómo me pone eso...

—Créeme que una ligera idea tengo —señalé, apuntando a su bañador, que comenzaba a abultarse sospechosamente.

—No se te pasa una por alto —se mordió el labio.

—Y porque no puedo estar en más, porque de otro modo, no saldría de ese bañador —reí.

—Me estás poniendo que no sé si vamos para la hamaca o para la cama. Advertida quedas, si al final te secuestro en la habitación y no vuelves a ver el sol del Caribe, va a ser tu culpa.

—¡No, no! Ya me quedo calladita, que esto no me lo pierdo.

La tarde fue maravillosa, con un Mark de lo más divertido, que me estuvo contando sus mil y una peripecias hasta lograr convertirse en el empresario de éxito que era.

—Así que ya eras espabilado desde chiquitillo...

—Sí, sí, en el instituto ya les vendía los apuntes a los compañeros y en la universidad sacaba buena tajada de mis clases particulares de matemáticas, que se me daban genial.

—Ya imagino, los números son lo tuyo...

—Sí, sí, ya luego llega un momento en el que después de haber hecho muchas cuentas en tu vida, no haces muchas más... El nivel de utilidad del dinero decae, es importante hasta un cierto nivel, el resto me importa un bledo...

—Hombre, pues si te sobra un poco... —bromeé.

—No descarto hacer algún negocio contigo. Eres lista hasta decir basta. Si alguna vez te apetece...

—No, no, gracias. Suena muy tentador, pero yo con mi carrera de periodista tengo que me sobra, no quiero calentarme más el coco.

—¿Ves? Esa es otra muestra de inteligencia. De todos modos, yo contigo firmaré un contrato, al menos uno —ríe.

—Calla, calla, no me asustes, que esos son palabras mayores, loco —me entró un temblor que se me cayó parte de la copa en el ombligo...y más abajo...

—¡Quién fuera cóctel! —suspiró y me dio un besazo que me dejó sin respiración.

Al caer la tarde nos fuimos a arreglarnos, preparándonos para la cena y para todo lo bueno que pudiera ofrecernos la noche caribeña, que estábamos deseando probar...

—Te has puesto preciosa, eso no vale, de aquí no te escapas —se situó en la puerta del *bungalow*.

—¡Quita, bicho! Que ahora sí que tengo un hambre que me muero —me partía de risa.

—¿Sí? Pues por ahí te vas a escapar, pero cuando vuelvas te la voy a dar mortal.

—No vendas la piel del oso antes de cazarlo, que va veremos cómo llegamos —reí.

—Ahí sí tienes razón, ¿ves? Pero vamos que yo te voy a coger banda sí o sí, esta noche no te escapas viva, llevas todo el día provocándome.

—¿Yo? —me mordí el labio haciéndome la inocente.

—¡Tú lo has querido! Me tiró encima de la cama y fue un visto y no visto.

A decir verdad, ni siquiera nos quitamos la ropa, fue bajarse los pantalones, subirme el vestido y demostrarme, con una certera serie de embestidas que me subieron al cielo, las muchas ganas de

mí que tenía.

Nos marchamos a cenar a uno de los chiringuitos de la playa, que estaba muy animado.

—Es impresionante cómo está esto —le comenté.

—Si ya sabes eso que dicen de que cuando la noche cae es cuando empieza la verdadera fiesta en Punta Cana.

Estuvimos hablando con uno de los camareros sobre las posibilidades que nos ofrecía la noche y nos contó que teníamos que acercarnos a otro de los locales del complejo, que estaba allí en la misma playa. Le dijimos que le haríamos caso y nos dispusimos a cenar.

Llevábamos ya unas cuantas copas encima de por la tarde y quisimos cenar con vino.

—No es ya la cantidad, es lo que estamos rebujando —decía yo entre carcajadas, pues ya comenzaba a notarme muy achispadilla.

—Bueno, mañana Dios dirá, vivamos el presente —chocó su copa contra la mía.

Cenamos como reyes y ya estábamos deseando mover el esqueleto. Nos dirigimos hacia donde el chico dijo, cogidos por la cintura, paseando bajo la luna.

La escena era muy romántica y lo que más la alumbraba era la sonrisa de un Mark que no me quitaba ojo de encima y que me apretaba súper fuerte contra sí. Teníamos claro que aquella escapada había sido todo un acierto y la estábamos disfrutando a tope, sacándole el máximo jugo.

Llegamos al local y cierto que era una auténtica pasada. Presentaciones en vivo y un ambiente vibrante con luces y sonidos de moda por doquier. Allí no cabía un alfiler y el público al completo estaba muy entregado.

Pusieron distintos tipos de música y Mark y yo lo empezamos a dar todo. Nos daba igual lo que sonara que nosotros lo bailábamos.

—Como si nos ponen la música de las noticias —le chillaba yo en el oído, un poco borrachuza como estaba.

—Sí, sí, nos da lo mismo —se reía él — Tú sigue moviendo esas caderas, que es lo que interesa.

En un momento dado, comenzó a sonar la música latina y ahí sí que ya se desató la locura entre nosotros. Un mínimo de dos horas en las que no dejamos de bailar ni una sola canción.

Por medio, Mark fue por unas copas y al volver, una chica me estaba invitando a bailar. Y digo bien, una chica, que yo ya notaba que me miraba desde hacía rato.

Él se partía de la risa y me decía con la cabeza que adelante. La chica adoptó el rol de chico y me llevaba genial durante la canción, aunque yo procuraba no acercarme demasiado, no fuera a ser que se emocionara.

—¿Tú has visto? No me pasa nada normal —reí —Viene a sacarme a bailar una chica, en vez de un chico...

—Mejor, mejor, menos competencia para mí —él se desternillaba.

Cuando ya estuvimos de bebida hasta la bandera y hartos de bailar, nos encaminamos hacia el *bungalow*, de nuevo cogidos por la cintura, avanzando por la playa.

—Yo me quiero sentar un poquito a escuchar el mar —tiré de su brazo y me senté.

—Yo no sé si escucharé nada, me he quedado sordo con tanto ruido...

Nos quedamos allí abrazados y vimos pasar por delante de nosotros a cantidad de gente, parejas, amigos, incluso unos señores mayores que iban de lo más contentos y que ya habíamos visto bailar en el local.

—¿Viste la marcha que tenían? —me reí.

—Claro, claro, la misma que tendremos nosotros a su edad...

—Pero te refieres juntos, ¿o por separado? —pregunté, porque me encantaba escucharlo.

—Juntos, lista, que te gusta mucho oírme, anda, tírate aquí un poquito conmigo.

—¿Yo contigo? Anda, que tienes mucho peligro...

—Lo que tengo es una borrachera que no me tengo en pie...

—¡Pues si no te tienes en pie, vamos a hacer el pino! —chillé.

—¿El pino? Tú estás majara...

—Sí, sí, el pino —me levanté y me puse a hacerlo.

Mark se partía, diciéndome que estaba como una cabra, pero se levantó y lo hizo a mi lado.

—¡Ya! —me tumbé cuando noté una amenazadora arcada.

—No, no, no, si vas a potar te llevo al *bungalow*...

—Falsa alarma —reí —Aunque me ha molado eso de “te llevo...”

—Pues claro que te llevo —me cogió en brazos y salió corriendo conmigo en dirección al *bungalow*.

Yo iba chillando y cantando y él me puso la mano en la boca cuando llegamos a la civilización.

—Calla, loquilla, que al final nos echan de aquí. Lo estoy viendo...

—Vale —entramos en la habitación y a mí todo me daba vueltas.

—Nos tenemos que duchar, cariño. Tenemos una peste a alcohol, a tabaco y a todo, que no podemos con ella.

—Sí, y a los porrillos de los de al lado, que olían que alimentaban —reía yo.

—Pues eso, ¡a la ducha! —me volvió a coger en brazos y él se encargó de todo.

Desde luego que era un encanto. Yo lacia perdida y él aguantándome como buenamente podía. Yo me agarraba a su cuello y lo besaba y mi chico, que también estaba bastante perjudicado, no paraba de reírse.

Entre pitos y flautas, más que ducharnos, estábamos haciendo el ganso en la ducha, pero al menos nos quitamos el mal olor y volvimos al dormitorio. Nos lo habíamos pasado sensacional.

Puse la cabeza en la almohada y le dije que quería jarana. Él me miraba como diciendo que no podíamos con nuestra alma, pero que también quería. Lo hicimos entre risas y bromas, pero con la pasión de siempre, la que se desataba cada vez que nuestros cuerpos se rozaban.

Capítulo 15

—No, no, por lo que más quieras, Mark, no me hagas reír, que hay un puto enano que no para de darme martillazos en las sienas.

—A mí también me duele lo mío, no creas —reía— Es lo que tiene perder el control con la bebida.

—Sí, pero que nos quiten lo bailado.

—Eso sobre todo... —Madre mía, cómo estabas moviendo esas caderas en la pista, es que lo pienso yo y se despierta este —miró a su entropierna.

—Pues dile a ese que se espere un poco, que no está el horno para bollos —reí—Tengo unas ganas de potar que no las aguanto.

—Pobre mía, estás hecha polvo. Vámonos a desayunar para que puedas tomarte la pastilla.

—Sí, por Dios y mis gafas, necesito mis gafas, que hoy le temo al sol más que un zombi —le solté la lengua.

—Tira, anda.

Nos vestimos y salimos del *bungalow*. Efectivamente, el sol no entendía de borracheras y allí estaba lanzando rayos que se me antojaban como puñales en el coco.

—Siéntate, que hoy no estás para nada. Yo te traigo el desayuno, me conozco tus gustos a la perfección —soltó con doble sentido.

—Vale, vale, echa lo que quieras y tráeme un cubo de café, por favor —rogué.

Se fue y yo me quedé tumbada encima de la mesa del *buffet*, vaya, que cualquiera que me viera pensaría que estaba desmayada.

—Aquí lo tienes todo, preciosa —me indicó de lo más atento, en cuanto llegó a la mesa.

—Trae, trae —lo cogí como si llevara tres días sin comer. Lo que quería era tomarme enseguida la pastilla y no hacerlo con el estómago vacío.

—Toma el comprimido —puso el Ibuprofeno encima de la mesa y me dio la risa.

—¿De qué te ríes, petarda?

—Ay, ay, ¡qué dolor! Me llevé las manos a la cabeza. Pues mira, me estoy riendo de pensar por qué narices los llamarán “comprimidos” si son tamaños XXL. ¡Menos mal que son comprimidos! Si no lo llegan a ser... Vaya, que estoy por abrirlo por la mitad y untarle mantequilla.

—Bueno —rio —Veo con agrado que el dolor de cabeza no te resta sentido del humor.

—No, no, eso que no falte —comencé a dar sorbos de café.

—Anda, méjorate que tenemos un día sensacional por delante.

—Estoy segura, no te preocupes, que esto se me pasa.

—Yo también estoy seguro, sobre todo porque nos vamos a hacer una idílica excursión en catamarán.

—¿En serio! ¡Qué guay! Me encanta el plan. No te preocupes que yo controlo, en una hora estoy nueva. Si Marlene estuviera aquí te lo diría. Ella conoce mejor que nadie mis borracheras.

—Al saber las que habréis pillado juntas —le salió la vena curiosa.

—Esas merecen un capítulo aparte, pero sí, créeme que las ha habido de matrícula de honor.

—Un día me tienes que contar.

—Sí, sí, un día que estemos con ella, que no veas la gracia con la que las cuenta...

Terminamos de desayunar y ya me había restablecido bastante.

—¿Preparada para ese *tour* en catamarán? Si no te ves en condiciones lo dejamos para mañana o para otra ocasión que volvamos —me cogió de la cintura al salir.

—De eso nada. Hoy es sábado y mi cuerpo lo sabe. Estoy deseando...

Faltaba una hora para el comienzo de la excursión, así que nos pasamos por el *bungalow* para recoger la ropa de playa, las toallas, la cámara acuática y el protector solar.

—Todavía nos sobra un ratito —le eché la más libidinosa de las miradas.

—Así es —empezó a besarme y ¡kaftán fuera!

—Tú controla la hora —le susurré.

—No te preocupes, me encanta lo de controlar —me dio la vuelta y me puso de espaldas a él, hizo que flexionara el cuerpo sobre la cama y comenzó a besarme el cuello y la espalda, mientras me despojaba de la parte de abajo del bikini.

Sentí su miembro en la entrada de mi cavidad y la humedad se hizo más que patente.

—¿Preparada? —me preguntó y yo me giré para devolverle esa mirada picante que tanto le ponía.

—Ya estás tardando —dije, con voz firme.

Tal cual estaba noté aquella primera embestida que me hizo estremecer entera, mientras sus dedos iban en busca de mi clítoris, extremadamente inflamado.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó él cuando llegó a aquel botoncito que tanto le gustaba poner en marcha.

Mis gemidos dieron paso a unos jadeos, prolegómenos indiscutibles de un intenso orgasmo que me dejó laxa y en sus manos.

—¿A gusto? —preguntó, mordiéndome el cuello.

—A gusto, ahora te toca a ti y cuidadito donde muerdes que me la van a liar parda en el programa como llegue con un mordisco en el cuello...

—De sobra saben que no has venido a Punta Cana a rezar el rosario...

—Ya, pero no es cuestión de ponérselo en bandeja —reí —Anda, concéntrate o no llegamos al catamarán.

Pero sí llegamos, llegamos a la excursión y llegó Mark a esa esperada corrida tras dar unas últimas embestidas que me hicieron pensar que íbamos a salir despedidos.

—¿Más tranquilo? —nos dimos la mano al salir.

—Mucho más, no era plan de dar el numerito en el catamarán —bromeó.

—Yo creo que no, una cosa es que sea un catamarán de fiesta y otro que sea pornográfico —reí.

—No, no, de esos no los he visto todavía por aquí.

Subimos y el personal que nos atendió era encantador. Bien se veía que íbamos a pasar unas horas formidables. Amables y serviciales, nos estuvieron comentando que ese tipo de excursiones eran totalmente seguras, ¡faltaría más!

Comenzamos a navegar en aguas abiertas y el ambiente del barco no podía ser más divertido. Allí había música, comida y bebida por doquier, así que no tardamos en volver a darlo todo como la noche anterior.

Yo llevaba un bikini rojo monísimo, rematado en los laterales de la parte de abajo y en el centro de la de arriba por unos llamativos aros metálicos.

—Me encanta —decía él cogiéndome por los aros laterales y casi levantándose en peso.

Y a mí sí que me encantaba. Ver esa fuerza que tenía y la forma en la que me manejaba como si yo fuera una pluma es que me volvía loca.

Llevaríamos una hora navegando cuando nos dieron la posibilidad de hacer *snorkel* y Mark y yo no nos lo pensamos. A mí me gustaba más el agua que a un tonto un lápiz y aquella era una oportunidad única.

Nos pusimos los equipos y Mark me hizo una foto.

—Mira, esta es la que puedes hacer pública —me la enseñó —Si quieres la sacas en el programa.

—¿Pero qué dices loquillo? Si ahí ni se me ve...

—Mejor, mejor, porque como te vean con ese bikini me va a salir competencia por todos los lados. No se puede estar más buena —me abrazaba, feliz.

Comenzamos a bucear y yo no podía estar más maravillada. Empezamos a recorrer los arrecifes de coral y pasamos por unos pasadizos submarinos que nos habían comentado que en ocasiones eran el hogar de tiburones nodriza.

A mí aquella parte me daba un especial respeto y Mark, que era un trasto, me dio un susto de muerte al sujetarme por una pierna. Muy nerviosa, solté una patada y le fui a arrear en toda la boca con la aleta.

Incluso debajo del agua tenía muy claro lo que me estaba diciendo, que yo era muy bruta y que lo había dejado sin sentido. ¿Para qué me asustaba?

Aunque nosotros no tuvimos esa suerte, nos comentaron que en ciertos momentos del año los buceadores tenían allí el privilegio de escuchar el canto de las ballenas jorobadas bajo el mar y hasta de observar el chapoteo de su impresionante cola.

—En otra ocasión será —decía Mark cuando volvimos a la superficie.

—Sí, aunque no sé yo qué decirte...me da un poco de cague, la verdad.

—No te preocupes, a mí me dan más miedo tus compañeros de trabajo y tú ya te has enfrentado a ellos. Al lado de esos, cualquier otro bicho viviente es una hermanita de la caridad —hizo la comparación.

—Sí, pensándolo así, tienes razón —me hizo gracia.

Disfrutamos muchísimo del resto del trayecto. Mark me estuvo enseñando algunas de las fotos que había hecho y eran una auténtica pasada. Estábamos en esas cuando se nos acercó una chica.

—Es que os estoy mirando y no me lo puedo creer —soltó —¡Pero si sois la pareja de moda! Perdonad me llamo Susan y es que soy súper fan de tu programa, Anais. Me he llevado días siguiendo el culebrón y ahora es que no doy crédito...

—Gracias Susan, ya nos estaba extrañando no encontrar a nadie que nos reconociera y eso que estamos en un catamarán en medio de la nada —nos reímos.

—No os preocupéis, pero una cosa os digo, para mí sois un referente. Me habéis alegrado la

vida.

—¿Lo dices en serio? —me quedé obnubilada.

—Sí, llevaba meses un poco agobiadilla, para qué os voy a engañar. Mi novio creía que yo tenía complejo de Bambi o algo y me puso unos cuerpos de aquí te espero.

—Vaya, mujer, lo siento —empaticé con aquella chica tan simpática.

—Gracias, total, que dejé hasta de creer en el amor. Pero estos días, vuestra historia me ha parecido tan romántica que lo he vuelto a ver todo de otra manera.

—Pues yo que me alegro —le contesté, muerta de la risa, porque la chica hablaba deprisa y con mucho entusiasmo.

—Sí, sí y además yo creía que tú pegabas muy bien con Mark, vamos que en la semana del suspense pensaba que tenías que ser tú y hasta aposté con mi amiga, aunque ella decía que era Cinthia.

—No te equivocaste...

—¿Me podría hacer una foto con vosotros? Es que mi amiga se va a volver loca, de verdad que sí —la chica estaba fuera de sí.

Nos hicimos la foto, porque nos costaba muy poco complacerla y ella se fue loca de contenta, prometiendo no darnos más lata, aunque en algunos momentos nos miraba de lejos y nos ponía con los dedos la “V” de la victoria.

Volvimos al hotel con tiempo suficiente de disfrutar un buen rato de piscina.

— Yo hoy me quedo a cócteles sin alcohol, que no me apetece que me vuelva a entrar ese dolor de coco. Dos resacas seguidas como que van a ser demasiado...

— Estoy contigo, hoy a cócteles sin alcohol.

Nos tumbamos en la hamaca y empezamos a intercambiar impresiones de lo mucho que nos había gustado la experiencia del *snorkel*. Le conté también que a mi hermano Kike le encantaban todo ese tipo de deportes. Yo tenía muy claro que Kike y Mark harían muy buenas migas.

Aproveché para preguntarme por muchos detalles de mi hermano y del resto de la familia. También le llamó la atención saber que yo tenía antepasados españoles.

—¿Has estado alguna vez en España? —me preguntó.

—No. He estado en Inglaterra y en Francia, con Marlene, pero en España nunca.

—Yo he estado un par de veces en Madrid y otra en Barcelona, por negocios. La próxima vez te vienes conmigo, o mejor todavía, organizamos una escapada por nuestra cuenta.

—A eso me apunto. Me encanta viajar.

—Pues entonces has dado con la horma de tu zapato. Empieza a hacer un listado porque vamos a ver juntos el mundo entero.

A Mark le salían los planes de dos en dos. Y los iba proponiendo sobre la marcha. Me encantaba ver la forma que tenía de contar conmigo para todo. Se notaba que estaba muy relajado y estaba

consiguiendo que al final yo dejara todos mis miedos atrás.

Al atardecer nos fuimos a la playa y nos sentamos allí, como lo que ya empezábamos a ser, dos enamorados que querían compartir el máximo número de momentos posibles.

Viendo cómo el sol se despedía, comenzamos a jugar a decirnos el uno al otro lo que más nos gustaba del verano y volvimos a comprobar que coincidíamos en un montón de gustos y aficiones.

Al fin y al cabo, ninguno de los dos podíamos imaginar un privilegio mayor que el que estábamos viviendo en esos días.

— A mí lo que más me gusta es escuchar el sonido del mar e ir con el pelo como me da la gana, sin horarios, sin una gota de maquillaje, comiéndome un helado y poder trasnochar sin sentirme culpable —confesé.

— ¿Maquillaje? No te hace ninguna falta. A ver, que cuando te lo pones estás espectacular, pero que también lo estás sin él. Tú eres preciosa de todas las maneras.

— Hombre, gracias —me encantó su forma de decirlo.

— No me tienes que dar las gracias, es la verdad. Ahora, lo que sí debes tener en cuenta es mi valor, porque una cosa te digo, me deben odiar todos los hombres. Imagino que tiene que haber una especie de conspiración para quitarme de en medio...

— Tú no eres más exagerado porque no entrenas, ¿no? —me encantaba que me alabara así.

— La realidad, cuento la realidad. A ver en serio, eres preciosa y yo me siento súper afortunado de que los hombres se vuelvan a mirarte...

— ¿Sí? Pues yo soy un poco más puñetera, a ti que no te miren mucho, que lo mismo araña... Mejor cambiamos de tema, ¿qué es lo que más te gusta a ti del verano?

— ¿A mí? Los interminables paseos por la orilla del mar, una siesta de esas de babear, leerme un buen libro al sol, tomarme un cóctel dentro de una piscina y, por supuesto, ver el atardecer en la playa contigo —me dio un toquecito en la punta de la nariz.

Definitivamente, yo estaba de acuerdo con sus palabras. No cambiaba la visión de aquel atardecer con Mark por nada del mundo.

Un rato después nos volvimos a hacer un arreglo informal y nos encaminamos a los mismos lugares de la noche anterior, pues la experiencia había sido tan positiva que no nos apeteció cambiar.

La única diferencia estribó en que aquella noche apenas bebimos alcohol, de modo que estábamos frescos como rosas. A las dos de la madrugada, una pareja pidió que improvisáramos un concurso de salsa y participamos todos los que estábamos bailando.

Para nuestra sorpresa, Mark y yo lo ganamos y nos fabricaron sobre la marcha una especie de trofeo con una botella y unas servilletas decorándola, que era de lo más gracioso.

— Este es el primer paso hacia el estrellato —decía Mark con nuestro “trofeo” en alto, cuando íbamos volviendo por la playa.

— ¿Tú crees que ya podemos vivir del baile? Yo iba loca de felicidad a su lado, sin poder parar de dar saltitos y carreritas.

— Sí, sí, de aquí listos al estrellato —adoptaba gesto de seguridad.

Serían las cuatro de la madrugada cuando por fin caímos en la cama, aunque aquel día, que íbamos de lo más sobrios, no era precisamente de dormir de lo que teníamos ganas. El amanecer vio nuestros cuerpos desnudos y entrelazándose en aquella enorme cama.

Capítulo 16

- No quiero irme mañana. No me apetece volver. La culpa es tuya por haberme traído al paraíso —le saqué la lengua.
- Espérate, que todavía estoy procesando el pedazo de polvo que acabamos de echar —se rio Mark.
- Procesa, procesa, pero hoy me vas a tener que escuchar —me puse las manos en la cara, bromeando.
- Tira, anda, que hoy soy yo el que tiene un hambre que me comería una vaca rellena de pajaritos.
- ¡Y esa es otra! No me quiero pesar —reí.
- Te echo el cálculo así por encima —se me quedó mirando —No has engordado ni un gramo y, si has cogido algo, aunque sean cien gramos, hacemos la dieta del cucurucho al volver.
- ¿Qué dieta es esa? —debí poner cara de extrañada.
- La dieta del cucurucho, ¿no la has escuchado nunca? Pues la de comer poco y follarse mucho.

Le di un almohadazo en la cara y él me devolvió otro. Noté que me aprisionaba. Estábamos todavía desnudos y, tal cual cayó sobre mí, empezó a rozar de nuevo su miembro por mi cavidad, volviendo a excitar un clitoris que ya estaba inflamado a perpetuidad con Mark.

- El nene vuelve a pedir marcha —señaló a su entrepierna.
- Pues habrá que contentarlo, no vaya a ser que se ponga impertinente —clavé mi mirada en la suya.

Y no fue solo eso lo que se clavó, ya que en ese instante noté cómo el miembro de Mark se hundía en mí, mientras agarré las sábanas con las manos y ahogué en su boca el grito de placer que hubiera dado, enterando al resto de visitantes del complejo.

No teníamos remedio, si nos rozábamos nos encendíamos y ya estábamos al lío. Tras una serie de embestidas que me pusieron en órbita, noté que salía y hundía su cara en mi zona prohibida.

- Mi lengua echaba de menos esto —empezó a lamer y sus roces, en una zona de por sí tan hinchada, me hacían dar botes en la cama.

El orgasmo no tardó en llegar y me contraí entera, circunstancia que aprovechó Mark para cogerme de improviso y volver a ensartarme.

- Yo creo que nuestros cuerpos están hechos a medida —bromeé, cuando, una vez los dos satisfechos, volvimos a tumbarnos en la cama.

— Yo creo que sí y ahora vamos a buscar también un desayuno a nuestra medida o voy a empezar a darte bocados a ti —me dio alguno que otro flojito y yo salí corriendo.

Lo mejor del caso es que, con los nervios por las cosquillas, no caí en la cuenta de que estaba desnuda y salí así del *bungalow*. Horrorizada, me miré y miré alrededor. Por suerte no había absolutamente nadie y volví a entrar como una bala.

— ¿Dónde ibas loquilla? Él se tronchaba de risa y yo con él.

El domingo transcurrió de lo más relajado y divertido. Conscientes de que al día siguiente teníamos que enfrentarnos al viaje y a nuestras obligaciones laborales, lo dedicamos a tomar el sol como lagartos, a darnos refrescantes chapuzones en la piscina, a bebernos alguna que otra copa, aunque controlando, y a disfrutar al máximo el uno de la compañía del otro.

Por la tarde, repetimos el mismo ritual de la anterior. Nos sentamos a ver el atardecer, en esta ocasión en la orilla del mar. Cuando vimos al sol despedirse, comprendimos que nuestra primera escapada juntos estaba llegando a su fin.

— ¿Lo has pasado bien estos días?

— ¿Bromeas? Han sido un sueño...

— No, lo mejor es que no han sido un sueño, han sido una bonita realidad que repetiremos cada dos por tres.

— ¡Qué bien suena! —me acurruqué en su pecho.

— Yo no he llegado a tu vida más que para sumar, Anaís. Mi principal objetivo es hacerte inmensamente feliz —me dio el más cariñoso de los besos.

Una vez se fue el sol, permanecemos todavía un rato más en la playa, entre caricias cómplices y confianzas. De la mano, nos marchamos hacia el chiringuito, donde disfrutamos de una cena amena con música de fondo.

Aquella última noche en Punta Cana renunciamos a ir a mover el esqueleto, al menos no en la pista, pues en la cama lo movimos y bien... Un rato después, nos echamos a dormir, o al menos a intentarlo. Aunque cansada, me podía la emoción. Mi vida había cambiado demasiado en muy poco tiempo y la felicidad y yo nos habíamos convertido en las mejores aliadas.

Capítulo 17

Vuelta a la realidad, un desayuno rápido en la cafetería del *resort* y nos llevaron al aeropuerto.

El vuelo me lo pasé resoplando agobiada por la vuelta y él se reía diciendo que tendríamos muchas escapadas más. Su respuesta me alegraba, al menos pensaba en planes conmigo.

Su chófer nos esperaba en la terminal y me llevó a mi casa directamente, tenía que cambiarme e irme a trabajar.

Me despedí de él. No nos veríamos por la noche, pues Mark tenía un compromiso laboral, me dijo que al día siguiente contactaría conmigo.

El programa de ese día se basó en nosotros, ya que un gracioso nos cogió una imagen en el aeropuerto de Punta Cana y la vendió al programa, así que eso era un hervidero de preguntas cotillas para sacar algo de información de lo que habíamos vivido durante nuestra escapada.

Esquivé todo como pude, con total simpatía, ya me estaba aprendiendo bien el papel, así que conseguí salir más o menos victoriosa de esa situación.

Por la tarde no tuve noticias de Mark y por la noche me costó mucho dormir ya que lo echaba mucho de menos.

El martes me levanté con un mensaje de buenos días de su parte, además de que a la noche nos veríamos, él y sus misterios.

Llegué al trabajo deseando que pasara rápido, la verdad es que tenía muchas ganas de verlo y abrazarlo. Era como una droga, estaba de lo más nerviosa porque llegara el momento y tener contacto con él.

La cara de Pedro antes de entrar al aire me daba una mala espina de esas de aquí te jodes.

Empezó el programa soltando Erika lo que para mí sí que era la bomba del año.

Varias imágenes de la noche anterior de Mark con una modelo con la que tuvo una relación, además los dos tomando una copa y él con su mano en su cintura, otra de un abrazo y una de un pico, sí, de un beso ¿Qué se suponía que debía hacer en esos momentos? Erika daba la noticia y yo la escuchaba como la que escucha algo que no va con ella, estaba como en shock.

—¿Tenías constancia de que estuvo anoche con Romina? —me preguntó Erika directamente.

—No debo tener constancia de todo lo que él hace, ya dije que no teníamos compromiso alguno, Mark puede hacer lo que quiera —sonreí intentando sonar creíble.

—Pero imagino que te habrá dolido...

—Ya te digo que no hay nada entre nosotros de forma formal, por lo tanto, no tiene por qué dolerme.

—¿Has conocido la historia ahora o la viste antes de venir?

—No veo relevancia en ella...

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Creo que no cambia nada que la haya conocido de antemano, tuviera constancia o me hubiera enterado aquí.

—Sigues evitándola, pero yo me pregunto ¿Volverá a ser ese momento del que hablaste la otra vez?

—Los momentos no deben repetirse obligatoriamente, cuando se toman otros caminos es porque se necesitan nuevas salidas, véase el ejemplo —señalé a la pantalla donde estaba la foto

de él y de Romina.

—Creo que hablas desde el dolor...

—Hablo de lo evidente, no puedo tapar el sol con un dedo y la noticia tampoco, está claro que estuvo ahí, con ella y porque le apeteció.

—¿Te duele que no seas tú la de la foto?

—Me duele el haber montado un circo ¿Comprendes por qué no quería decir que era yo de la que hablaba? He aquí la razón, tener que explicar lo mío y luego lo de otros, sabía que lo nuestro no era una historia de amor, era un momento —Esperaba que me estuviera escuchando Mark, pues ahora todas mis respuestas iban a ir en forma de bala hacia él. Sentía mucha rabia y me había llevado la mayor decepción de mi vida, había recibido un jarro de agua fría por su parte.

—Si esta noche te invitara a cenar ¿irías?

—Hoy tengo mejores planes que irme a cenar con él, no seré yo la mujer que lo haga importante.

—Eso quiere decir que estás cerrada a vivir otro momento con él.

—Eso quiere decir que me gustaría que entendierais por qué quise callar, yo no era una estúpida más que se iba a creer ser el amor de la vida de un Don Juan. De veras que no soy tan estúpida, así que él puede hacer con su vida lo que quiera y vosotros hablar de Mark, yo ya no tengo nada que ver con algo que pasó, se supo y que ya terminó.

—Pero vienes de un viaje con él a Punta Cana...

—Si, fuimos a despedirnos a lo grande, ya sabes cómo es Mark, un hombre que sorprende —solté con una ironía que se podía sentir por todos lados, la gente se reía.

—Lo mismo te está esperando en los pasillos...

—Claro, lo mismo quiere marcha —negué riendo y dando por sentado que no y menos si me estaba viendo —No, no tiene la poca vergüenza de estar anoche con una y hoy venir a buscar a otra. Es el soltero de oro, pero tiene algo de dignidad —solté con más ironía.

—Veo en tu tono dolor y reproche...

—Para nada, hasta luego Lucas, pasamos al siguiente capítulo —me encogí de hombros.

—¿Crees que dará declaraciones tras esto?

—Ah, pues ni idea, eso ya es cosa suya...

Pasé la tarde como pude, cuando salí mandé un mensaje a mis padres para indicarles que estaba bien y que al día siguiente hablábamos. Ni miré los demás mensajes, solo los suyos dándome su apoyo. Apagué el teléfono sin ver las llamadas, me quería evadir, no quería escuchar a nadie. Me había llevado la mayor puñalada traperera que jamás hubiera imaginado de esa forma y en ese momento.

Lloré como si me hubieran arrancado el corazón, como si mi alma hubiera sido desgarrada, me sentía vacía, perdida y llena de dolor.

No quería saber nada de él, ni escucharlo, no quería ni que respirara cerca de mí. Era un canalla y bien grande, de pocos escrúpulos, sin corazón, aquello no tenía pies ni cabeza, aquello nunca debió haber sucedido.

Llegué a casa tarde, me acosté del tirón, había dado muchas vueltas con el coche y no quería saber nada de nadie.

Me costó dormir, ya que no dejaba de llorar y sentía que mi mundo se venía abajo, como si se tratara de un desprendimiento que no merecía la pena frenar.

Por la mañana me desperté temprano y encendí el móvil. Tenía decenas de mensajes, tanto de mi familia, de Marlene, de compañeros y de Mark. Los de él no los pensaba leer.

Me preparé un café y contesté a los mensajes que iba viendo, de forma rápida y dejando entrever que no quería hablar, a todos menos a él, tenía claro que no lo leería.

Sonó el telefonillo a las once, vi por el videoportero que era él y no le abrí, no lo quería escuchar, no quería saber nada de esa persona.

Rompí a llorar, llamó un par de veces más, además de que me llamaba, pero lo bloqueé por todos lados.

Se iba a reír de otra tonta, de mí no más, era un cerdo y para mí había pasado todos los límites. Algo así no tenía ninguna justificación, así que no lo quería ver.

Salí a trabajar rezando por no encontrármelo, pero ahí estaba, en la puerta de mi coche.

—Mark no me toques las narices que no sabes de lo que soy capaz... —advertí pulsando el mando para que se abriera mi coche.

—Escúchame —me agarró del brazo.

—Suéltame —lo moví con fuerza para deshacerme de él.

—Déjame explicarte, por favor —imploró con tristeza.

—Vete a la mierda, Mark —me monté en el coche y salí de allí como alma que lleva el diablo. No quería saber nada de él y mucho menos escucharlo, no quería tenerlo cerca, me producía mucho asco.

Llegué a las instalaciones y todos me preguntaban, estaba borde ese día así que cortaba rápido, tenía un humor de perros.

Intentaron preguntarme de mil maneras, las mismas que dije que no iba a pronunciarme sobre nada, así que se aburrieron y pasaron a otro tema.

Salí y en la puerta de mi casa estaba él.

—Escúchame, Mark, te lo voy a decir solo una vez. No quiero que me expliques nada, no quiero que me molestes más y te juro que si sigues haciéndolo vas a conocer lo cabrona que puedo llegar a ser.

Entré sin darle opción a hablar. Más tarde me dediqué a hablar con las chicas y con toda mi familia, les dejé bien claro que no quería hablar de él y que me importaba una mierda lo que hiciera, que me había llevado una decepción, pero que no se acababa el mundo. Quise parecer contundente, aunque por dentro me moría de la pena.

Pasé la tarde sola, no quería estar con nadie, no quería saber nada de la vida...

Fue un poco triste cómo me sentía y además sola, pero quería estarlo, necesitaba digerir que una vez más había sido gilipollas, que me había creído que el amor podía aparecer en forma de Don Juan, como que no conocía su currículum ¡Para rematarme!

La noche fue más dolorosa que la anterior, pasaban las horas y no dejaba de llorar, de sentir que el pecho me oprimía, aquello me estaba sobrepasando.

A la semana siguiente me cogería vacaciones, estaba claro, tenía dos semanas para usar cuando quisiera y había llegado el momento.

El miércoles pasó sin sobresaltos, no vi a Mark cosa que agradecí al universo. En el plató sentía que todo estaba mejor y que respetaban ese momento que estaba pasando.

Por la noche cené con mi madre y su pareja, ellos se lo habían pasado en grande en el Caribe, en breve se volvían a marchar.

Me animaron todo lo que pudieron, pero no me hablaban del tema, habían entendido que no debían hacerlo, ya que se lo pedí a todos encarecidamente.

El jueves solicité las dos semanas y me las concedieron, cosa que agradecí enormemente. Esa tarde me tocaba lidiar con el último programa hasta dieciocho días después, así que le eché valor,

ganas y terminé una jornada laboral de la que me desconectaría por un tiempo.

Al salir fui a cenar a casa de mi padre, solo estaba Judith, ya que él estaba volando, pero me venía bien charlar con una mujer que me daba grandes consejos, me hablaba con calma y se ponía mucho en mi lugar.

Estuve con ella hasta altas horas de la madrugada, el tiempo se me pasó volando, me sentí un poco comprendida, aunque la penitencia iba por dentro y nadie imaginaba hasta dónde llegaba.

De camino a mi casa fui pensando que tenía que planificar algo, mantenerme entretenida cada día de mis vacaciones e inclusive pensaba que podía hacer algún viaje para desconectar, sola, a uno de los hoteles de John. Tenía tiempo para todo y el caso era aprovecharlo cada día.

Y me acosté convencida de ello, proponiéndome intentar alejar el dolor, pensar en positivo y resurgir de mis cenizas, era algo obligatorio así que cuanto antes comenzara mejor...

Capítulo 18

Me levanté con la sensación extraordinaria de no tener prisa por nada, de no tener que ver las noticias, de muchas cosas que me devolverían la paz que necesitaba en esos momentos tan dolorosos.

Desayuné relajadamente en la terraza, tenía ganas de sentir la brisa de la mañana, de respirar ese aire más allá del ahogo de estar sola entre esas cuatro paredes, además el sol comenzaba a brillar con intensidad.

Mi amiga Marlene me llamó y quedé con ella para tomar algo.

—No entiendo nada, te lo juro —dijo abrazándome al verme.

—Pues anda que yo... —Nos sentamos en aquella terraza.

—¿Qué te dijo?

—Nada, no le dejé hablar, las imágenes lo hacen por sí solas y no necesito que me justifique lo injustificable.

—Yo hablé poco con Albert, está de viajes de negocios y llega esta noche, que hemos quedado para cenar.

—Bueno, Mark le habrá contado lo que le haya dado la gana, así que de verdad te lo digo, no quiero escuchar ninguna razón. El problema es mío por meterme en la boca del lobo sabiendo cómo terminaría todo.

—Joder, pues yo lo veía bien contigo.

—Yo también, pero lo mismo que está bien conmigo lo puede estar con cuarenta a la vez. Siento mucha decepción —se me saltaron las lágrimas y comencé a secarlas con mis dedos mientras Marlene acariciaba mi rodilla.

—Te entiendo, joder, te vi tan ilusionada.

—Ilusa, soy una ilusa —negué con rabia.

—¿Y qué piensas hacer?

—Pues para empezar tengo dieciocho días libres por delante, ya que me pillé dos semanas, más el fin de semana este que estoy libre, así que estoy planteándome irme de vacaciones unos días a uno de los hoteles de John.

—¡Me voy contigo!

—¿En serio? —solté una carcajada.

—Te lo juro, tengo ganas de pirarme unos días, este fin de semana dejo algunos casos preparados y los subo esos días y ya.

—¿Y dónde te apetece ir?

—Pues a cualquier lado con playa, sol y alcohol. Y si hay unos buenos maromos, mejor que mejor.

—Tenemos Miami...

—No, ahí no está el cachondeo del Caribe, ahí están los tontos de turno llenos de aceite en el cuerpo exhibiéndose al sol.

—Cuba, Jamaica, México, menos República que estuve con él y no quiero que me recuerde demasiado, lo que quieras.

—¿Y si nos vamos a Bali?

—Joder, Asia es para irnos por lo menos doce días, un viaje tan largo no lo vamos a hacer para una semana.

—¿Tiene John hoteles allí?

—Sí, en Asia tiene en unas islas de Tailandia y en Bali.

—¡Tailandia! Vamos a Tailandia.

—Por mí sin problemas ¿Miro para el lunes?

—Sí, me da tiempo a organizarme con el trabajo y a despedirme de mis chicos este fin de semana —me hizo un guiño.

—Estás como una cabra...

—¿A qué isla nos vamos a ir?

—*Koh Samui*, estuve mirando una revista de su cadena y no veas el hotel que tienen ahí, además es la segunda isla más grande de Tailandia.

—Me muero, me muero ¡Vámonos!

Saqué el móvil y me puse a mirar los vuelos.

—Mira este para el lunes, con escala y llegamos al día siguiente a las tres de la tarde.

—Joder qué de horas en vuelos.

—No hay directos —reí.

—Me da igual, de que nos vamos, nos vamos.

Y allí mismo los reservamos. Llamé a John para decirle que llegábamos el martes a *Koh Samui* y me dijo que no me preocupara por nada, que hablaba con el hotel para que nos prepararan todo.

Nos despedimos, ya que ella tenía que ponerse a tope para grabar más de lo normal y dejar material listo para subirlo ciertos días, nos veríamos el lunes.

Me fui a una tienda de ropa de playa muy exclusiva. Vendía los mejores bañadores, pareos y kaftanes para estar de lo más cómoda y elegante en una playa paradisíaca.

Me compré dos vestidos cortos de corte árabe, súper bonitos para las noches, uno en blanco con los bordados en marrones y beige, otro en negro con los bordados en dorados, además de tres blusas tipo kaftán, de lo más monas para el día.

Por supuesto que luego me lie con la lencería y los bikinis, iba a llevar para estrenar de todo, eran mis vacaciones y las quería vivir con ilusión a pesar del dolor causado por la decepción que sentía.

Almorcé en casa de mi madre para despedirme de ella, luego pasé a tomar un café por casa de mi padre, que ya estaba de vuelta.

Todos estaban muy emocionados con mi viaje, sabían que me hacía falta y que no podía ser mejor momento, además más contentos los ponía el hecho de que fuera con Marlene, eso los tranquilizaba.

Por la noche llegué a mi casa cargada de bolsas, de sueños y aunque con un dolor indescriptible estaba con una actitud muy buena, me intentaba animar a mí misma.

Al abrir la puerta me encontré un sobre en el suelo, me temí lo peor.

Lo cogí, dejé todo sobre la mesa de la cocina y lo abrí.

“Sé que no quieres hablar conmigo, sé que las imágenes lo hacen por sí solas, solo quiero que sepas que mañana a las diez de la mañana te espero en el Café París, solo espero que me escuches cinco minutos y que al menos tengamos una despedida digna. Lo necesitamos.

Te adoro siempre.”

Una despedida digna ¿Pero este me hablaba a mí de dignidad? ¡Que lo follaran! Iba a ir mi prima la del pueblo, pero yo no. ¿No hablaban las imágenes por sí solas? ¡Pues bien! No había más que escuchar.

Me acosté ese día con rabia ¿Cómo se atrevía? Además, a despedirse dignamente, eso era para darse dos chocazos y quedarse en otra dimensión, me parecía de lo más patético.

Por la mañana miré el móvil y joder, vaya si había dormido, las diez y media...

Media hora que Mark debió esperar. pues si se pensaba que yo iba a ir es que no me conocía. Demasiado que fui a su fiesta e hice el ridículo, ni una más, así que, a otra cosa, con él no quería ni un cruce de miradas.

El fin de semana pasó lento, salía de compras, a comer algo de comida basura... Vi películas, pero nada de contacto con los programas del corazón, no quería saber nada de lo que se hablaba sobre Mark y por ende sobre mí.

El lunes por fin llegó el día, mi amiga me recogió con un taxi que nos llevó al aeropuerto, donde embarcamos en un primer vuelo que nos llevaría a una de las islas más paradisíacas del mundo, *Koh Samui*.

El viaje fue largo de narices, no sabíamos ni cómo ponernos, nos leímos en el primer vuelo el libro que llevábamos, así que aquello fue un suplicio. Suerte que después de hacer escala y montarnos en el segundo avión, por fin conseguimos pasar todas las horas durmiendo hasta el destino.

Capítulo 19

Y ahí estábamos, en esa isla, todo con un color salvajemente espectacular, aquello era pura naturaleza en un paraje marino increíble. Por fin estábamos en pleno paraíso tailandés.

Pasamos el control de inmigración donde nos atendió un chico de lo más simpático. Hablaba un inglés perfecto y nos deseó una feliz estancia, a la vez que nos entregaba los pasaportes con el sello que nos autorizaba a la entrada al país.

Un coche del hotel de John nos esperaba en la terminal y nos llevó al *resort*, eran las tres de la tarde.

Aquella isla tenía algo mágico, algo especial, era una maravilla y el *resort*...

—Madre mía, ¡esto es lo nunca visto! —dijo boquiabierta mi amiga, mirando desde la recepción a todo lo que daba nuestra vista hasta la playa privada del hotel.

Las piscinas eran como balnearios y en bajada hasta la arena de la playa. Estábamos como a una cierta altura, pero el *resort* iba formando un dibujo para perderse en él.

Bares, chiringuitos, zona de baile, camas de estilo balinés, tumbonas acolchadas en blanca, equipo de animación... Aquello era lo más exótico y completo del mundo. Un entorno elegante, cuidado al extremo, lleno de detalles...La cadena de John era de las mejores en lo que a confort se refiere.

En cierto modo me recordó a Punta Cana con Mark y no puede evitar sentirme triste mientras observaba lo que me rodeaba con esa copa de bienvenida.

Nos acompañaron a nuestra habitación, una cucada y una auténtica preciosidad. Se trataba de una cabaña de madera a la que no le faltaba detalle, inclusive cafetera de cápsulas y monodosis de leche, lo teníamos todo, por no hablar de la variedad de bebidas y frutas que nos habían dejado en la habitación.

En el que nos encontrábamos no era un sistema de todo incluido, al menos no para los huéspedes, para nosotras sí, disfrutábamos de un sinfín de cosas que corrían de la mano de John ¿Se podía tener más suerte?

La cabaña era de lujo, pero daba la sensación de estar como en otro mundo. Me estoy refiriendo a un ambiente silvestre, pero a la vez plagado de detalles de primera calidad.

Aquellas piscinas frente al mar me habían encantado, dos tenían bar acuático, una especie de *jacuzzis* gigantes rodeados de piedras y palmeras, exotismo en estado puro, un ambiente alejado del resto del mundo.

Y el mar frente a nosotras en todo momento, como un plato en calma, aguas cristalinas con fina arena blanca donde había incontables palmeras e incluso dentro del agua encontrabas hamacas colgantes. Invitaba a quedarse allí un año sabático.

Nos cambiamos y nos fuimos a sentarnos en el bar de madera de la playa, era precioso, con palmeras en las esquinas delanteras. Las sillas consistían en columpios colgantes alrededor de toda la barra, con bandejas de frutas y música de lo más animada.

Nos pedimos unos cócteles y nos sentamos en los columpios de la barra, por supuesto nos tiramos un *selfie* y lo subí a mis redes. Vaya pedazo de foto, se nos veía en los columpios, con el cóctel en la mano y detrás las palmeras, las tumbonas balinesas y ese mar en calma con las barcas llenas de lazos de colores delante.

—Me estoy acordando del yate —dijo negando y sonriendo.

—Joder, te juro que yo estaba acordándome también.

—Qué buen fin de semana pasamos.

—La verdad es que sí, además es lo que siempre decía yo, me suelo quedar con lo bueno, a pesar de sentir decepción no pretendo borrar lo bueno que pasé junto a él y también Punta Cana...

—La cuestión es que nadie entiende cómo hizo eso de decirte que tenía una reunión laboral si sabía que lo podían pillar de lleno.

—Bueno, tonto se ve que es, con lo listo que parecía, pero mejor, ya me quité la venda que nunca llegué a tener bien puesta, me esperaba cualquier cosa en este sentido.

—Sé que estás sufriendo, te conozco, pero te entiendo perfectamente.

—Lo sé —sonreí con tristeza mirando al camarero que estaba preparando un cóctel de manera impresionante.

—Albert habló con Mark cuando regresó...

—No quiero saber nada —se me cayó la primera lágrima de ese día.

—No quiero verte así, solo quiero decirte que te entiendo, que estoy contigo, pero que quizás os debéis una conversación.

—No me debió exponer ante el mundo para después ridiculizarme ¿Qué conversación crees que podamos tener fuera de los reproches?

—Te doy la razón, te lo estoy diciendo, pero quizás necesites saber el porqué de las cosas.

—Porque ella vino desde Miami a una fiesta organizada por una marca y a él se le hicieron los huevos flan...

—Bueno, yo como amiga que sabes que por ti mato, te diría que en tu lugar y sabiendo lo poco que sé, le aceptaba esa conversación y al menos cerraría el capítulo entendiendo muchas cosas.

—Dime una cosa —resoplé —No quiero que me cuentes nada de lo que hablaron.

—No fue mucho, le explicó algo por encima.

—Vale, no quiero saber, pero sí quiero que me digas, poniéndote en mi lugar, si tú crees que lo que hizo tiene justificación...

—No, por supuesto, yo lo hubiera hecho de otra manera.

—Eso es, me humilló públicamente, me mintió pudiéndome decir la verdad, ya que no había nada formal entre nosotros, pero lo hizo de forma que cualquier cosa que me explique no va a justificar el daño que me ocasionó de forma gratuita.

—Pero te digo que, aunque no lo justifico, yo sí lo escucharía. A veces es mejor saber la verdad, aunque duela, pero que duela por lo que es, no por lo que imaginamos.

—Creo que no me entiendes...

—Sí te entiendo, pero me gustaría que tú también a mí.

—Joder, te digo que me parece bien, que por ti lo escucharías, pero que a mí no me valen las razones, me valen los actos. No miró por mí en ningún momento, que tuviera un calentón con otra no lo admito, hasta lo puedo comprender, la tía es una belleza, pero lo que no perdono es la humillación. Así actuó conmigo, no vino de frente a decirme la verdad y permitió que pasara el mal trago, después de lo que había ocurrido entre nosotros.

—Ya, pero que yo lo escucharía.

—Y dale, no te parto la copa en la cabeza porque encima te me quedas peor, y que sí, que tú lo escucharías, pero yo no quiero ni verlo. Te juro que es pensar en tenerlo delante y le partiría en la cabeza lo primero que tuviera a mi alcance. Se esfumó todo lo bueno que veía en él.

—Pues yo lo escucharía —repitió encogiéndose de hombros.

—Pues yo paso de ti —puse la copa en lo alto de la barra, me bajé del columpio y me adentré en el mar.

El agua estaba a una temperatura perfecta. Podía ver las uñas de mis pies pintadas en rosa chicle a través de sus transparentes aguas. Me encantaba ese lugar, frente a mí el hotel y el interior salvaje de la isla; a mi espalda un mar en calma infinito, lleno de barcas preciosas de madera con sus lazos, además de imponentes piedras gigantes saliendo del mar a lo lejos.

Marlene se vino hacia la orilla y comenzó a sacarme fotos cuando estaba con el agua a la altura de mis caderas. La miré negando, era tremenda, además se puso a hacer la payasa en plan fotógrafa y no me quedó otra que hacer algunas poses.

Aquel día estábamos agotadísimas, lo pasamos revoleadas en las tumbonas y en las hamacas que había colgadas en el agua sobre unos palos de madera. Habíamos ido a parar al paraíso, aunque me moría de la pena que estaba viviendo en ese momento.

No podíamos con nuestro cuerpo, así que cenamos y no quisimos ir de fiesta a la playa ni por los jardines. Nos acostamos del tirón, el día siguiente ya lo afrontaríamos con más fuerza.

Desperté aquel miércoles muy temprano, apenas eran las siete de la mañana. Me preparé un café y salí a ver ese precioso día que nos regaló un amanecer con unos tonos impresionantes. El sol brillaba iluminándose en el agua.

Mi amiga se levantó un poco después y salió con dos tazas, así que ya iba a por el segundo café que me devolvería a la vida.

—Hoy va a ser un gran día —dijo sentándose a mi lado en el escalón de la cabaña.

—El simple hecho de tener esto ante nosotros ya lo hace...

—Hoy voy a follar.

—Joder, te has levantado con fuerzas. ¿También te va lo asiático?

—Me va todo, hija —negó, encendiéndose un cigarrillo y le cogió uno de paso.

—Pues yo paso de hombres, aunque un polvo de vez en cuando no hace daño y creo que es mejor disfrutar un rato del chorizo, que cargar con el cerdo entero.

—Buena filosofía, verás que tú también follas hoy.

—¿Quieres hablar bien? —solté el aire volteando los ojos.

—Bueno, esta noche encontraremos un caballero que nos la meta hasta la campanilla de la garganta y se nos pongan los ojos en forma de corazón ¿Mejor así o lo intento de nuevo?

—¡Déjalo! —resoplé — Tírate si quieres al rey de la tribu perdida, pero ya, que es muy temprano y necesito ser persona, no una esquizofrénica.

—Qué mal despertar, Anais —me miró con cara de asco y la ignoré.

—Vamos a desayunar a la terraza del puente colgante —dije refiriéndome a una parte del hotel donde había un puente de ese tipo para ver desde la parte superior.

—Sí, vamos, a ver si te comes algo y te cambia el humor ese de perros.

—Y dale —entré a cambiarme y a coger el neceser con mis cosas.

Llegamos a esa terraza donde sonaba música instrumental de lo más relajada.

Nos pusieron directamente sin preguntar zumo, café y té, además de un plato a cada una con pastas dulces, pan, mermeladas, mantequilla y un *croissant*.

—Pues no entiendo cómo pueden estar todos delgados con estos desayunos.

—Esto es un desayuno de turista, no de la población —negué.

Nos trajeron una carta por si además queríamos huevos, beicon y un montón de cosas más, pero dijimos que no, con esas bandejas ya teníamos más que suficiente.

—Hay un montón de cosas para hacer en esta isla y en otras a las que podemos ir, deberíamos

organizar algo —dije, mirando al mar.

—Sí, ya mañana miramos qué hacemos, hay más días que ollas, pero hoy vamos a relajarnos, a disfrutar del primer día entero aquí, que no nos falta de nada y a partir de mañana vamos improvisando, además tenemos que perdernos por la isla.

—Sí, algún día alquilamos una moto.

—Joder, muy buena idea.

—Quiero ver la ciudad, no sé aquí hay mucho por hacer y no quiero pasarlo metida en este lugar que es para vivirlo, pero sin renunciar a conocer cada rincón de la isla.

—Tendremos tiempo para todo, hasta para follar.

—Y dale, vaya mañanita me estás dando, debes tener un calentón encima impresionante —negué.

—Te voy a decir una cosa, de que follo, follo y no se hable más.

—Pues muy bien, así eches uno por día, pero no hace falta que seas tan repetitiva.

Desayunamos a media bronca y nos fuimos hacia una de las piscinas que tenían cascada y bar. Nos sentamos en los taburetes de la barra con el agua hasta nuestra cintura.

—Dos que lleven mucho alcohol —dijo Marlene al simpático camarero.

—¿Dos qué? —sonreía.

—Dos de lo que sea, que mi amiga necesita mucho alcohol.

—Ah no, a mí no me metas, a mí me pones una cerveza bien fría y un chupito de tequila —solté causando una carcajada en el camarero.

—Pues que sean dos de esos —dijo Marlene, sonriente.

—Cuatro —añadió una voz masculina detrás de nosotros —cuatro, por favor.

Marlene se giró y comenzó a chillar emocionada. Yo no quería ni mirar hacia atrás, me giré un poco y la vi abrazada a Albert. Me giré hacia el otro lado y ahí estaba Mark, apoyado sobre la barra mirándome, con un sombrero de lo más bonito y una camisa de lino blanca abierta, sobre un bañador celeste, era pijo a reventar...

No me lo podía creer, aunque en el fondo algo me decía que mi amiga iba a tener la boca muy grande, no imaginaba que me la fueran a liar hasta este punto. Y lo peor de todo, que ella era conocedora de su visita, por eso lo de que si fuera yo hablaría con él y que iba a follar, ahora me cuadraba todo.

Me quedé mirando hacia la copa que estaba sobre la mesa. Mis ojos se cruzaron con los suyos unos segundos y aparté la mirada. Vi en él la tristeza y la vergüenza, pero no se merecía menos, sería muy retorcido si encima estuviera riéndose de mi humillación pública.

Pensé que la podía liar, pero no me merecía la pena. Ya mataría a mi amiga, pero no iba a montar ni un escándalo, no iba a demostrarle nada que no se mereciera.

—Anais —murmuró para captar mi atención.

—Mark... —no quité la mirada hacia la copa.

—No vengo a joder tus vacaciones —su tono pausado, bajo —pero sí a intentar una vez más poderte ver y que tengamos, si es posible, una conversación.

—De verdad Mark, no quiero parecer grosera, resentida u odiosa, pero me gustaría que entendieras que una explicación tuya para intentar justificarte por lo de Romina, causaría más asco en mí. Me da igual por lo que te besaste con ella, me da igual que te la tiraras, me da igual todo. Careces de justificación para humillarme de esa manera y aun teniendo tiempo de sobra no fuiste capaz de contármelo para que no me lo comiera de golpe en el plató. Eres un canalla, eres muy malo —dije sin alterarme, mirándolo a los ojos con el corazón y soltando todo aquello que sentía.

—Me gustaría intentarlo...

—¿Intentar qué?

—Explicarme, no justificarme, no pretendo eso. Sé que no tengo justificación, pero tú mereces una explicación digna...

—Y dale con lo digno —me bebí de un trago el tequila y le pedí al camarero que me pusiera otro.

Albert puso su mano en mi espalda y me giré a saludarlo, le di dos besos.

—Pensé que me darías una piña.

—Bueno, merecida te la tendrías, pero no soy tan bruja.

—Eres una buena chica —chocó su cerveza con la mía y se puso a mi otro lado.

—No tanto como crees —le hice un guiño.

—Anais... —dijo mi amiga que estaba al otro lado de Albert.

—Tú te callas, que ya hablaremos —le advertí riendo. A esas alturas me reía por no llorar, no podía ser más surrealista la ocasión.

—A mí no me digas nada, que todo lo liarón estos dos y encima casi me amenazaron.

—Pues para amenazarte no veas el recibimiento que les has hecho.

—Normal, me tienen cagada —se encogió de hombros.

—Sí, ya —negué con la cabeza.

—Que yo me voy a la playa —dijo asomando la cabeza y marchándose de la piscina mientras la seguía Albert.

A mi lado quedó Mark. Yo me debatía entre liarla muy gorda e irme a la cabaña, tomarlo por un loco más que estaba ahí o hacer el papel de mi vida, seguirle el rollo en todo y reírme de él toda la estancia, poniéndolo a punto de caramelo y matándolo a zascas.

Realmente tenía ganas de llorar, de girarme y gritarle ¿Qué cojones hiciste y con qué derecho te creías? Pero no, eso no lo iba a hacer. A mí me habían educado de otra manera, aunque en ese momento me importaban una mierda la educación, los valores y la pinga de su padre.

—Anais...

—¿Disfrutaste viendo cómo se iban a reír de mí? —pregunté con ironía y sonriendo.

—Sabía que te iban a echar un capote tanto después de la fiesta como después de lo sucedido.

—Son mis compañeros...

—Todo tiene un precio.

—¿De qué cojones estás hablando?

—Yo cerré un acuerdo con el programa tanto para después de mi cumpleaños, como cuando me enteré de que saldría la noticia. Negocié con ellos que tus compañeros te apoyaran y yo concedería el mes siguiente una entrevista el día de máxima audiencia.

—¿Tú eres gilipollas?

—Claro, debo serlo, pero te quería proteger.

—Si ya veo, dando el titular y luego yendo de machito a proteger a la tonta de turno que se va a comer el pastel mientras todo el país habla de ella.

—Lo explicaré todo en esa entrevista, el mundo entenderá lo sucedido, además de que quedarás en muy buen lugar.

—No te curres mi buen lugar y recuerda que fuiste tú el que me pusiste en el malo, no quieras dar la puñalada y luego curarla, no me seas cobarde.

—Pero todo tiene una explicación y te la quiero dar.

—Y yo no la quiero escuchar ¿Tan difícil es de entender? —Yo hablaba sonriente y relajada,

no quería alterarme. Sabía que el camarero nos estaba escuchando y debía estar alucinando.

Eso de que había negociado para que el director diera la orden de tratarme con delicadeza y mostrándome su apoyo era algo que realmente me había impactado y no me había imaginado, pero ahora entendía muchas cosas de mis compañeros, de los que pensé que se quedaron con ganas de darme más duro.

Pero eso no lo beatificaba, no se podía pisar una flor y luego intentar que luciera, ya esa brecha quedaría para siempre por mucho que se reconstruyera algo nuevo.

—Ese día no te mentí, iba a un tema laboral.

—¿Ahora eres prostituto?

—No —sonrió con tristeza—. Pero tiene una explicación y es que...

—No me interesa, ya te lo he dicho.

—No me seas injusta.

—¡Ole tus huevos! Yo injusta, para darse dos chocazos.

—No generalices, digo en este momento, no me dejas aclarar nada y yo no lo haría jamás a chillidos. En mi vida le levanté la voz a nadie y menos lo haría contigo.

—Yo no estoy chillando.

—Pero no me dejas hablar, te pones nerviosa, aunque no lo veas.

—Mark de verdad ¿En serio? Deja ya ese control que quieres aparentar que yo paso ya de tus películas.

—¿Cuál de ellas? ¿La que se inventan los medios? ¿La que crees tú? ¿La realidad que se desconoce?

—La de que me estás tocando los ovarios y no quiero explotar —mi sonrisa irónica era de lo más amplia.

—¿Podemos hablar como dos personas civilizadas, por favor?

—Civilizada dice —negué riendo— Dignidad, civilización...

—Anais, en serio, ¿Podemos hablar normal, aunque no sea de ese tema?

—¿Ahora quieres ser mi amigo guay?

—Quiero que nos comportemos como dos personas normales, que podamos hablar sin rencor, con empatía...

—No siento rencor, siento desprecio.

—Ese es un sentimiento muy feo...

—No lo sabes bien, Mark, no lo sabes bien.

En ese momento me sentía tonta, realmente tenía ganas de llorar y abrazarlo, además de gritarle que por qué me había hecho eso. Así de contradictoria era mi cabeza, pero tenía claro que por mucho que quisiera mentirme a mí misma, a ese hombre yo lo amaba.

Miraba a lo lejos a mi amiga en la playa bañándose con Albert de lo más acaramelados, sentía rabia de que Mark lo hubiera destrozado todo de aquella manera. Vale que no teníamos nada, pero podía haberme respetado como mujer, solo pedía eso.

Y ahora lo tenía a mi lado, no me lo podía creer, era una mezcla de rabia y de alegría a la vez, esa era la puñetera realidad.

—Me gustaría invitarte a comer a un lugar que he descubierto en una guía de la isla que me leí durante los vuelos. Es un espectáculo para todos los sentidos, me gustaría que lo tomaras como el intento de llevarnos bien en estos días que nos esperan y en los que soy consciente de mi calidad de intruso, pero no puedo hacerlo de otra manera —en el fondo daban ganas de darle dos collejas y abrazarlo ¿Cómo se podía ser tan correcto dentro de su extraño comportamiento?

—¿Vas a pagar tú?

—Claro.

—Entonces me apunto —Una bombilla se me encendió en mi cabeza, en el fondo me sentía bien con él a pesar de lo que me había hecho. Así que si él había jugado, yo lo haría también, no iba a titubear en disfrutar de otros momentos a su lado. Eso sí, no me iba a meter ni la ropa en la maleta, eso lo tenía claro.

—Yo llevo en la riñonera todo, si estás lista... —extendió su mano.

Salimos de la piscina y cogí de la tumbona mi toalla y vestido. Salimos hacia la gran recepción del hotel donde alquilaban coches y motos.

Nos alejamos de allí en una moto que conducía él. El día prometía y me encantaban ese tipo de aventuras, aunque estuviera en un momento tan amargo, pero estaba tras él, dejándome llevar a lo que podía ser un maravilloso plan.

Nos metimos en una carretera por el interior de la isla, terminamos a un lado de ella donde había una preciosa playa con un restaurante en plan *reggae*, con unas mesas espectaculares dentro del agua y bajo un techo de paja. Algo así no lo había visto en mi vida, esas mesas en la orilla eran de lo más alucinante.

Al lado de la mesa había una especie de sofás de plástico por si querías tomar algo también sobre el mar. Era para no creérselo, no podía dejar de tomar fotos.

Me encendí un cigarrillo cuando nos sentamos. Nos trajeron una botella de vino blanco de la tierra, tenía un delicioso sabor y era espumoso. Me encantó, sabía que se convertiría en mi vino preferido durante mi estancia en la isla.

Pidió una mariscada, además de un pescado gigante frito.

—Con esto has conseguido que ya al menos te hable, eso sí, el temita ni me lo nombres —advertí.

—Algo es algo —levantó su copa y brindamos.

—¿Cómo se te ocurrió venir?

—Me enteré por Albert que veníais de vacaciones y puse todo en marcha.

—Pues sí que tienes tiempo libre.

—Esto es más importante que el trabajo.

—¿Vacaciones?

—No, estar contigo, necesitaba verte, hablarte, no estoy bien.

—Pues únete al club —dije con ironía.

—Siento mucho haber hecho las cosas tan mal...

—No es momento —le advertí con el dedo.

—Lo siento.

—Y bueno ¿hasta cuándo os quedáis?

—Volvemos en vuestro mismo vuelo, nos dio los datos Marlene.

—Muy graciosa ella —dije con sarcasmo.

Comenzamos a charlar sobre la isla y las cosas que se podían hacer. Yo me quería montar en elefante al menos para sacarme la foto, además de que quería ir a ver la imagen de un Buda muy importante que había en la isla.

Una de las cosas que más me dolía era ver que cuando estábamos juntos su mirada se iluminaba, además de que si había venido hasta allí y de esa manera precipitada era porque realmente le gustaba de alguna manera ¿Pero por qué luego no era capaz de no hacer daño?

Intenté apartar todo de la cabeza, disfrutar de él y del momento. Ya más tarde lo mandarí a

tomar por culo, pero ahora estábamos allí y yo, aunque fuera una idiota, volvía ser feliz de alguna manera, pese a que no quisiera volver a caer en sus brazos.

Pasamos la tarde en ese lugar tomando copas, bañándonos, en esos sofás acuáticos y hamacas de hilo colgante. Vaya gozada, no nos fuimos hasta ver el atardecer caer en ese impresionante lugar.

Ya iba menguando la tensión, aunque cuando me venía lo sucedido a la cabeza me daban ganas de matarlo, pero luego me recordaba que debía disfrutar del momento y se me pasaba.

De allí nos fuimos al centro de la ciudad. Vimos un montón de turistas y lugareños por las calles, llenas de motos, de coches y de puestos callejeros preparando un montón de comidas.

Probamos de todo mientras paseábamos, hasta insectos fritos, eso sí, llevaban sal y especias, que enmascaraban mucho el sabor real.

Mark estaba como siempre de atento, correcto y predispuesto. Si es que era lo peor, ver que era todo un bipolar que luego las liaba a lo grande, como todo lo que hacía en su vida.

Nos quedamos un rato disfrutando de esas calles, paseando mientras observábamos el ambiente, tan diferente a lo nuestro y tan igual a la vez, era un choque bastante grande.

Volvimos al hotel y me acompañó hasta la cabaña, mi amiga había dejado un cartel en lo alto de la mesa de la terraza por donde se accedía diciendo que se había ido de luna de miel a otra cabaña, nos tuvimos que echar a reír.

—Si no quieres dormir sola puedes venir a mi cabaña.

—Ah no, tranquilo, no sabes lo bien que me viene haberla pedido de vista —reí —mañana será otro día.

—Hasta mañana —se marchó sonriente.

Estaba jodida, me acosté sonriendo a la vez que se me caían las lágrimas. No me entendía ni yo, aquello había sido algo inesperado, pero con esos toques de rabia y felicidad mezclándose, formando un sentimiento agridulce.

Capítulo 20

Lo primero que hice al despertar fue mirar la hora y abrí las cortinas con el mando, estaba comenzando a amanecer.

Me preparé un café de la máquina y salí al aire libre, mis ojos agradecían ver aquello.

—Buenos días —escuché ese murmullo y supe que era él.

—Buenos días ¿Me estabas espiando?

—No, bueno sí, estaba pendiente, ya que me levanté hace un rato, ya me tomé también un café.

—Espera que te preparo uno.

—No, quédate ahí, ya me lo hago yo ¿Puedo? —señaló hacia el interior de mi cabaña.

—Claro —entró a preparárselo y no tardó en salir.

Se sentó a mi lado y me ofreció un cigarrillo. Lo acepté.

—Es una maravilla de amanecer —decía mirando al horizonte como yo.

—Es una maravilla, lo es...

—¿Qué tal dormiste?

—Como un bebé, no sabes lo bien que lo hice, no me desperté en toda la noche...

—Vaya, me alegro. Ayer me encontré a los chicos al lado de mi cabaña, dicen que hoy tienen sus propios planes.

—Pues tendremos que buscarnos los nuestros, no sé, digo yo —sonreí.

—Tengo pensado algo para hacer el día muy entretenido y emocionante, creo que te gustará.

—Me apunto... ¿Pagas tú?

—Claro —rio.

—Pues no hay nada más que hablar.

—¿Desayunamos aquí?

—Claro, en el bar terraza en que lo hice ayer con Marlene, ponen un desayuno muy bueno.

—¿Vamos?

—Déjame unos minutos para cambiarme y coger las cosas para esa aventura —sonreí en plan payasa.

—Voy mientras a mi cabaña a preparar la mochila, es aquella, la tercera, nos vemos en la puerta.

—Dale.

Estaba eufórica, sí, encima es que era tonta del culo y sin remedio, pero me apetecía mucho pasar el día con él, era para matarme, pero ¿Qué podía hacer ante unos sentimientos que me arrastraban a querer disfrutar de esos días a su lado?

Preparé todo, me puse un precioso vestido tipo camisa de botones, abierto por el escote y con el hombro caído, me gustaba mucho ese modelo. Debajo un bañador color chocolate y con unas letras brillantes en grande con la palabra "Sexy".

Mi neceser con mis cosas, una bolsa con la toalla y lista, me dirigí a la puerta de la cabaña de Mark que salió al momento.

Desayunamos plácidamente y luego nos fuimos a alquilar esa vez un coche pequeño y descapotable.

Nos adentramos en el interior de la isla y llegamos a una reserva natural donde había elefantes.

Nos montamos y dimos una vuelta a lomos de ellos. Resultaba impactante verte tan alta, iba cagada mirando a Mark que no dejaba de plasmar el momento con fotos, no sé cuántas disparó, pero un mogollón seguro.

Iba descompuesta, el chico que llevaba el elefante se giraba y me sonreía, yo quería que acabara ese momento, ya había experimentado cómo era montarme en paquidermo y me quería bajar, había tenido bastante.

Nos bajamos y luego hicimos un recorrido por todo lo que había allí, hasta una familia autóctona enseñando su modo de vida, era muy bonito poder verlo de primera mano.

Mark no dejaba de hacer fotos, siempre con esa sonrisa permanente en su cara, si no fuera tan capullo...

De allí nos fuimos a comer a una parte de la isla que era de lo más hippy, con la mayor concentración de hoteles baratos y de mucho turismo joven.

Fue increíble pagó cinco dólares por comer con dos cervezas, se notaba que era la parte más barata de la isla, aunque Tailandia en general lo era.

Llegamos a una playa muy animada, llena de chiringuitos, zonas de hamacas y una música que tenía el lugar hasta la bandera de gente.

Nos sentamos sobre dos hamacas y pedimos dos cervezas bien frías, además de dos chupitos de tequila.

Nos dimos un baño y nos sentamos a tomarla fresquitos.

—Te queda muy sexy ese bañador —nombró la palabra que llevaba en él.

—Sí, muy sexy —reí mirando hacia abajo el letrero brillante sobre mi pecho.

—¿Me dejarás que te explique en algún momento?

—Claro —cogí la cerveza que nos habían acabado de poner sobre la mesa que teníamos entre las hamacas—. Pero no hoy, ni en este viaje, quizás un día...

—Creo que podemos hablar desde el cariño que hay entre nosotros, somos adultos, deberíamos poder cerrar ya ese capítulo que tanto daño nos está haciendo.

—Yo lo cerré, yo lo cerré y no quiero removerlo.

—No es remover, es saber la verdad.

—Pero que me da igual la que sea, pasó, da igual el contexto, pero pasó.

—¿Y si nada es lo que parece?

—Los cojones, si nos ponemos así me vas a decir que te obligaron.

—No, fue eso, fui a trabajar, pero...

—¡Te callas! Haz el favor, no quiero escuchar nada, eso quedó en el pasado, nosotros nos quedamos en él y ahora estamos aquí de otra forma y en un momento diferente. Partiendo de eso, no me hables de lo de detrás.

—Pero solo te pido que me dejes explicarte y te prometo que no volvemos a hablar de esto jamás.

—Tienes tres minutos, y ya han pasado dos segundos...

—Gracias —cogió aire y lo soltó —Esa noche tenía una reunión laboral con la firma Janes Tonk y me avisaron que si había acuerdo se hacía allí mismo. Era un *spot* publicitario de una nueva tendencia de ropa que estrenaban como novedad, así que allí estaba Romina, también como reclamo. La firma sabía que si los dos accedíamos sería una publicidad impactante dada la relación que mantuvimos. Tuve que firmar confidencialidad absoluta, pues las fotos que nos hicieron eran parte del marketing antes de que saliera el vídeo del *spot*, que saldrá a la luz en dos días. Entonces el mundo entero sabrá que esas fotos no eran reales, que eran parte de la grabación

de la promoción.

—¿Me estás diciendo que...?

—Eres gilipollas, directamente —era la primera vez que me insultaba, pero en plan murmullo, gracioso y con severas ganas de matarme.

—Aparte de eso —reí nerviosa —¿Me estás diciendo que esas fotos son el contenido de la grabación de una publicidad?

—Ajá. Y recalco que en dos días se verá el *spot* y todo lo que han dicho se lo van a comer con papas y sin agua.

—Pero a ver...

—¿Por qué no te lo conté si sabía que tu no lo harías público?

—Efectivamente.

—No quería que volvieras a mentir por mí ni una vez más.

—No me entra en la cabeza, te lo juro, estoy en shock —me bebí el tequila de un trago.

—Cuando regrese habrán pasado casi dos semanas desde lo que se va a revelar con el *spot*, así que entrarás con elegancia, dirás que no sabías nada, pues como decías hasta ese momento no había nada serio y que esas imágenes no te habían afectado para nada, al saber en qué mundo me movía. Además, yo haré la entrevista del acuerdo con la cadena y sabré dar a todo un toque de humor.

—¿Y todo eso me lo tengo que aprender ahora?

—No —me dio un toque en la nariz y sonrió.

—No sé si me gustó más lo de que negociaste para que no me dieran caña, o la cara de gilipollas que se le va a quedar al mundo cuando vea que el beso es parte de un anuncio — comencé a reírme como loca ¡Para matarme! Y yo había bloqueado al pobre. Me dolía el lado de reírme mientras él me miraba, negando sin dejar de sonreír.

—¿Sigues pensando que nada justifica eso?

—Un poco menos —me costó decirlo de la carcajada que me asaltó y me miraba todo el mundo.

—Pues ahora déjame decirte una cosa —me señaló con su nuevo chupito que nos habían acabado de reponer — Fui a tu casa, a tu trabajo, te envié una carta por debajo la mesa, me bloqueaste de todos lados y aun así crucé al otro lado del mundo a buscarte para decirte lo que pasó ¿Aún no crees que lo que siento por ti es de verdad?

Comencé a llorar, pero riendo a carcajadas, estaba nerviosa, enfadada conmigo, con él, con el mundo.

Me levanté de mi hamaca, fui hacia la suya y me senté a su lado cogiendo su mano.

—No te llevo a perdonar que no me lo contases...

—Pensé que ibas a confiar más en mí.

—Bueno, ahora estoy hablando yo —reí dando palmas a su mano—. Pero a pesar de no perdonarte el que no me lo contaras, me quedo con todo lo que has hecho hasta llegar aquí, el esfuerzo tan grande que supone dejar todo de golpe e ir en mi busca, el que vendieras una entrevista para que no me dieran duro... Con eso me quedo, con eso me siento tonta por haberte puesto todo tan difícil, no te estoy pidiendo perdón, que ya quisieras —reí —pero sí que reconozco mi parte de culpa.

—¿Me vas a dar un beso?

—¿Sabes a piruletas?

—Siempre...

—Pues entonces sí...

Y me besó y sí, sorprendentemente sabía a piruletas y revolotearon todas mis mariposas que hasta ese momento dormían plácidamente...

—Prométeme algo —dijo levantando mi barbilla.

—Dime...

—Que esta noche cenarás en mi cabaña.

—Si es solo cenar... —bromeé.

—Veremos cómo termina la cosa —me dio una palmada en el culo y nos fuimos al agua.

Estaba con ganas de gritar, de liarla, de hacer un corte de mangas, tenía una euforia y una paz a la vez increíble. Se la había colado al mundo y, por ende, a mí, que lo había pasado realmente mal. No obstante, saber que no había quedado mal y que a la gente se le pondría una cara de tonta increíble, hacía que hasta mereciera la pena, todo eso sin contar que ahora lo tenía allí, a mi lado, aislados del mundo y de todos, ¿No era maravilloso?

Pasamos una preciosa tarde y volvimos al *resort*, de los amigos ni pista, ni los íbamos a buscar.

Me dejó en mi cabaña y quedé que en una hora estaría en la suya para cenar allí, así que tenía claro que pediría que le prepararan algo especial.

Me di un baño en el *jacuzzi* y luego me comencé a arreglar...

Un vestido blanco de hilo especial que se ajustaba al cuerpo, pero era de lo más cómodo, con una ligera caída, de tirantes cruzado a la espalda.

Me puse unas sandalias elegantes, en color dorado, con un poco de tacón y todo lleno de pequeñas tiras. Los labios rosas como mis uñas —me miré en el espejo poniéndome de lado —El pecho me lo hacía espectacular y de lo más sugerente.

Me fui andando relajadamente hasta su cabaña, me abrió y pasamos a la parte de atrás, la terraza que daba al mar.

La noche caía y aquellas antorchas iluminaban ese precioso rincón decorado con una cena de lo más exquisita, además del vino que me gustaba del país.

Todo era precioso no me lo podía creer, cenar a la luz de las velas y de esas antorchas.

—Anais —se sacó un anillo del bolsillo y lo puso a la altura de mi cara —Soy lo que ves, un hombre con un corazón normal que un día va y se enamora de la forma más inesperada, en ese momento conoce lo que es un flechazo de verdad y se deja llevar por una historia que lo llena por momentos. Sé lo que quiero, no hay ninguna mujer mejor que tú, créete eso, eres todo lo que necesito —las lágrimas rodaban por mis mejillas —¿Quieres ser mi prometida?

—Mark —puse las manos a cada lado de mi cara intentando frenar todas esas lágrimas que caían como puños —No sé qué significa eso exactamente, pero acepto —solté una carcajada y lo abracé.

—Mi única, mi todo, eso eres para mí...

—Ah, pues muy bien —volví a reír del ataque de nervios que tenía.

Cené feliz, prometiéndome que antes de volver a desconfiar siempre le dejaría que me explicara, ya era mi novio, mi prometido y como decía él, mi todo...

La sortija era preciosa, de oro blanco y una piedra natural de lo más fina, engarzada con un tallado espectacular lleno de diamantes pequeñitos, una señora joya.

Me sentía pletórica, guapa, feliz, relajada, nerviosa, un cúmulo de sensaciones que me tenían los nervios a flor de piel.

La cena fue tranquila, tomando vino, charlando, riendo por todo lo que antes lloraba...Me

parecía increíble, pero estaba feliz, sentía que el vacío que tenía los anteriores días ahora estaba lleno a rebosar, estaba claro que nunca se debe juzgar sin escuchar...

Esa noche dormí con él como todas las demás, disfruté de esos momentos de lo más sensuales, excitantes y placenteros que solo podía proporcionarme mi chico.

Mi amiga estuvo desaparecida el resto de los días, de vez en cuando me dejaba una nota en la terraza poniendo que se estaba hartando de follar y que no me preocupara por ella.

Yo viví momentos muy emocionantes, recorrimos la isla juntos, nos emborrachamos algún que otro día y caímos en la cama borrachos como cubas.

Visitamos al *Big Buda* en uno de los templos, fuimos a las cascadas de *Na Muang*, además estuvimos visitando los bares más modernos de la isla, eran un espectáculo de lo más atractivo.

Aquella isla se quedó con momentos que jamás podría olvidar, con un compromiso que me sacó la mejor de mis sonrisas cuando apenas unos días antes mi mundo parecía derrumbado.

Fueron ocho días de intensidad, descubrimiento, pasión, diversión y todo lo que uno no puede ni llegar a imaginar, pero estaba claro que nos deseábamos y que lo nuestro era más bonito de lo que podíamos haber imaginado.

La última noche me hizo prometer que pasara lo que pasara siempre confiaríamos el uno en el otro y que, además, no íbamos a esconder nada, que íbamos a intentar disfrutar de todo, con lo bueno y lo malo, pero juntos, de la mano.

Aquello que me estaba pasando era lo más bonito que la vida podía ofrecerme, volvía segura de mí, de él, de los dos... en un vuelo en el que mi amiga o se quedaba dormida o le partía algo en la cabeza, no dejaba de murmurar desde el sillón de atrás.

Pero yo estaba feliz y dispuesta a enfrentarme al mundo después de que descubrieran que todo lo que hablaron fue humo, que no había nada más allá que un *spot* y que ahora yo volvía, luciendo un anillo en mi dedo que sabría que daría mucho que hablar.

Aterrizamos en New York después de unos largos vuelos y esa puñetera escala.

Aún me quedaban unos días por delante. Mi amiga se fue en el coche de Albert y yo con Mark en el suyo, su chófer nos había recogido.

Ya me iba advirtiéndome que no se pensaba separar de mí...

Capítulo 21

Su chófer nos dejó en la puerta de mi casa y nos bajamos. Me dijo que llenara otra maleta que nos íbamos para su casa el resto de mis días libres, que las vacaciones aún no habían terminado.

Le hice caso mientras reía por su idea, el coche nos esperaba abajo, así que aligeré todo lo que pude y salimos.

Llegamos a su casa y no estaba Sofía, de forma que colocamos toda mi ropa en un armario que estaba vacío y luego él vació su maleta y puso las prendas en la cesta de lavado.

Eran las doce de la mañana, habíamos aterrizado bien temprano, aunque estábamos cansados del vuelo, a pesar de haber dormido bastante en él.

Nos tiramos en el sofá y puse el canal de cotilleos, cómo no, Mark y yo en primer plano, quería escuchar qué se decía, pero para empezar abajo iba el titular de la traición que no fue tal.

En definitiva, que el mundo hablaba sobre eso y que yo iba a seguir desconectada, el karma había hecho su trabajo.

Ese día lo pasamos relajados, cocinando, viendo la tele, tocándonos, haciéndolo... fue muy especial.

A la mañana siguiente amanecí y él me miraba. Nos besamos y salimos a desayunar al jardín donde la adorable Sofía nos preparó un desayuno con ese cariño y sonrisa que la caracterizaban.

Desayunamos tranquilamente y salimos a pasear. Sí, con dos huevos bien grandes, en diez minutos teníamos un grupo de prensa de varios programas metiéndonos los micrófonos por las narices y haciéndonos mil preguntas.

Mark me llevaba de la mano y sonreía, ponía su lado más amable, pero no respondía a nada, menos yo que no quité la sonrisa de mi cara por respeto a mis compañeros, pero me negué a abrir el pico antes esas decenas de preguntas.

¿Esto confirma vuestra unión? ¿Esa sortija es de compromiso? Esa pregunta me sacó una sonrisa más delatadora, pero no la pude contener. ¿Eso es un sí? Aquellas preguntas llegaban a mi mente a modo de bombardeo.

Llegamos a un restaurante exclusivo que rápidamente nos abrió las puertas viendo el pelotón que traíamos detrás.

Nos pasaron a una mesa en un lugar reservado, conocían a Mark y a mí como periodista, era un lugar donde el trato era muy exquisito, se volcaban mucho en que no faltara detalle.

—Nos van a dar la del pulpo a partir de ahora —dije resoplando, pero sin dejar de sonreír.

—No nos vamos a esconder de nadie, preciosa.

—Lo sé, no pretendo eso, pero me pone en tensión estar al otro lado, ante todo soy periodista y me resulta muy violento que me traten como personaje.

—Te acostumbrarás —hizo un carraspeo.

—Veremos cuánto dura esto —le saqué la lengua.

—No confías en mí —negó sonriendo.

—Sí, pero ya sabes, soy mujer, las hormonas, los miedos, los de fuera, los de dentro, todo, me da miedo todo... —reí.

—Ya veo, ni tú te aclaras, pero debes confiar en mí hasta que no te demuestre lo contrario.

—Lo sé y lo haré, te doy mi palabra.

Comimos y llamó al chófer para que nos recogiera en la puerta, la puerta se había convertido en un cúmulo de periodistas, ya que se había corrido la voz de que estábamos allí. Entramos en el coche sonrientes, pero sin pararnos en ningún momento, aquello era demasiado, la bola se estaba haciendo cada vez más grande.

Esa noche cenamos en casa de mi madre, estaba muy contenta de vernos, además John se hartó de hablar con Mark, así que yo me puse a charlar con ella y mi cuñada que también estaba allí, mi hermano tenía guardia.

Al día siguiente almorzamos en casa de mi padre, que lo abrazó emocionado, y Judith no paraba de hacerme señas de que estaba para mojar pan. Siempre me hacía lo mismo, le encantaba Mark como hombre.

Para cenar nos vimos con Marlene y Albert, mi amiga me dio la noche con el hecho de que gracias a ella ahora tenía esa cara de orgásmica. Para matarla, pero era mi mejor amiga y la adoraba.

Los días eran preciosos al lado de Mark. Por la mañana desayunábamos por cuenta de Sofia que era puro amor, luego salíamos a dar una vuelta y a almorzar. Nos seguían los medios, pero nosotros intentábamos vivir aquello a nuestra manera.

Él se planteó todas las reuniones y trabajo en mi horario laboral, ya que no quería frenar nuestro día a día juntos.

Un día antes de reincorporarme al trabajo, fuimos a mi casa a por mi coche y más ropa. Habíamos decidido vivir en su casa el verano y luego ya veríamos, pero aquello me tenía de lo más emocionada.

Llegué al trabajo y ya podéis imaginar ese momento en el que entré al plató cuando ya todos estaban dentro, recibéndome de pie entre aplausos.

Saludé a cada uno de mis compañeros con una sonrisa y dos besos, igual que a la presentadora, que me puso de pie a su lado en un comienzo de lo que yo sabía que sería una entrevista en toda regla. Yo ya tenía pensado lo que contaría y cómo, lo habíamos hablado Mark y yo, así que me sentí segura y dispuesta a frenar al toro.

—Dicen que habéis pasado unas vacaciones juntos en Tailandia.

—Pues sí que las noticias vuelan y yo pensaba que nadie lo había averiguado —levanté la ceja, esa me la habían metido doblada.

—¿Lo estás confirmando?

—En *Koh Samui* estuvimos exactamente —dije con naturalidad.

—Una isla de Tailandia...

—Efectivamente.

—¿Ese anillo que luces y que tanto dio que hablar estos días es de compromiso?

—Es un regalo de Mark —sonreí.

—¿Una manera de confirmar algo?

—Digamos que de afianzar...

—¿Planes de bodas?

—No me lo había planteado —puse cara de terror.

—Si te lo pidiera...

—Le preguntaría “¿Pagas tú?” —ese era un guiño a Mark que lo estaba viendo seguramente.

—Si te dijera que sí...

—Le diría que adelante —reí apretando los dientes.

—¿Crees que te lo puede llegar a pedir?

—O no, cualquier cosa pueda pasar —me encogí de hombros.

—No lo creo, tus ojos dicen algo muy bonito, brillan demasiado.

—Puede ser por la alergia...

—No, no es por eso, algo te conozco. ¿Cómo lo ves a él con todo esto?

—Pues relajado, venimos de unas vacaciones en las que hemos estado desconectados de todo y todos, así que poca conversación sobre esto tuvimos.

—Me refiero a lo vuestro... —sonrió.

—Vaya, mi intento de hacer la rotonda no valió —escuché reír al público —Mark está bien, tranquilo, viviendo el momento, poco más. No es oro todo lo que reluce, intentamos tener una vida normal.

—No sé si sabes que mañana lo tendremos a él y que promete abrirse en canal para todos nosotros.

—Pues habrá que escucharlo —sonreí.

El programa fue ameno, esas preguntas y ya pasamos a otros temas. A la salida me fui hacia su casa donde ya me esperaba sonriente a la vez que me felicitaba por mi intervención.

Esa noche me quedé más relajada, ya había salido del paso, ahora le pasaba el relevo a él.

Al día siguiente fuimos en su coche con el chófer, ya que él iba a ser el entrevistado.

Nos prepararon y me despedí de él hasta momentos después. Tomé asiento como con mis compañeros y la presentadora abrió el programa con la noticia esperada, la entrevista de Mark, que entró ante los aplausos y sonrisas de todas las féminas, además de mis compañeros.

Yo estaba en el lado periodístico esa vez, venía solo como entrevistado y era su momento, así que solo pensé en disfrutar de una entrevista que conociéndolo y sabiendo cómo se metía a la gente en el bolsillo iba a ser de lo más divertida.

—Buenas tardes, Mark —le dio dos besos.

—Buenas tardes, Erika.

—Mientras nos sentamos te voy formulando la primera pregunta ¿Qué se siente cuando tienes a un país con las carnes abiertas por de repente aparecer con otra mujer que no era la chica periodista que había tenido a todos en jaque?

—Pues rabia, ganas de que se supiera todo ya, de que no se siguiera especulando para no hacer daño a Anais. En cierto modo las habladurías duelen, así que ardía en deseos de que se supiera la realidad de las imágenes que yo no podía relevar por secreto de contrato.

—Te entiendo. ¿Qué es ella para ti?

—Buena pregunta Erika, pues ayer se habló sobre ese anillo que lleva en su dedo y creo que mi prometida no se supo explicar bien...

—¿Le pediste compromiso?

—A la luz de las velas en una playa de Tailandia... —me miró y me hizo un guiño. Me eché a reír ruborizada.

—¿Eres romántico?

—No lo sabía hasta ahora, algo pasó que de pronto sacó mi lado más tierno —volvió a mirarme sonriente.

—Yo no quiero saber nada, a mí que me registren —bromeé causando la risa de todos.

—¿Cómo lo habéis pasado en Tailandia?

—Bueno, allí pasó de todo —me miró, negando y me señaló con el dedo —Si ella me deja lo cuento.

—Ni se te ocurra —dije haciendo un gesto con las manos de que lo ahogaba.

—Eso significa que sí —dijo con descaro mirando a la periodista y haciendo realidad mis peores temores.

—Pues adelante.

—Compró el viaje con una amiga para alejarse de mí por la noticia, ella se enteró aquí en directo, así que imaginad, lo tuvo que digerir fingiendo no darle importancia, pero a mí me bloqueó por todos lados. Le tuve que dejar hasta notas debajo de su puerta, la esperé en todos lados, pero nada, me daba esquinazo y me enteré de que se iba a esa isla, hasta de los vuelos. Lo malo fue que en su vuelo de ida no quedaban plazas y tuve que volar al día siguiente, así que viajé con mi socio que estaba también colado por su amiga —rio todo el mundo y yo lo quería matar — De ese modo me colé allí un día después, cruzando medio planeta para contarle la verdad y de paso, ya que le haría tener remordimientos, pues pedirle compromiso, que seguramente estaría sensible y aceptaría. No veas lo que me lo he tenido que currar —rio mientras el público comenzaba a aplaudir con euforia.

—Y aceptó...

—El anillo bien que lo cogió, desde entonces no se lo quita —la gente no paraba de reír, hasta yo que lloraba y no podía parar.

—Ayer le preguntamos si te veía capaz de pedirle matrimonio...

—Eso es otra, dijo que me preguntaría si la pagaría yo, ¿Te he permitido pagar algo hasta ahora? ¡Casémonos que yo pago! —exclamó con unos gestos para comérselo y seguro de lo que decía.

—¿Lo harías? —se dirigió a mí la directora.

—Yo sin presencia de mi abogado no asumo ningún tipo de compromiso —sonreí.

—Así de fácil me lo pone todo —dijo con ironía sonriendo Mark.

La gente se lo estaba pasando bomba, otra vez la audiencia era líder, aquello era impresionante y la mejor noticia que en las redes todos iban hablando bien de él y lo adoraban. Se metió al país en el bolsillo.

Estuvo hasta el final del programa, pues lo invitaron a quedarse para ver los temas que íbamos a tratar y si quería comentar, pero no hubo forma de que opinara sobre nadie, era incapaz de hacerlo.

Salimos de allí felices, cada vez sentía que íbamos a conseguir normalizar más la relación, que íbamos a vivir lo mejor que pudiéramos nuestra historia y que nos dejaríamos la piel en ello, aunque durara un año o toda una vida, pero lo queríamos vivir, estábamos felices.

Nuestros días viviendo juntos eran muy bonitos, además nos dábamos nuestro espacio con el tema del trabajo, sabía que tenía temas que preparar para el programa y él se ponía con sus asuntos.

Mark me puso en antecedentes de que el sábado tenía una fiesta muy importante y quería que yo fuera con él, evidentemente me hacía mucha ilusión que me incluyeran en ese tipo de planes.

Me pasé esos días buscando un vestido espectacular, me avisó que sería un estilo a la alfombra roja de los Óscar, así que me calenté mucho la cabeza para pensar qué quería exactamente, deseaba deslumbrar e ir elegante, así que me volví loca hasta dar por fin con lo que tenía en mente.

Para ello fui de nuevo a ver a Hellen, cuyo taller era el ideal para esas ocasiones y dio en la tecla.

Yo quería una falda larga tipo princesa, con una camisa de seda sin botones y un lazo cayendo a un lado.

Una obra de arte fue la que me confeccionó. Me veía preciosa. Se trataba de un vestido de dos piezas prácticamente, en color dorado con el lazo en la misma gama de color, pero más claro y brillante como los zapatos.

Iba a ir de lo más elegante, me había gustado tanto el resultado que ya estaba loca por aparecer así vestida. Llamaría mucho la atención y estaba segura de que iba a gustar mucho.

Mark se compró un traje chaqueta en los tonos de mi ropa, así que íbamos a ir geniales, de lo más compaginados. ¡Moría de amor con él!

No me podía creer que todo fuera tan bien y bonito, que me sintiera tan segura de ese hombre que jamás imaginé que pudiera llenar tanto mi vida.

Sentía que todo marchaba sobre ruedas y eso me dejaba disfrutar tanto de mi vida junto a él como de mi trabajo, ese que adoraba a pesar de lo que había pasado los últimos tiempos. En cualquier caso, lo adoraba y ahora me alegraba de haberlo pasado, había merecido la pena. Tenía claro que aquella era una historia de amor y yo estaba dispuesta a vivirla sin prejuicios hasta el final.

Capítulo 22

Y llegó ese día en que los nervios se apoderaron de mí al verme vestida, peinada, maquillada y de las veces que mejor me había sentido en la vida, lo que veía en el espejo me encantaba...

Me describió tan glamurosa esa fiesta que tenía que destacar y veía que lo iba a hacer, había sido todo un acierto y derrochaba entusiasmo.

Me agarré a su brazo y fuimos hacia el coche que estaba en la cochera de su jardín con el chófer esperándonos. Nos montamos en la parte trasera y nos fuimos a ese lugar tan impresionante donde solo la entrada era todo un deslumbramiento de glamur.

Un cosquilleo recorrió mi estómago.

Varios camareros nos recibieron al entrar e hicimos el pasillo hasta el jardín donde se organizaba el evento. A lo lejos observé muchas personas, todas elegantemente vestidas. Conforme me iba acercando por ese pasillo de madera que cruzaba el jardín me di cuenta de que todas eran caras familiares y conocidas.

Marlene con Albert, mi padre con Judith, mi madre con John, yo me iba a desmayar... mi hermano con Elena, mis compañeros de programa que iban como amigos, además de Erika y el director, amigos de Mark que había reconocido por fotos, Sofía... ¿Qué estaba pasando?

—Mark, dime que tú no tienes nada que ver en esto... —me llevaba sonriente hacia el fondo, la gente quedaba a los lados y fueron formando un semicírculo.

—Saluda sonriente que estás preciosa, mira la cara de asombro de todos.

—Yo a ti te mato, de esta te mato.

Llegamos al final donde había un micrófono en una especie de altar, nos pusimos mirando hacia ellos y un camarero nos entregó unas copas de champagne.

—Buenas noches a todos y gracias por haberme guardado tan bien el secreto —mis piernas me temblaban, el lugar era espectacular, exótico, no le faltaba detalle y encima mis familiares y amigos que nos miraban emocionados. Y le habían guardado el secreto ¿De qué? Yo estaba expectante, incrédula —Es un placer para mí compartir con las personas más importantes de nuestro entorno un momento como este —sacó otro anillo, a mí me iba a dar algo —Anais ¿Te quieres casar conmigo?

Todos aplaudían y lloraban emocionados, yo estaba en shock mirando a cada uno de ellos, incapaz de reaccionar ante la pedida de matrimonio pública.

—Cariño ¿Estás bien? —murmuró y se escuchó por el micro.

—¿Es a mí? —pregunté como tonta.

—Claro ¿A quién si no?

—Vale, sí quiero —dije sin salir del shock provocando otro vitoreo y aplausos generales.

Comenzó a colocarme la alianza sonriente.

—Quiero que sepas —continuó ante la atención de los presentes mientras me colocaba el anillo —que desde que mi mirada se cruzó con la tuya sabía que no eras una más y que ahí comenzaba una preciosa historia de amor. Perdón por los momentos de tristeza que te haya podido ocasionar en algún momento, pero todo era para protegerte, quería cuidar a la que sabía que era la mujer de mi vida.

Me estampó un beso y yo seguía como un muñeco de escayola que no se movía y era dirigida

por Mark ¿En serio me estaba pasando eso? ¿De verdad que había pedido casarse conmigo? ¡Cágate, Anais! Me exclamé varias veces.

Saqué fuerzas de flaqueza y me puse ante el micro mientras lo miraba y sujetaba su mano.

—Mark, me has acabado de meter el gol de tu vida —todos rieron —Me has engañado como a una tonta, pero quiero decirte que sí, que me casaría contigo una y mil veces. Te quiero, es la realidad, a pesar de saber que mañana puede volver a salir una foto tuya con otra chica y que todos volverán a especular, pero te creo como hombre, como persona y ahora espero hacerlo como marido.

Nos abrazamos y comencé a llorar, no podía evitarlo, era el momento más emocionante de mi vida, el más bonito, el más completo ¿Cómo podía no emocionarme con esa pedida que era lo más deseado e inesperado del mundo?

La música comenzó a sonar con un el tema de “*Te amaré*” de Mark Anthony, mientras volvíamos a cruzar el pasillo entre los aplausos y felicitaciones de todos.

La canción era perfecta, pues hablaba de que el día que se conocieron empezó un cuento que no tendría fin, un tema ideal, no podía haber otro mejor.

Las copas comenzaron a volar, con canapés, además de la música que animaba esa preciosa velada en la que todos nos felicitaban emocionados.

—Hoy no venimos en plan periodistas —dijo mi director —pero que nos debes una exclusiva el lunes hablando de esto y nos dejes subir unas fotos, no es negociable...

—Por supuesto —lo abracé emocionada.

—Madre mía qué semana nos espera —advirtió Pedro ante la negación de risas de Blanca y Cinthia.

—¡No seáis malos!

Mis familiares y amigos, todos se iban acercando de lo más emocionados a felicitarme.

Mis compañeros nos pidieron una foto con ellos para abrir el programa del lunes y por supuesto nos la hicimos, al fin y al cabo, era mi trabajo, mi vida y no podía agradecerles aquello de otra manera.

La noche fue de lo más divertida y emotiva. Todos estaban ya deseando que llegara la boda, pero para eso debían esperar unos meses, ya le había dicho a Mark que quería algo muy especial y prepararlo con tiempo.

Marlene se me acercó muy achispada y graciosa.

—Me quedo con Albert, ya no voy a verme más con Ness, a mí este me enamoró también y sueño que me hará algo tan bonito como esto.

—Claro que sí, cariño —nos abrazamos.

—Joder es que me encanta la pareja que hacéis y a él se le ve tan enamorado...

—Yo lo estoy más, créeme que sí.

—Los dos, solo hay que veros y me alegro tanto...

La verdad es que me había dado cuenta de que Mark no era aquel que describían, era mucho más, una persona llena de amor, de cariño, capaz de hacerte sentir la mujer más deseada y querida del mundo. Cuando estábamos juntos el mundo se paraba y me había demostrado que era capaz de ir a buscarme al otro lado del planeta para paliar mi dolor.

Esa noche bailamos, bebimos, reímos, comimos, nos emocionamos, nos abrazamos... todos formábamos una piña unidos por un mismo deseo: nuestro próximo enlace...

Capítulo 23

Después de una resaca por la fiesta de dos días, en la que había estado con Mark planeando la fecha que nos gustaría, así como el dónde y el cuándo, llegó la hora de enfrentarme a la jornada laboral, esa que abrió con la foto de todos en mi pedida.

—Hoy estamos en el plató después de una fiesta de la que fuimos partícipes en la que Mark le pidió matrimonio a nuestra compañera Anais. Muy buenas tardes y comienza *“In love”*.

En ese momento un cosquilleo recorrió mi barriga, sabía que ese día me iban a hacer diez mil preguntas, que a pesar de ser amigos eran mis compañeros y en ese momento iban a sacar su vena periodística a pasear.

Volví a sentarme al lado de Erika y a ser el centro de atención de todos los focos.

—No esperabas que ese día te iban a pedir matrimonio, inclusive pensabas que ibas a una fiesta que nada tenía que ver con vosotros...

—Me engañó bien —reí—. Pero fue muy bonito y emocionante.

—¿Qué pasa por la cabeza de la persona que va a convertirse en la mujer de uno de los hombres más deseados del panorama del corazón?

—Yo no lo veo así, yo lo conozco en su otra faceta, la de persona con un corazón increíble, detallista, correcta, con unos grandes valores, todo más allá de su vida como personaje público.

—Pero lo es...

—Sí, pero esa parte no es la que vivo de verdad, no me abrazo con el personaje, me abrazo y me enamoro de la persona.

—Muchos pueden pensar que esto es una locura y muy precipitado.

—No nos casamos mañana, tendrán que pasar unos meses antes del enlace, pero las personas son libres para pensar lo que quieran, al igual que yo lo soy para pensar y decidir sobre mi vida. Los tiempos los ponemos nosotros, no se puede evitar el “qué dirán”.

—¿Confías en él como hombre?

—No me casaría si así no fuera. No me da miedo nada, no tengo temor a que aparezcan otras personas, soy feliz y confío en él hasta que no me demuestre lo contrario. No sería bonito vivir esto de otra manera.

—Se rumorea que os iréis a vivir juntos...

—Son rumores, ya lo hacemos desde que volvimos de Tailandia.

—Vaya, me sorprende ¿Qué tal la vida en común?

—Mark lo pone todo muy fácil, es un hombre muy sencillo de llevar, es más se esfuerza mucho para hacer sentir cómoda a la otra persona.

—¿Eres consciente de que ahora mismo eres una de las mujeres más envidiadas de los Estados Unidos?

—Soy consciente de las pasiones que despierta Mark, pero intento no pensar en ello, vivo lo nuestro de un modo muy diferente a como lo pueden ver los demás.

—¿Qué esperas de ese enlace?

—Pues espero que todo siga como hasta ahora, donde el respeto, el cariño y la unión se mantengan vivos siempre.

—¿Dónde te gustaría casarte?

—Pues tengo varios lugares en mente al igual que él, pero eso por ahora será un secreto. No quiero que se ande especulando al respecto, aun a sabiendas de que lo harán.

—Tu boda se vivirá como uno de los grandes acontecimientos sociales del momento, la boda del año...

—Para mí será como la boda del siglo —reí.

—¿Qué viste en Mark que no viste en otro hombre?

—Generosidad, humildad... A pesar de tenerlo todo cuenta con esos valores que son los más importantes y que tanto cuesta encontrar hoy en día, la verdad es que es un ejemplo de persona, más allá de su imagen como personaje.

—Es muy simpático...

—Es muy divertido, es capaz de sacarte una sonrisa en el peor momento y, sobre todo, sabe cómo tratar los temas, cómo hablar, se preocupa mucho de no hacer daño con sus palabras a nadie.

—¿Lo ves como el padre de tus hijos?

—Claro, si me voy a casar con él es porque lo veo la persona con la que puedo formar una familia.

—¿Y tus padres qué piensan de todo esto? Aunque viéndolos en la pedida creo que están muy felices.

—Lo adoran, les cae muy bien y nos apoyan por completo.

—Eso debe ser muy tranquilizador.

—Muchísimo, cuando te apoyan las personas que te quieren todo es más bonito, sin duda.

—¿Cómo sientes que vivirás la preparación?

—De los nervios, aun sabiendo que queda tiempo estoy de lo más nerviosa, deseosa de tener todo preparado: mi vestido, el lugar, los detalles... Es muy bonito vivirlo, ya cada minuto lo es, sabes que vas camino de un acontecimiento que deseas con toda tu alma. Me quedan unos meses por delante que espero que me saquen muchas sonrisas.

—¿Estás preparada para ser la mujer de Mark Spencer?

—Estoy preparada para afrontar con él lo que haga falta, para apoyarlo en todo lo que se le ponga por delante. Ante todo, soy consciente de lo que es para mí, pero también en su papel de cara a la sociedad, así que siempre de la mano, sé con quién me caso.

—¿Le gusta tu faceta como periodista?

—Me conoció así, me apoya igual en todo y valora mi trabajo, mi esfuerzo. Es una persona que te hace ver lo mejor de ti a cada momento, es respetuoso, por supuesto que lo acepta y le gusta que sea feliz con lo que hago.

—Por último ¿Qué esperas de los medios ante tal titular?

—Espero comprensión, compañerismo, que muestren la verdad y que no especulen si no están seguros. Creo que se puede hacer una buena labor periodística sin necesidad de manchar la vida de nadie.

—Muchas gracias por todo y te deseamos que este camino al enlace sea el principio de una felicidad eterna en vuestras vidas.

—Gracias.

Ese día me liberé de todo, de mis miedos y pensamientos. Sentí como si hubiera abierto mi corazón al mundo y que ahora estaba la pelota en el tejado de las personas para pensar lo que quisieran, eso ya no era asunto mío.

Por la tarde Mark apareció por allí y nos fuimos en mi coche a cenar antes de ir para casa.

Hablamos de que nos íbamos a quedar ya afincados definitivamente en la suya. Obvio que era

más amplia, más bonita y preparada para formar una familia. Yo estaba que moría de amor, iba a reventar de tanta felicidad.

A partir de ese momento vivimos una relación llena de proyectos, pero el principal fue el de la boda, en la que nos enfocamos con mucha ilusión, cariño y de lo más emocionados.

Las primeras Navidades con él fueron de lo más espectaculares.

En Nochebuena preparó una cena para mis padres con sus parejas, mi hermano con mi cuñada y Marlene junto a Albert.

Él no tenía familia, pero como decía, ya con nosotros tenía la mejor.

Marlene estaba de lo más graciosa, les sacó a todas las mujeres el color de su prenda interior y decía que había que ir de rojo.

—Eso es en Fin de Año —negué, riendo.

—Desde luego, qué antigua te has quedado —resopló, negando y causando la risa en todos.

Esa noche fue preciosa, larga, nos reímos muchos, bebimos... Terminamos desayunados churros con chocolate y todos emocionados, pues faltaban cuatro meses para nuestro enlace.

El Fin de Año fue increíble. Por la mañana cogimos un vuelo del que no supe el destino hasta última hora. Íbamos para Miami, le habían invitado a una cena con fiesta de un grupo de amigos que tenía en esa ciudad.

El día era perfecto, del frío de New York al calor de Miami. Se trataba de una sensación extraña y muy placentera a la vez.

No llevaron directos al hotel donde se celebraría la fiesta, el grupo había cerrado uno de los jardines para la celebración, así que aquello iba a ser una pasada.

Por la mañana nos fuimos a la playa a dar un baño, ya que estaba frente a nosotros. Nos alojábamos en el corazón de *Miami Beach* y aquello era lo más excitante del mundo, vaya clima, vaya playa y qué pasada de todo.

Por la noche me puse mi vestido corto efecto purpurina de color negro y los zapatos del mismo color. Me vi preciosa, salí de la mano de Mark hasta esos jardines donde ya estaban las mesas, barras, camareros, música y todo preparado para pasarlo fenomenal.

Saludamos a un montón de personas y cuál fue mi sorpresa cuando Romina se acercó a nosotros.

Saludó con dos besos a Mark y luego me miró, me sonrió y...

—¡Felicidades! —me dijo emocionada refiriéndose a nuestro próximo enlace y me dio dos besos.

—Gracias, Romina —sonreí.

—Os deseo mucha felicidad.

—Muchas gracias —dijo Mark mientras yo la miraba sonriente y de forma amable.

Seguimos saludando a gente. Yo estaba feliz, nada me lo iba a enturbiar y ella era agua pasada.

Lo pasamos sensacional, la velada la amenizó un grupo cubano que tenía todos los factores para hacer de aquella una noche inolvidable en la que la gente no podía parar de bailar.

El mundo de Mark era muy diferente al mío, pero me encantaba. Él daba la serenidad a todo, lo ponía todo demasiado fácil.

Y comenzó un nuevo año en el que los días corrían a nuestro favor...

Tenía muy claro que después de muchos quebraderos de cabeza por fin había dado con el vestido que quería. Moría de felicidad con él y estaba loca porque Mark me lo viera puesto el día de la boda.

Marlene me tuvo de los nervios, era una bomba atómica. Parecía que la que se casaba era ella

y me las hizo pasar canutas, me sacó muchas veces de mis casillas.

En el programa no había día que no se hablara sobre la boda del año, era el pan nuestro de cada día, nunca mejor dicho, pero lo llevé de la mejor forma que pude y me tomé todo aquello de otra manera. No quería que nada empañara esos momentos tan bonitos que estaba viviendo.

Mi padre estaba emocionado. Me llamaba cada día por si necesitaba algo, eso de ver casarse a su hija y ser él quien la llevara del brazo lo tenía de lo más nervioso.

Mi madre estaba loca también, vaya la que me dio con su vestido ¡Otra que parecía la novia! ¡Me la estaban dando por todos lados!

Mi hermano estuvo muy pendiente a mí. En esos momentos sentí que mi felicidad era la suya y que no había día que no me lo demostrara. Fue muy cómplice de muchos momentos de nervios y de decisiones para que todo estuviera perfecto. Estuvo muy presente en los preparativos y eso me llegó al alma.

La vida me sonreía, me estaba poniendo algo tan bonito por delante que no podía estar más agradecida. ¡Me sentía pletórica!

Mi amor por Mark se acrecentaba por días. Para mí era imposible imaginar que yo llegara a ese nivel de sentimientos, pero es que no había día que no me provocara muchas sonrisas, que no me demostrara que podía confiar en él y que lo era todo en su vida.

Cada vez estaba más cerca el día, no es que nos fuéramos a querer más, era una forma de celebrar esos sentimientos que se habían generado entre nosotros, de celebrar esas ganas de sentir que habíamos encontrado a la persona correcta para complementar nuestras vidas. No hacía falta una firma en sí, pero si el tener un día, nuestro día, donde reafirmáramos con contundencia que lo nuestro sí era un amor de verdad, que ahí seguíamos y con intención de continuar juntos hasta el final de nuestras vidas.

Aquella fue una historia de amor repleta de besos con sabor a piruletas...

Capítulo 24

Nueve meses después de aquella maravillosa pedida, yo era la mujer más feliz del mundo. Acabábamos de aterrizar en Las Vegas. Sí, sí, en Las Vegas, porque nosotros no éramos una pareja convencional y nuestra boda tampoco lo sería.

Con nosotros llegaron todas mis caras preferidas, es decir, estaban mis padres con sus respectivas parejas, mi hermano con Elena y Marlene con Albert, un elenco completo. El resto de invitados llegaría por la mañana.

Un rato después sería de noche y el gran día sería el siguiente, pero todos teníamos una marcha en el cuerpo impresionante. ¡Ya estábamos en la ciudad del pecado!

Cambiamos el chip latino y decidimos sacar al rockero que cada uno llevábamos dentro, así que esa noche nos dirigimos a *Freemont Street*, con unas ganas enormes de pasarlo bien.

Salimos del hotel y ya teníamos una limusina en la puerta. Mark se había encargado de los detalles y nos fuimos cantando el “*Living on a prayer*” de Bon Jovi rumbo al epicentro del desenfreno.

Allí encontramos justo lo que pensábamos, es decir, neones, casinos, locura en la calle, vasos llenos de bebida por doquier, mogollón de conciertos en vivo y una ensarta de escenas dignas de película.

—¿Y si hacemos esta noche una despedida tipo “Resacón en Las Vegas” chicas por un lado y chicos por otro? —propuso mi hermano.

La mirada que le dirigió Elena y el puntapié que le propiné yo le dejaron claro que de eso nada y todos nos echamos a reír.

—¡Aquí no hay más despedidas que valgan, que de eso ya hemos tenido! —reí.

—Totalmente de acuerdo —me cogió Mark por la cintura. Esta noche es para disfrutarla todos juntos.

De veras que Las Vegas era en sí misma la madre de todas las fiestas y nosotros estábamos totalmente eufóricos. A Mark y a mí la boda nos hacía una increíble ilusión y los nuestros estaban igualmente volcados.

Nos paramos en aquella gigantesca pantalla led, la más grande de mundo, donde estaban proyectando un *show* musical en el que las chicas empezamos a bailar y los chicos nos siguieron con todo el arte.

Ni que decir tiene que la velada culminó con todos jugando en el casino y, como dicen eso de que “el dinero llama al dinero”, le estuvimos dando collejas a Mark, porque no paraba de apostar y ganar.

Y bueno, la noche dio mucho, mucho de sí, pero como “lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas”, vamos ya con los detalles de nuestra boda de ensueño, la que celebraríamos al día siguiente.

Amaneció el día y con él llegaron todos los invitados. Naturalmente mis compañeros del programa no podían faltar, así como gran cantidad de personas pertenecientes tanto a mi círculo como al de Mark y que no querían perderse el gran evento, entre las que destacaba la buena de Sofía.

Los recibimos por la mañana, antes del desayuno, y todos juntos reímos y disfrutamos de ese

encuentro en Las Vegas que tanto habíamos deseado Mark y yo.

La boda se celebraría por la tarde, de modo que muchos de nuestros invitados aprovecharon el resto de la mañana para hacer turismo por la icónica ciudad.

Las horas pasaron volando...

Yo estaba como un flan y la preciosa capilla que habíamos elegido nos esperaba. Mi padre sería mi padrino, y Mark le pidió a mi madre que fuera la madrina, a lo que ella accedió encantada.

El resto de las chicas, es decir, Elena, Marlene y Judith serían mis damas de honor y las tres estaban preciosas, con sus vestidos en rosa pastel de impresionante caída.

Todas chillaron y saltaron cuando me vieron con mi precioso vestido corto en blanco, inspirado en Marilyn Monroe, confeccionado, como no podía ser de otra manera, en el taller de mi amiga Hellen, que también acudió.

Plisado, corto, con extraordinario vuelo en la falda y escote *halter*, tenía todos los ingredientes para hacerme un tipo de infarto.

—¡Menudas piernas, cuñada! —me guiñó el ojo Elena, vas a dejar al novio muertecito cuando te vea.

—No, cuñada —reí. Espero que no, que me ha costado mucho llegar hasta aquí.

A ver, nosotros no habíamos elegido una boda temática, sino una romántica y de ahí que la capilla nos la hubieran acondicionada totalmente a nuestro gusto, pero a mí me apeteció muchísimo hacer ese guiño a la mítica Marilyn, y no había ningún motivo para no hacerlo.

Mi bonita melena suelta y unos taconazos impresionantes ponían el toque final a un conjunto en el que tampoco faltaba mi ramo de flores rojo pasión, igual que mis labios.

Los chicos habían decidido ir todos iguales, con el esmoquing negro y al primero que vi fue a mi padre que, con lágrimas en los ojos, vino a buscarme para llevarme de su brazo a la capilla.

Salimos en dirección a ella en sendas limusinas. En la que íbamos mi padre y yo, que era rosa, vinieron también mis damas de honor. En cuanto a mi madre, fue con Mark en la suya, en compañía de John, Albert y mi hermano.

—¡Un brindis por la mejor novia del mundo! —propuso Marlene, en cuanto tomamos asiento y la limusina comenzó a rodar.

—¿Aquí? ¿Ya? Pronto empezamos —reí.

—Ahora mismo, esto no lo podemos rechazar —señaló a la botella de champagne que nos tenían preparada en la cubitera.

Y, copa en mano, llegamos a la capilla, en mi caso, temblando como una hoja.

Bajamos y ya estaban allí decenas de medios a la caza de la foto de la que todos consideraban “la boda del año”.

—Anais, Anais, ¡estás preciosa! —dinos algo.

—Bueno, ¿qué queréis que os diga? Miradme a la cara y ya lo sabréis todo, ¡no puedo estar más feliz! —reí.

—¿Posaréis al salir para nosotros?

—Claro. Y además ya sabéis, en el hotel os esperamos a todos. Ya tienen preparada la zona en la que podréis estar un par de horas haciendo vuestro trabajo cómodamente, mientras coméis y bebéis. Eso sí, pasado ese rato, ya nos tenéis que dejar celebrarlo en la intimidad.

Desde luego que eso no se lo íbamos a negar, pese a que nosotros nos gustara mucho preservar nuestra vida personal. Y es que, a esas alturas de la película, yo sabía muy bien quién era el hombre con el que me casaba. Estaba totalmente encantada con un Mark cercano y familiar, un

hombre sencillo que nada tenía que ver con el personaje mediático que la prensa había creado.

Y ese hombre era el que me estaba esperando con la más luminosa de las sonrisas a pie del altar, con mi orgullosa madre al lado, que lloró al verme entrar.

—Ahora sí que pareces un ángel —me dio un beso en la mejilla mi chico al llegar a su altura.

—Y tú pareces un galán de cine —le devolví ese beso tan cargado de emoción que él me había dado.

Nos casamos en el más romántico de los ambientes y fue una boda divertida y emocionante en la que quisimos que participaran cada uno de nuestros familiares más cercanos.

Así, y sin comerlo y sin beberlo, los fuimos invitando a todos a salir a que dijeran unas palabras y la diversión se disparó, sobre todo con mi cuñada Elena, que era una cubana graciosa hasta decir basta y que soltó algún que otro disparate.

Al salir, nos paramos con mis compañeros periodistas, que seguían allí en masa e hicimos sus delicias, posando de lo más acaramelados.

—Mark, ¿tiene Anais todo lo que tú deseabas en una mujer? —le preguntaban.

—¡Qué va, tiene muchísimo más! —reía él, sin parar de besarme.

De allí nuestros invitados se volvieron al lujoso hotel donde nos tenían preparado un convite en el que no faltaba un detalle. Mark y yo nos perdimos una hora por las Vegas haciéndonos el reportaje de bodas en todos y cada uno de los rincones más emblemáticos de la ciudad.

Al llegar al hotel, donde nos recibieron como a actores de Hollywood, posamos para la prensa y les dimos a todos las gracias por lo bien que se habían portado, pues lo cierto es que la noche anterior nos habían dejado disfrutar de lo mucho que nos ofreció la ciudad en familia, sin intromisiones.

La celebración salió a pedir de boca. Fue una noche realmente increíble en la que los instantes preciosos se iban agolpando en nuestra mente. Mark no paraba de abrazarme y nuestros invitados nos felicitaban continuamente por la que ellos consideraban la mejor boda a la que habían asistido nunca.

Y es que sobra decir que Mark tiró la casa por la ventana y el lujo, la elegancia y las ganas de que todos lo pasaran fenomenal, se notaban en cada uno de los detalles del enlace.

No sé qué momento destacaría del que hasta esa fecha era el día más feliz de mi vida. Igual podría ser la emoción infinita con la que Mark me esperó en el altar, pero también me quedo con la coreo de salsa latina que los dos hicimos para abrir el baile, con el más divertido de los cortes de la tarta, que del ímpetu estuvimos a punto de volcar sobre mi madre o con...

Sí, creo que ya sé con el momento que me quedo, por inesperado... Con el del más sorprendente e ilusionado Albert, cuando se subió al escenario en el que tocaba música en directo y, micrófono en mano, le pidió matrimonio a mi amiga Marlene.

Epílogo

6 años después...

—Adam, Adam, no hagas rabiar a tu hermana.

—No la hago rabiar, es que el cochecito es mío...

—Hijo, ¿cuántas veces tengo que decirte que los juguetes se comparten?

—Pero ¿los que más me gustan también? —activó el modo zalamero.

La cara de Iría era un poema y es que, a pesar de sus dos años de edad, mi hija era más lista que el hambre y tenía un pico que valía su peso en oro y que estaba a punto de abrir.

—Os estoy escuchando, haya paz —salió Mark de nuestro dormitorio, regañando a Adam, de cuatro años — De veras que admiro tu paciencia, son adorables, pero cuando se ponen a discutir... —reía.

—Bueno, a cambio trabajo en casa y eso también me evita muchas tensiones —le di un beso y los miré con cara de inminente regañina.

Después del nacimiento de los niños, yo había decidido dar un giro a mi carrera profesional, pues mi trabajo como colaboradora contaba con un horario un poco complicado para simultanear con la vida familiar.

Ese fue el motivo de que decidiera dedicarme a hacer entrevistas a los personajes más relevantes del panorama nacional y, salvo el día de se producía la entrevista en cuestión, el resto del trabajo lo preparaba desde casa y luego la vendía a los mejores medios.

Mark había seguido prosperando, como el hombre de negocios que era, aunque en honor a la verdad, para mí su mayor acierto era la forma en la que simultaneaba la vida profesional y la personal.

A nuestro alrededor, la vida nos sonreía a todos. Mi amiga Marlene se había casado con Albert y tenían un precioso niño de un año de edad, George.

Mis padres seguían de lo más enamorados de sus parejas y estaban locos con sus nietos, pues mi hermano y Elena también habían sido padres de un rollizo bebé que acababa de nacer en esos días.

Precisamente ese domingo habíamos quedado para almorzar con Marlene y Albert y después iríamos todos juntos a merendar a casa de mi hermano, para que conocieran al bebé.

—¡Qué tipazo tienes! —le di un beso en la mejilla a Marlene cuando llegamos a aquel parque en el que íbamos a almorzar, que contaba con un precioso restaurante y con sitio suficiente para que los niños corrieran.

—¡Pues anda que tú! —nos sentamos — Pero vamos, que la explicación es fácil, yo creo que Ronald es hiperactivo, porque no para —reía Marlene.

—Yo creo que la hiperactiva eres tú, y ahora que tienes más cortadas las alas, estás flipando.

—Bueno, bueno, algo de eso hay, pero vamos, que el fin de semana que viene hacemos una escapada y yo le suelto el niño a Albert desde que empiece hasta que acabe...

—Poquita paciencia tienes —reí.

—A ver, que yo lo adoro, pero que también necesito vacaciones de madre, que además estoy inmersa en una investigación que me trae de cabeza.

Marlene seguía también triunfando a tope en su profesión y estaba de lo más encantada con su

bebé, pero es que ella era así, se quejaba de vicio. En cuanto a Albert, él la conocía muy bien.

—¿Quién nos ha visto y quién nos ve, amiga! Con tanto enano suelto, vamos a poner una guardería.

—Pues sí...

—¿Y Elena? ¿Cómo está?

—Encantadita de la vida, ya sabes que le costó convencer a mi hermano, así que ahora está como niña con zapatos nuevos.

—Bueno y tus padres ya con tanto nieto...

—Se les cae la baba. El otro día le dijeron mi madre y John a mi hermano que cuando el bebé sea un poco mayor, se quedan con los tres nietos para que nos vayamos las dos parejas unos días a uno de los hoteles de John.

—¿Qué dices? ¡Y un mojón! No os vais sin mí, que me entra la envidia y no de la sana, sino de la mala —reía.

—Claro, mujer, ni te preocupes. Quien dice tres, dice cuatro. Les encasquetamos uno más...

—Sí, sí, esto de que tengamos a John es un chollo... Oye, ¿y Judith? ¿Cómo está de la lesión?

—Negra, mi padre dice que no hay quien la aguante estos días, pero vamos, que todo de boquilla, ese no sabe dar un paso sin ella.

—Sí, sí, pero es que vamos, ¡mira que el caballo también!

Judith se había aficionado a la equitación y tenía su propio caballo, que mi padre le regaló en ese tiempo y la pobre había sufrido un accidente y se había partido la pierna.

—Ya, ayer me llamó y me decía que teníamos que ir a por ella para cenar con escayola y todo, que necesitaba una noche de chicas.

—Sí, sí, apoyo la moción —le salió la risita maléfica.

—¿Ya estáis organizando una de las vuestras? —nos miraron los chicos.

—Sí, pero una muy inocente, realmente inocente. Solo que las chicas necesitamos un poco de aire fresco...

—Un poco de aire fresco te voy a dar yo —me susurró en ese momento Mark en el oído.

Era escuchar ese tono y ponerme como el primer día. Si de algo podíamos presumir en nuestra relación era de disfrutar de una vida sexual de lo más intensa, pues yo seguía mirando a mi marido y me encendía, del mismo modo que lo hacía él mirándome.

El día que acepté salir con Mark le di el mejor giro posible a mi vida. En él había encontrado no solo al padre ideal de mis hijos, sino al compañero de aventuras que hacía mi existencia cada día más grata. Mi marido era una persona con la que apenas se discutía, porque todo podía hablarse con tranquilidad.

Nos complementábamos a la perfección y él entendía que yo pasaba mucho tiempo con los niños, por lo que también trataba de compensarme al máximo, haciéndose cargo cuando estaba en casa.

Eso sí, Sofía seguía siendo una pieza clave en nuestras vidas. Superados sus setenta años, ya no trabajaba en casa, pero a diario venía un rato a echarme una mano con los que para ella eran prácticamente sus nietos, pues consideraba a Mark casi como un hijo.

Después del almuerzo pusimos rumbo a casa de mi hermano y, cuando llegamos, allí estaban todos, para nuestra sorpresa, es decir, ellos con el bebé y mis padres con sus parejas.

—¡Pero qué cosita más linda, por favor! —cogió Marlene al recién nacido en brazos.

—Chica, ya te tienes que ir animando con el siguiente —la picaba Elena.

—¡Antes repites tú que yo! Por mi parte ya le he dicho a Albert que, para muestra, un botón...

—No le hagáis ni caso, es que el niño le ha vomitado antes de salir en sus zapatos nuevos y se ha puesto un poco histeriquilla —reía él.

—Bueno, bueno, he escuchado que ciertos abuelos se van a quedar dentro de una temporadita con sus cuatro nietos para que nos vayamos todos de viaje —miró a mi madre y a John.

—Claro, claro, mujer, con el tuyo también —a mi madre le daba igual ocho que ochenta, le encantaban los niños y a John también.

—Pues asunto arreglado —me miró Marlene y me sacó la lengua. Seguía siendo la loquilla de siempre, con un morro que se lo pisaba.

Mi sobrino no podía ser más bonito, una mezcla preciosa de mi hermano y de Elena, que eran dos bellezones. Pasamos la tarde con él de brazo en brazo.

—Si esta noche no duerme porque me lo acostumbréis a los brazos os llamo a todos y aquí no pega un ojo nadie —nos advirtió Elena.

—Menos mal que has avisado, yo apago mi móvil en cuanto salga de aquí —Marlene reaccionó rápido.

—Yo, no sé qué decirte, con la pierna así estoy como para venir de noche... —soltó Judith.

—Oye, pues para irte con estas de cena, bien que te apuntas —provocó la risa general Elena.

Un par de horas después nos despedimos y cada uno nos fuimos para nuestras casas. La que llegaba a su fin era una tarde de domingo y el lunes cada uno volvía a sus puestos.

Mark y yo bañamos a los niños y, una vez que los acostamos, nos quedamos cenando solos, tranquilamente, con luz tenue y miradas cómplices, como todas las noches.

Nos fuimos a la cama donde repetimos el ritual que más nos gustaba en el mundo: el de revivir la llama de la pasión. Y es que seguíamos siendo los mismos de antaño, es decir, dos amantes deseando saborear aquellos deliciosos besos con sabor a piruletas.